Jorge Maronna
Luis María Pescetti



Copyright

PLAGIOS LITERARIOS Y PODER POLÍTICO AL DESNUDO

ISBN 8-

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, frente al pelotón de fusilamiento del coronel Aureliano Buendía había de recordar aquella tarde en que, al despertar de un sueño agitado, Gregorio Samsa se encontró en su cama transformado en un horrible insecto.

Lucas Modím de Bastos comienza de esta manera su novela, y como todo en su vida, lo hace por casualidad. El encuentro en una librería con la bella Michelle será el motor para que nuestro protagonista se inicie en el difícil arte de la novela. Pues la bella sólo ansía una cosa: enamorarse de un hombre de letras, un novelista que la seduzca con palabras escritas… Por cumplir ese deseo un ignorante redomado como él escribirá *Copyright,* una novela que le llevará tan lejos como jamás había soñado… Mitad aprendiz de brujo, mitad caradura perezoso, descubrirá que no es tan difícil escribir teniendo cerca las grandes obras de la literatura universal. Se convertirá de esta manera en el plagiador más conocido del mundo editorial…

Paralelamente, conoceremos las esperpéntica vida de Michelle y de su marido Günther, personaje siniestro que mantiene relaciones con el poder, ya sea con un presidente corrupto aficionado a orgías, con traficantes de armas que presionan al mismísimo Papa o con un científico obligado a realizar una insólita manipulación genética…

Un hilarante delirio narrativo de dos lúcidos escritores que logran hacernos reír y, a la vez, reflexionar sobre el mundo en que vivimos. Una historia insólita que no deja títere con cabeza. Una disparatada e inteligente parodia sobre el poder literario, económico y político. Un libro divertido e incisivo. Que lo disfruten y, si quieren, que lo plagien.

Jorge Maronna & Luis María Pescetti

Copyright

Plagios literarios y poder político al desnudo

ePub r1.0
Titivillus 04.09.15

Jorge Maronna & Luis María Pescetti, 2001

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



1

> En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, frente al pelotón de fusilamiento el coronel Aureliano Buendía había de recordar aquella tarde en que, al despertar de un sueño agitado, Gregorio Samsa se encontró en su cama transformado en un horrible insecto.

Lucas se preguntó si ese comienzo tenía el gancho suficiente. Había leído que los novelistas daban especial importancia al primer párrafo. Ella debía quedar atrapada. ¿Conocería sus fuentes de inspiración? Tal vez *El Quijote,* pero las otras dos no le parecían igualmente famosas. Ensayó una continuación más audaz:

> En otro lugar de la Mancha, Samsa escuchó asombrado las palabras de *Lady* Chatterley: «Espérame en tu casa del bosque. Iré con Justine, y llevaré sogas y un látigo, como a ti te gusta». Mientras tanto, el coronel Buendía hacía morisquetas a los integrantes del pelotón de fusilamiento.

Se detuvo agotado. Quiso fumar pero no encontró cigarrillos. Encendió el televisor. Comenzaba un noticiero.

Vertiginosas imágenes del mundo. Corte a pareja de conductores que comentan las declaraciones del Presidente. Corte a éste, que declara:

—Desmiento categóricamente los rumores de una posible candidatura mía para una reelección; mi máximo deseo es entregar la banda presidencial a quien gane los próximos comicios.

Corte al ministro Falfaro que, indignado, señala:

—¡El Presidente no se presentará a esta tercera reelección, pero está seguro de que la va a ganar!

Corte al Presidente, con cara de fastidio.

Corte a la pareja de conductores que, cambiando el ángulo de la información, comentan la extraña desaparición de la madre del célebre doctor Anastassi, investigador en biología molecular, firme candidato al Premio Nobel, lo cual…

Lucas apagó el televisor y se durmió profundamente. Soñó que su maestra de la escuela primaria, la señorita Castro, le gritaba indignada después de leer sus redacciones. Regresaban esos penosos momentos de su infancia, aunque en la

pesadilla la maestra no le pegaba.

Cuando despertó, un hilo de saliva se desprendía de su boca y se derramaba plácido sobre la hoja. Se asomó a la ventana: llovía con intensidad. Su instinto creador lo impulsaba a aprovechar esta imagen de la naturaleza. Tomando hojas sueltas de la pila de fotocopias que le había traído su vecina, Amparo, buscó «Literatura y naturaleza». Leyó: «Égloga». ¿Y si escribía una égloga? Continuó: «Composición poética del género bucólico, que se caracteriza por una visión idealizada del campo». Pensó que la visión idealizada del campo la tenía, ya que nunca había pisado ninguno. Pero le sonó mal eso del «cólico», y probó otra continuación:

> Una mañana, al despertar de un sueño agitado, un horrible insecto se encontró en su cueva transformado en Gregorio Samsa. Le dio muchísimo asco.

Lucas se preguntó, con inesperada profundidad: ¿cómo sabía el bicho que él era Samsa? Tal vez vivía en una cueva en casa de Samsa, y lo veía a menudo. Se sintió tentado con la posibilidad de seguir por esta puerta que abría un millón de posibilidades.

> Samsa, o, mejor dicho, el bicho, recuerda que, salvo en su apariencia semihumana, sigue siendo un bicho, que pertenece a una familia de bichos; su naturaleza estaba dividida. No podía traicionarlos, por más bichos que fueran. Su parte humana le pedía pisar a esos bichos, y su parte bicho los quería salvar. Terminó dándose un golpe en un ojo.
>
> En ese momento apareció la madre del bicho y, al verlo con la apariencia de Samsa, salió corriendo mientras gritaba «¡Socorro, un hombre!». Samsa entendió perfectamente el asco de su madre: ella también le daba asco a él. Eran lo que se dice una familia tipo. «No debo sentir vergüenza de que mi madre/hijo sea un bicho/humano» —pensaron los dos al mismo tiempo—. En ese momento, a Samsa se le cruzó una idea por la cabeza: ¡No tendría complejo de Edipo! ¡No podía tenerlo con un horrible bicho! Cargaría con la vergüenza de ser el único de su generación sin ese complejo. Aunque, por más que tuviera seis patas, ella era su madre.
>
> A la mañana siguiente, Gregorio Samsa, después de un sueño agitado, despertó convertido en un horrible mueble para el televisor.

Cuando acababa de poner el punto final a esa frase oyó que golpeaban la puerta. Era Amparo.

—Lucas, salía hacia la editorial y me pregunté si no necesitarías algo.

—¿Algo como qué?

—No sé, más papel, conversación, un sándwich…

Ofreció ella, mientras lo veía rodeado por un nuevo halo de atracción. Su amor oculto encontraba una razón más para crecer: él era un creador. Nunca lo había visto leer un solo libro y, de repente, le irrumpía esta pasión que lo llevaba

a encerrarse a escribir durante horas. Él no había querido contarle la razón de ese repentino ataque creador. Lo que son las musas, pensó. Se sintió tentada de darle un beso, pero se reprimió: ¿qué pensaría Lucas de una mujer tan impulsiva? Sólo atinó a despedirse sin molestarlo.

—Bueno, me voy, te dejo mi paraguas por si necesitas salir.

—Cuídate… no, mejor cómprame cigarrillos; quiero decir, sí, cuídate, pero tráeme cigarrillos.

A treinta mil pies de altura, Günther von Bohlen and Reichenbach, furioso de celos, se preguntaba si el nuevo amigo de su mujer sería escritor, como los anteriores. Levantó la vista: Michelle dormía plácidamente en su asiento, ajena a sus preocupaciones, al viaje. Parecía inocente. Fritz, el valet, le alcanzó un papel:

—Nos llegó de África, señor, ¿preparamos el pedido?

Günther apenas lo miró e hizo un breve gesto de asentimiento.

Treinta mil pies más abajo, Lucas retomó la escritura:

¿Por qué no quiero acordarme de ese lugar de la Mancha? Ya no me acuerdo. Gregorio Samsa pensó en que alguna vez instalaría en ese lugar una fábrica de valijas, y la llamaría «Gregorite». No, mejor usaría su apellido: «Samsonite».

Lucas levantó la vista y vio a Amparo esquivando charcos de agua, mojándose. Miró el paraguas que ella le había dejado. Abrió la ventana y le dijo:

—No te olvides de los cigarrillos.

Siguió:

> Gregorio Samsa creyó que estaba sufriendo una pesadilla, o al menos una livianilla, algo producido por una comida. No debía volver a ese basural. La basura tiene eso: es deliciosa pero después te hace soñar con coroneles frente a un pelotón de fusilamiento.

Al rato golpearon la puerta. El último párrafo había sido dificultoso y temió que a ese paso no acabaría nunca. ¿Qué le mostraría a Michelle? Abrió con cierto disgusto, era Amparo; regresaba empapada, traía un paquete de cigarrillos en sus manos.

—Están mojados —señaló Lucas.

—Ya te dejo trabajar, pero ¿me contarás por fin cómo empezó toda esta historia de la novela?

No podía negarse una vez más. Sintió una mezcla de peso y alivio sobre sus

hombros; las imágenes del presente se empezaron a esfumar y volvió a verse a sí mismo caminando por una calle, en otro día de intensas lluvias.

—Sí, sí… te lo contaré.

2

Yo iba sin rumbo fijo, tratando de no mojarme; una ráfaga inesperada me hizo refugiar bajo el primer toldo que encontré a mi paso. Resultó ser de una librería. Como era la única protección de la cuadra, otras personas se empezaron a juntar ahí también, empujándome poco a poco contra la puerta y, cuando me quise dar cuenta, ya estaba dentro. Comencé a recorrerla, primero asombrado en medio de esas pilas de libros, pero a los pocos segundos ya estaba aburrido. Empecé a mirar los carteles de las secciones. Filosofía. Psicología. Sociología. Historia. Sexología. Botánica. Herboristería. ¿Sexología? Me fijé si alguien me miraba, abrí uno de los libros y ya la primera foto me impactó. Perdona la crudeza, Amparo, pero la mujer pasaba sus antebrazos por entre las nalgas de un camello, mientras el hombre estaba flexionado mirando hacia atrás, rodeado de frutas, con un antifaz puesto. El camello tenía algo en la boca, que en la foto no se distinguía bien, y cuando me acerqué a un lugar con más luz, en el descuido, tumbé una pila de libros. Cerré el mío y me agaché a recogerlos. Cuando los estaba ordenando escuché que una voz de mujer me preguntaba:

—Disculpa ¿ya recibieron la revisión crítica de Oxford Press de *Memorias de Adriano,* en edición facsimilar?

Mi vista, que estaba dirigida hacia el suelo, se levantó recorriéndola palmo a palmo. Zapatos de tacón. Cadenita de oro en el tobillo izquierdo, que le daba un aire gitanesco y agregaba algo de misterio a unas pantorrillas tal vez demasiado perfectas. Piernas que subían largas, bien torneadas. Cintura que la rodeaba por completo; un hermoso busto que parecía dos, también maravillosamente torneado, igual que las piernas, pero con otra forma. Su cabellera caía rubia sobre sus hombros, a los costados de un cuello fino que sostenía más arriba un rostro bellísimo, de una delicada sensualidad. Dos orejas le salían a los costados de la cabeza, y en ellas se sujetaban unos colgantes con unas pequeñas piedras engarzadas. Su perfume era intenso, me despejó la nariz. Porte: actitud *sexy*, provocativa, no desprovista de una campesina y sana ingenuidad. Edad: menos

de treinta, probablemente veintiséis. Estudios: Doctorado en Letras con una tesis sobre «La máscara en la obra de Virginia Woolf, espejos femeninos en la prosa de Pessoa». Color de ojos: ¿verdes? Deportes: natación y esgrima. Color favorito: rojo de obsidiana. Piedras: el mármol de Carrara y el granito de Cocina. Detesta: la pobreza y las guerras.

Enseguida noté que ella me había confundido con uno de los vendedores. Me incorporé inmediatamente y mis labios pasaron casi rozando los suyos, porque el pasillo era muy estrecho. Era más alta de lo que me había parecido. Y más hermosa. Un poco nervioso y tratando de pensar con rapidez qué actitud era más conveniente, no me atreví a decirle que ni era vendedor ni sabía de qué me estaba hablando.

—Espérame un momento.

Le pedí, y fui hasta la caja a preguntar por su libro. Pero me di cuenta de que no había retenido muy bien el título que buscaba, y entonces pregunté por lo que creía recordar:

—¿Tiene los *Recuerdos de Adriana?*… eh, es una edición fácil de asimilar.

El empleado me mandó a buscar en Literatura Infantil. Pasé frente a la chica y le pedí que me esperara un segundo, que ya le conseguiría el libro. En la sección infantil me encontré con una vendedora, a la que reconocí por su disfraz de jirafa. Entre los dos buscamos sin hallar exactamente lo que necesitaba. Decidí volver con uno muy parecido, que de todas maneras podía servirle: *Adrián, el ratoncito valiente.* Ella lo recibió primero con sorpresa y después con una franca risotada. Advertí que me había equivocado pero decidí fingir que el cambio había sido a propósito.

—Me encanta la gente con sentido del humor.

Dijo, mientras me miraba profundamente a los ojos, con una mirada que me atravesaba.

—Tú no trabajas acá, ¿verdad?

—No, pero quise encontrar tu libro y ponerme a ser tu vicio… perdón: ponerme a tu servicio.

—Oh, latinos, siempre conquistando.

Cuando dijo eso, enseguida me di cuenta de que ella no era de acá:

—¿Tú no eres de acá, no es verdad?

—No.

—Ah. ¿Sí eres?

—No, no: es verdad, no soy de acá.

—¿Eres de allá?

—Sí, ¿cómo lo sabes?

—Es que soy muy intuitivo ante una mujer tan hermosa, enseguida me doy cuenta.

—¿De que soy de allá?

—No, de que eres muy hermosa.

—Eso se lo dirás a todas.

—No es cierto, ¿trabajas o estudias?

—¿Allá?

—Sí.

—Ninguna de las dos cosas y las dos al mismo tiempo.

—Caramba, un acertijo, ¿y qué haces?

—Gozo.

—¿Arte marcial japonés?

Ella volvió a reír con una risa abierta: allí había horas de espejo. Estábamos a escasos centímetros de distancia. Sus labios me rozaban al hablar. Y me explicó:

—Gozo… gozo estudiando literatura, eso jamás podría ser un trabajo para mí.

—O sea que no cobras.

Rio nuevamente, rozando mi mejilla con sus labios. No dejaba de mirarme, casi diría que me estudiaba. Yo me sentía como un libro en blanco ante sus ojos de experta.

—La literatura y los escritores son mi única y gigantesca pasión.

Ese dato se clavó en mí; yo estaba como un animal en celo, no sabía cómo seguir, cuando ella me hizo la pregunta crucial, a raíz de la cual empezó todo esto:

—¿Y tú a qué te dedicas?

No podía responderle la verdad. «Nada» no es una buena palabra para empezar una relación. Y los trabajos que había tenido antes no me parecían demasiado prestigiosos como para contárselos. Se me cruzaron mil oficios por la mente: bombero, maestra de jardín de niños, el santo oficio. Pero recordé lo que a ella le atraía y, sin medir las consecuencias, contesté:

—Escribo.

Nunca una palabra tan breve metió a nadie en un problema tan grande. Ella sonrió, en un gesto que no acerté a reconocer si era de sorpresa o de burla. Seguía midiéndome con la mirada. Entre inquieta y con un dejo de ironía me

preguntó:

—¿Y qué escribes?

Gotas de sudor cayeron sobre mi mente.

—Palabras —contesté.

—Te sigues riendo de mí.

—Sí, claro, es que los de acá somos muy graciosos, no como los de allá.

—No seas modesto, dime qué escribes.

—Libros.

—No sigas burlándote, por favor —me dijo, recostándose suavemente sobre mi pecho—, contéstame.

—Sí, ¿me podrías repetir la pregunta?

Intentaba ganar tiempo de cualquier manera. Transpiraba, apurado por la situación, y mi vista recorría febrilmente la librería, buscando un punto de apoyo que no fueran sus ojos inquisidores.

—¿Qué escribes?

Como no se me ocurría nada, estaba a punto de confesar mi mentira:

—… Bueno, en realidad, yo no… no…

Cuando levanté la mirada y vi que justo encima de nosotros colgaba un cartel que indicaba la sección y completé:

—… no… no… ¡novela!

La sonrisa suspicaz que había mostrado hasta el momento se desarmó ni bien pronuncié esa mágica palabra. Sólo atinó a balbucear:

—¿De veras?

Como no era de veras, opté por seguir callado. Ella entornó sus ojos húmedos de sensaciones y dejó caer otra frase:

—Amo los libros… y a los novelistas, que se me figuran seres maravillosos.

Casi agrego: ¿Quieres que te haga aparecer algo?, pero permanecí en silencio, en una postura que parecía favorecerme. La actitud de su cuerpo había cambiado. La que antes me parecía una diosa inalcanzable, ahora era una felina dulce y llena de gracia.

—Por favor, cuéntame algo de tu tarea como escritor, cómo son tus horas de creación.

—Buenooo… estemmm…, son de sesenta minutos… es… es muy difícil, muy duro, como te imaginarás.

—No quiero imaginarme, sino que me lo cuentes. Para ganar tiempo le propuse que fuéramos a tomar algo.

—No tengo mucho tiempo, me espera mi marido.

Ese dato me sorprendió. Casada. Había que apurarse, ahora o nunca. Aunque si son extranjeros sin duda deben ser modernos, tal vez me acepten, o me pidan que los acepte. Un *mariage à trois.* Pero ¿cuál sería mi rol? ¿Amante de ella y amigo de él? ¿Amigo de ella y amante de él? ¿Amante de los dos y quedarme sin amigos? Como sea, a mí me gustaba ella y no él. Además ellos viven en el extranjero; para mí, cambiar de país, en este momento, es todo un problema. No es que yo sea de los aferrados a una idea, pero uno se encariña con la tierra que lo vio nacer. ¿Qué haría yo en un país lejano, sufriendo en sus inviernos helados? Quizá meses sin ver el sol y hablando un idioma que no conozco. Así es muy difícil mantener una conversación, porque, aunque, entendiera a los demás, tal vez no sabría lo que yo mismo estaría diciendo. Además viviría en ese palacio lujoso. Yo nunca fui de tantos lujos. Tendría que adaptarme a eso también. Y al *jet-set.* Codearme con tantos artistas y nobles. Y modelos. Se me olvidarían los nombres… ¿Y si me enamoro de una modelo hermosa? ¿Cómo lo tomarían Michelle y su marido? ¿Serán tan modernos como pretenden, o son unos hipócritas? Tal vez sean modernos para ellos, pero para los demás sean chapados a la antigua. Yo tendría que ayudarlos a cambiar. Es mucha responsabilidad. Montecarlo. El casino. ¿Vivirán lejos de Montecarlo? De todas maneras no importa, me podrían prestar su chofer o su helicóptero. O las dos cosas. ¿El chofer sabrá manejar el helicóptero? Supongo que para casos de apuro sí. Ir al casino no es algo de apuro, a menos que uno salga muy sobre la hora. Sería cuestión de salir un rato antes. Hacer saltar la banca. Invertir el dinero. Hacer negocios sucios. Meterme en problemas con la mafia. No, mejor controlar la mafia, así me evito problemas. Lavar el dinero de tantas ganancias: Llevar una doble vida. Hacerme la cirugía estética… pero a mí me gusta como soy. Podría operarme y hacerme una cara que fuera igual a la mía.

—No voy —dije, ante la presión de tantos cambios vertiginosos.

—¿Cómo? —preguntó, extrañada.

—No voy.

—¿Que no me invitas a tomar un café?

—Ah, sí, eso sí.

Salimos a buscar un café. Vimos uno a pocas cuadras. Llegamos y nos sentamos a la mesa. De pronto un trueno iluminó la ciudad. Las luces de la calle parpadearon unos segundos, quedamos en plena oscuridad. Sentí un abrazo de alguien extraño; no un familiar, me refiero. Una persona del sexo femenino,

seguramente; digo «seguramente» porque no pude mirárselo, pero era evidente por el tono de voz con el que dijo:

—Ay, qué miedo.

Un cuerpo húmedo y tibio, pegado a mi cuerpo y respirando profundamente. Cuando regresó la luz confirmé que era ella. Me rodeaba el cuello con sus brazos y todavía tenía la expresión de un conejito asustado. Le acomodé las orejas y se tranquilizó. Paradójicamente, toda esta cercanía y tantas emociones nuevas me recordaron que aún no sabía su nombre.

—¿Cómo te llamas?

—Michelle.

—*Ma belle* —canturreé en su oído.

—Mabel no: Michelle.

—Lucas Modím de Bastos, mucho gusto.

—Señores, su pedido.

No salíamos de nuestros asombros. El camarero había interpretado nuestro deseo. Sobre el mantel blanco estaban dispuestos nuestros cafés humeantes servidos en vajilla de porcelana, al lado de un candelabro con velas encendidas y un delicado florero con una rosa. Era un momento verdaderamente mágico. Frente a nuestros ojos pasó una carroza tirada por unos ratones. En el momento en que la carroza se transformaba en una calabaza, los ratones se convertían en negros corceles y avanzaban más rápido que antes. Caían estrellas, pequeñas; un coro de luciérnagas danzaba en torno de nosotros. Nos envolvía una música celestial, algo que ya había oído una vez en un aeropuerto y también en el ascensor de un shopping.

Pero ella deshizo la magia cuando me preguntó:

—Cuéntame, entonces, qué estás escribiendo ahora.

—Mmmm… eh… estem… —no sabía cómo salir de ese problema y tuve que decir la verdad—… nada.

—¿Nada? —con desilusión.

—Bueno… nada que pueda mostrarte así, ahora… apenas estoy comenzando una novela… además, me gusta mostrar las cosas ya terminadas… dame tiempo, quizá en dos o tres días.

—¿¡Tres días para escribir una novela!? —exclamó, con una sonrisa.

—No, claro, lo que pasa es que ya no me gusta escribir a los apurones como antes.

—¿Quieres decir que en dos días me mostrarás algo?

—En dos días espero haberte mostrado todo, je.

—Oh, estos latinos, son todos iguales. Me pregunto por qué serán así.

—Debe ser la temperatura.

—Pero en este país hace bastante frío.

—Por eso, necesitamos entrar en calor.

—Me refiero a por qué siempre estarán conquistando.

—Debe ser porque no nos hacen caso, sino ya hubiéramos parado… —y cambié de tema— ¿A qué se dedica tu marido, qué edad tiene?

—Oh, es muy aburrido.

—Ahá, ¿y qué más hace?

—Tiene barcos, y es mayor.

—Si tiene barcos será capitán, mayor es en el ejército.

—No, él es mayor, mayor de edad.

—¿Veintiún años?

—No, sesenta. Es celoso, muy celoso, me controla constantemente, empiezo a sentirme ahogada.

—Entonces salgamos afuera.

—Ahora no, en general.

—Curioso, si él tiene buenos barcos no tendrías por qué sentirte ahogada.

Sin hacer caso de mi humorada, siguió contándome hasta qué punto su vida estaba rodeada de espías sigilosos y guardaespaldas.

—Ha llegado a colocar micrófonos en mi ropa interior.

—Caramba ¿y los coloca él? ¿Puedo colaborar?

Abrumada, siguió con su triste recuento:

—Graba todas mis conversaciones telefónicas. Lee mi diario personal: me di cuenta porque empecé a encontrar comentarios con tinta roja. Controla todos mis movimientos.

—Ah, es lo contrario del Mal de Parkinson. Sería el «Bien de Parkinson».

—Me persigue, no hay lugar al que yo vaya en que no haya reemplazado a algunos empleados por sus propios esbirros.

Instintivamente miré hacia el camarero, ¿sería un espía? ¿Un guardaespaldas peligrosísimo? En cualquier caso pensé que lo mejor era dejar una buena propina. Ella recordó que se debía ir. Dejamos la mesa y nos retiramos, escoltados por el camarero, que no cesaba de expresar su agradecimiento. Nunca le habían dejado cien dólares de propina, y por sólo dos cafés.

Al llegar a la esquina me pidió que no siguiera acompañándola. Yo insistí

porque no quería dejarla, pero ella se negaba, recordándome lo peligroso que era, a pesar de lo cual seguí insistiendo.

—Permítaselo, *Mademoiselle*.

Le decía el camarero, apoyando mis deseos. Caminamos en silencio por calles oscuras. Yo trataba de contener mi ansiedad porque no quería verme demasiado precipitado, pero el hecho de que todavía no hubiéramos arreglado un futuro encuentro me tenía inquieto.

Media cuadra antes de llegar al Grand Hotel and Towers ella me rogó que nos despidiéramos allí.

—Es muy peligroso, Lucas.

—No creo, chiquita, ¿qué me podrían hacer esos guardaespaldas que fuera peor que perderme unos segundos contigo?

—Sacarte la lengua.

—¿Y cómo me va a importar que me saquen la lengua?

—No, me refiero a que te la arranquen, y desollarte vivo, sumergirte en una olla de aceite hirviendo… pero si tu amor es más fuerte y quieres arriesgarte a acompañarme, hazlo.

—… mmm… no, no quisiera comprometerte…

—Ven, ven, acompáñame.

Insistió tanto que no tuve más remedio que acompañarla; de todas maneras tomé la precaución de pedirle que caminara adelante mientras yo iba agarrado de sus hombros y ocultándome tras sus espaldas; y el camarero optó por regresar corriendo a su bar. En la entrada del hotel estaba el tradicional portero junto a un tipo que tenía una identificación plastificada que decía: IGNACIO ESCOBAR, N.º 375, al lado de su foto. Ambos saludaron a Michelle con una inclinación reverencial, lo que permitió que, mientras ellos miraban el suelo, yo pasara inadvertido hacia el interior del hotel, que estaba ocupado por unos pocos turistas, y el resto lleno de esbirros. Era como una cueva infecta de seres peligrosos que me miraban amenazadores, a pesar de que les ofrecía mi sonrisa más cortés. Pero lo cortés no quita lo valiente. Y ellos eran muy valientes. La vigilancia sobre Michelle superaba lo que jamás podría haber imaginado. Ni bien entramos al lobby fuimos rodeados por guardaespaldas que cuidaron cada uno de sus pasos. Nos acompañaron hasta el ascensor. Eran tantos, que tuvimos que esperar varios viajes ya que siempre ellos llenaban el elevador. Cuando finalmente se hizo espacio, nos tocó subir solos. Debo confesar que hasta sentí un poco de miedo al estar con ella así, sin protección. Además empezó a decir:

—Ojalá no te maten, ojalá no te maten. Cuando estábamos llegando a su piso le pregunté:

—Dime cuándo nos veremos.

—Salimos mañana en la madrugada con mi marido…

—¿Y a él no le importará que vaya?, ¿a qué hora salen?

—No, quiero decir que ya no estaré aquí, lo acompaño a comprar unos barcos al interior del país.

—Claro, allá son más baratos, ya que no tienen mar.

—En una semana volvemos a pasar por acá y seguiremos viaje hacia Milán.

—¿Eres milanesa?

—En parte: napolitana por el lado materno.

—Me gustaría volverte a ver —insistí.

—Sí, pero sólo con una condición, ¿aceptas?

Nos íbamos a ver, eso era lo que más me importaba, no iba a poner reparos a un pedido amoroso, cuando ella estaba cumpliendo mi deseo.

—Por supuesto, dime, cualquiera que sea la aceptaré gustoso.

—Nos podemos ver si… ojalá quieras —se acercó hacia mí—, nos podemos ver si… si… —se alejó— no, temo que te niegues.

—No, pídeme con confianza —la animé, pensando en que ella estaba a punto de permitirse alguna fantasía inconfesable.

—Nos podemos ver si… si me traes la novela que estás escribiendo; nada me pondría más ardiente que la posibilidad de tener una cita con un autor que me trae un manuscrito; es una vieja fantasía erótica.

—… ¿Te parece?

—Sí… —dudó en continuar—, siempre imaginé a un autor y a mí, desnudos en un cuarto alfombrado por las hojas de un manuscrito suyo, y yo arrastrándome por el piso, leyendo cada una de esas páginas y entregándome a sus más osados deseos.

—… Claro… mira lo que son las cosas.

Cuando los esbirros comenzaron a golpear las puertas del elevador, preguntándole si se encontraba bien, me pareció prudente oprimir el botón que decía «abrir» y dejarla partir. Se despidió, ofreciéndome un beso que rozó mis labios. Las puertas terminaron de cerrarse mientras yo le gritaba mi número de teléfono, y ella, entre suspiros, me recordaba el día y el compromiso.

Salí del hotel, feliz. Atravesé el parque cantando y dando saltos, sintiendo una dicha infinita. Cuando llegué al apartamento caí en la cuenta del único pero

grave problema. «Eres incapaz de terminar una página completa», me decía la Castro, mi maestra de primaria. Y una novela tiene muchísimas páginas completas. Había fracasado. Estas palabras retumbaron en mi mente una y otra vez. Inútil tejer sueños que abrigaran esperanzas que vistieran ilusiones. Debía renunciar a Michelle. Adiós, adiós hermosa, aun antes de que seas mía.

Sentí el impulso de salir, buscar un bar, y que la bebida me ayudara a olvidarla. Pero el deseo de poseerla se negaba a desaparecer. Botella tras botella, sólo se avivaba su recuerdo. Comencé a golpearme con los envases vacíos, pero nada daba el resultado esperado. Ella permanecía dentro de mí, como una llama que todo lo abrasa. Serás mía, me dije. Y un señor que estaba a mi lado en la barra, alejó un poco su silla. Regresé a casa, pasé por una papelería, compré estas hojas en blanco, cuadernos, toda suerte de bolígrafos y lápices, cerveza como para acabar la novela esa misma noche, y regresé. A la mañana siguiente mi dolor de cabeza y mis ganas de orinar eran enormes, pero no había escrito ni un renglón. La señorita Castro tenía razón. Fue en ese momento cuando recordé que trabajas en una editorial, y entonces te pedí ayuda.

3

—Ahora entiendo por qué me pediste esa colección *Joyas de la Literatura Universal, y Escriba su propia novela en su propia casa.*… Igual me dio mucho placer fotocopiarte todo eso —comentó Amparo, tratando de disimular su molestia por esa mujer casada que seducía a su Lucas.

—Me hubieran sido más cómodos los originales…

—Pero sólo me encargo de la fotocopiadora… y ahora también me explico que lleves cuatro días encerrado en tu apartamento pidiéndome que te traiga sándwiches y bebidas.

—Es que no quería molestarte.

—No es molestia, tú sabes cuánto te…

Iba a decir *te quiero,* pero se corrigió inmediatamente, pensó en decir: *me simpatizas,* pero también le pareció que era revelarse demasiado; pensó: *te aprecio,* pero volvió a callar; todo se le hacía casi una confesión. Se le ocurrió: *te respeto;* no, tampoco: *te tengo en consideración, me interesas, te tolero,* no, no, no y mil veces no, le daba pánico la idea de ser rechazada por un paso en falso, una palabra de más, y terminó:

—… te valoro tu esfuerzo… cuenta conmigo para lo que desees.

—No quiero molestarte.

—No será ninguna molestia.

—Bueno, ¿me podrías hacer unos masajes en los pies?

—… Claro.

Dijo ella, mientras le quitaba los zapatos y apoyaba sus pies, de él, sobre sus muslos, de ella. Él se fue relajando hasta quedarse dormido. Amparo no quería moverse por no despertarlo, y así pasaron esa noche. Él, durmiendo como un niño y roncando como el abuelo del niño, y ella tratando de tomar una revista que había caído al piso. Estiró un pie hasta lograr alcanzarla, la fue arrastrando hasta que pudo tomarla con las manos, y se pasó el resto de la noche leyendo, pensando en esa descarada Michelle, y dormitando sentada. Salvo en dos

oportunidades en las que él le pidió que le trajera agua.

Cuando Lucas despertó, descubrió que Amparo le había dejado el desayuno preparado. Mientras lo tomaba, volvió a su tarea.

«Cola de cerdo» y «mariposas». Lucas, recordando los manuales de Amparo, se percató de que todavía no había puesto ningún elemento esencial del realismo mágico.

> A *Lady* Chatterley le salió una flor de cola de cerdo. Y a Justine la perseguía una constante nube de mariposas, que ella espantaba con la soga que había llevado para otros fines.

Tardó horas en escribir ese breve párrafo, y así y todo no quedó satisfecho, no le pareció suficiente, le faltaba riesgo, audacia.

> A *Lady* Chatterley le salió un cerdo en un muslo. Cuando el coronel Aureliano Buendía se cruzó con Justine, lo primero que vio fue la nube de mariposas qué la rodeaba. Ella venía avanzando a los tumbos, dando golpes en el aire con la soga. Pero el coronel observaba cómo esa rara especie de mariposas asesinas parecía reírse de esos intentos torpes. Se alejaban un poco y volvían a besarla. La llenaban de besos y libaban de su cuerpo. Le daban unos besitos suaves. Pero, como eran miles, Justine quedaba baboseada. ¿Adónde va, hermosa dama?, preguntó el coronel, aun cuando no tenía idea de si debajo de esa nube había una mujer.

Se detuvo un segundo para pensar la siguiente frase, debía ser clara, corta, contundente:

> Voy a casa de mi abuelita a llevarle esta canastita de comida, contestó Justine. Ah, qué bien, dijo el coronel, mientras por dentro se relamía pensando en que devoraría a la anciana abuela y a la bella niña.

—Te traje esta canasta de comida —dijo Amparo, que ya había regresado de la editorial, sobresaltando a Lucas, mientras apartaba la pila de papeles y ponía sobre la mesa queso, embutidos, pan, huevos duros y una botella de sidra—. Para que brindemos por tu novela.

A Lucas no le gustó nada; no quería beber, porque entonces se dormiría, pero Amparo ya estaba abriendo la botella y sirviendo la sidra, mientras gritaba entusiasmada:

—¡Salud, chin-chin, skól, prost!

—No, se dice «Proust» —corrigió él.

Aprovechando que Lucas iba al baño, Amparo tomó la novela y comenzó a leerla. En la primera y rápida lectura no le gustó nada, pero era porque no la había entendido; se dio cuenta de que necesitaba una segunda lectura, como toda novela compleja lo requiere. En la segunda lectura le gustó menos, y ahora

porque la había entendido.

Cuando Lucas regresó, Amparo juntó coraje y se animó a decir:

—Lucas, piensa que tal vez ella no regrese. O que no le guste lo que escribes.

—Amparo, debo seguir. Estoy embarcado en esto y quiero terminar…, lo siento, debes irte. Ella sintió que su corazón se arrugaba.

—¿Y qué harás sin mí?

—Me quedaré sin amparo.

Remató, dando muestras de su inagotable ingenio.

Amparo partió, silenciosa, con los ojos húmedos.

4

Noticiero de televisión: el candidato del Fenadé —Frente Nacional Democrático, partido opositor al gobierno—, doctor Smárbekta, y su señora esposa, visitan un colegio. Él declara que es lógico que el Presidente no quiera competir en estas elecciones, después del natural desgaste de tantos años de gobierno. En la imagen, su esposa recibe flores que le entregan las niñas, mientras Smárbekta observa la escena con ternura paternal.

Corte al Presidente inaugurando unas casetas de cobro de peaje; en segundo plano se observa un grupo de simpatizantes que piden por una nueva reelección. Corte al Presidente que dice:

—Y miren que les digo que no, pero el pueblo es así… Corte a una entrevista al doctor Anastassi, angustiado por la inexplicable desaparición de su madre.

Cuando Lucas se quedó solo, consultó la fotocopia del *Diccionario de términos literarios* que, solícita, le había traído Amparo. Leyó:

> Novela: obra literaria en prosa en la que se narra una acción fingida, y cuyo fin es causar placer estético con la descripción de sucesos interesantes, de pasiones, de costumbres y de caracteres.

Le falta el acento, pensó Lucas: *«caracteres»*. *¿Y* qué será el «placer estético»? ¿Será eso lo que espera Michelle? Ojeó entonces las copias del manual *Escriba su propia novela en su propia casa.*

> ¡Felicitaciones! Usted acaba de comprar el manual más completo para escribir novelas. Sin conocimientos previos, sin tediosos estudios de gramática, sintaxis, ortografía, retórica; ¡con sólo cinco minutos por día logrará escribir la novela que siempre soñó! Escoja su estilo favorito: aventuras, policial, gótica, de ciencia ficción, histórica, por entregas, rosa, negra, sentimental, de amor, de caballería, de amor por la caballería, picaresca.

Esta última no, pensó Lucas: nada de groserías, Michelle podría ofenderse, mejor algo elevado. Llegó al capítulo «Los escritores famosos y ricos nos aconsejan», donde Robbe-Grillet decía: *Lo más difícil es la primera página de la*

novela; después uno está impulsado por una energía que reside en lo que ya ha escrito. La primera página ya la escribí —se dijo Lucas—, pero no se me ocurre nada más. Para Borges había que *Narrar los hechos como si no se los entendiera del todo. ¡Voy* por el buen camino —se dijo—, no entiendo nada de lo que escribo! Explicaba Sábato: *La novela es un tipo de creación que no intenta probar nada. Voy* bien, yo no trato de probar nada, sólo de acostarme con Michelle. *En la novela actual no hay tiempo astronómico sino tiempos interiores.* Esto es chino básico. ¿No será «tiempo gastronómico»? *No ofrece una lógica racionalista: irrumpen el subconsciente y el inconsciente.* Inconsciente es el que escribió esto, concluyó Lucas, indignado.

Pero le dio curiosidad lo que decía Carver: *A riesgo de parecer tonto, un escritor necesita a veces tan sólo presenciar con la boca abierta alguna cosa —un atardecer o un zapato viejo— en puro y absoluto asombro.* Dispuesto a aprender, Lucas abrió la boca, esperó la llegada del atardecer, y contempló un zapato viejo durante un largo rato. Cuando el dolor de cabeza se le hizo insoportable, abandonó; en efecto, Carver era un tonto.

Perseverante, continuó con un consejo de Gide: *El gran secreto consiste en escribir al instante: cuando se vacila, se está perdido.* Esto estimuló a Lucas, que de inmediato se abalanzó sobre los papeles, pero al instante recordó a la señorita Castro, vaciló y se sintió perdido. Por último, casi a punto de abandonar, leyó una frase de Carson Mc Cullers que le interesó: *Los detalles generan siempre muchas más ideas que las que cualquier generalidad puede aportar.* Recomenzó entonces la novela, ahora con nuevas esperanzas:

> En un lugar de la Mancha, situado a 23.º de longitud oeste, de cuyo nombre no quiero acordarme, aunque se llamaba Torrejas de la Reina, frente al pelotón de fusilamiento compuesto por ocho jóvenes carabineros vestidos con ropa de fajina color caqui y sin experiencia previa en el manejo de las armas de fuego, lo que ponía en peligro de muerte al condenado y también al resto del pelotón, el coronel retirado Aureliano J. Buendía había de recordar aquella fresca tarde en que, al despertar de un sueño agitado provocado por la excesiva ingestión de chucrut con codillo de cerdo y cerveza de alpiste, Gregorio Héctor Samsa se encontró en su cama de sábanas a pintitas rosadas, transformado en un horrible lepidóptero.

5

Esa noche, en su apartamento, Amparo se desesperaba pensando de qué manera podría serle útil a su amigo. En un descuido de Lucas, ella había llevado una foto de él, y ahora la tenía en un portarretratos sobre la chimenea. Era una foto del carnet del club, de cuando Lucas tendría unos seis o siete años; pero no importaba, era él. La misma boca, los mismos ojos, los mismos pantaloncitos cortos. No se veían en la foto; pero Amparo se lo imaginaba de pantaloncitos cortos porque ella lo veía así, como un niño que necesita protección. Y como un autor que necesita inspiración, pensó. Lo que había leído de su novela le había parecido incoherente. Entonces se le ocurrió la idea: Seré la musa secreta de mi Lucas. Tomó el teléfono decidida a hacer una llamada anónima. Marcó el número de Lucas. Tardaba en atender. Claro, eran las tres de la mañana… los movimientos son más lentos a esa hora. Pared de por medio, ya que eran vecinos, pudo oír cómo se caía una mesita que ella conocía perfectamente. Con un oído escuchaba el tono de llamada y con el otro alcanzaba a percibir sus insultos. Oyó que Lucas levantaba el tubo y con voz pastosa preguntaba quién llamaba a esas horas. Ella alteró su voz, haciéndola más grave, y dijo un seco:

—El asesino es el mayordomo.

Cortó inmediatamente. Se felicitó por encontrar esta manera discreta de ayudarlo sin que él se sintiera invadido o humillado ante ella.

A través de la pared se alcanzaban a percibir algunos gritos; era evidente que él estaba festejando la idea que anónimamente le había llegado.

Pasaron las horas y se le ocurrió que no debía olvidarse de la alimentación. ¿Tendría hambre Lucas? Se asomó a la ventana de su apartamento, lo vio echado en un sillón. Imposible saber si tenía hambre, estaba dormido. ¿Y si se había dormido por hambre? Pero ¿cómo pasarle comida sin despertarlo? Regresó a la cocina, cortó finas rebanadas de pan, luego queso y jamón. Fue hasta la puerta de él, y comenzó a pasarlas por debajo, una a una; de esa discreta manera cuidaba su hambre y su sueño al mismo tiempo. Pero de pronto sintió que todo

su noble esfuerzo se derrumbaba como un castillo de naipes y se borraba como un castillo de arena lamido por el mar y se esfumaba como un castillo de nubes que el viento dispersa. ¿Cómo no lo había pensado antes? ¿Y si la idea que recién le había ofrecido entorpecía todo su trabajo? Presa de la angustia volvió a llamarlo. Nuevamente el tono de llamada en su oído y, a través de la pared, otra vez el ruido de la mesita que caía y la voz pastosa que insultaba, ahora porque parecía haber pisado el jamón y el queso. Pero no le importó, su única preocupación era retirar la idea de antes, que podría estar dañando el avance de la historia:

—En realidad, el mayordomo es un buen hombre.

Dijo, impostando su voz, cuando Lucas atendió, y cortó aliviada. Sintió cómo él tiraba algún objeto contra la pared. Fue hasta la ventana, queriendo descubrir a Lucas, pero vio en la calle un coche estacionado, con tres personas fumando. ¿Qué harán ahí esos matones? se preguntó. Porque tienen todo el aspecto de matones. Trajes oscuros, cicatrices en las caras, gafas para sol aunque ahora es de noche, revólveres que asoman por entre sus ropas. ¿Serán los que mencionó Lucas? Porque están mirando hacia su ventana. Esto no me gusta. Debo avisarle ahora mismo. El teléfono sonó cuando él comenzaba a dormirse nuevamente. Atendió y, sin dar tiempo a que Amparo hablara, descargó toda su indignación en un breve discurso acerca de los antepasados del que realizaba llamados a esas horas. Cuando cortó, Amparo, pensó que Lucas estaba un poco nervioso en esos días. Un muchacho tan fino diciendo esas cosas.

Volvió a mirar por la ventana. Los matones continuaban vigilando. ¿Serán un grupo de turistas? Dudó. ¿Gentes con otras costumbres? ¿No serán estudiantes de literatura? Qué raro, con tantas cicatrices. Aunque podría ser, los ambientes académicos son tan competitivos.

6

El Concorde privado de Günther y Michelle sobrevolaba distintas provincias, para que el viaje no fuera demasiado breve y así darle tiempo a la pareja para degustar la comida servida a bordo: *touraine* de erizos alimentados con vinagreta de zanahorias; huevas de percebes del Cantábrico; ballotin de ave del paraíso con *chutney* de granadas; *filet* de conejo amaestrado en su galera.

Mientras el avión aterrizaba en San García, pequeño puerto de provincia, los guardaespaldas, en la capital, regresaban a la oscura cueva donde vivían. En este caso eran las lujosas habitaciones del Grand Hotel and Towers. Dejaron el auto en manos de un esbirro apenas ingresado, un esbirrito. Fueron a encontrarse con el jefe de la custodia del esposo de aquella por la cual Lucas estaba escribiendo la novela en esos precisos momentos en que los esbirros llegaban hasta el jefe de la custodia del esposo de Michelle.

—¿Y bien? —les preguntó.

—No estamos seguros.

—Más les vale, o ya saben cómo les va a ir con el señor Gunther.

Los esbirros se quedaban callados, muertos de miedo y de vergüenza. El jefe se puso nervioso:

—¡¿Es escritor o no?! —gritó—, ¿había papeles?

—Sí, muchos.

—Incluso la pared estaba empapelada jef…

Dijo uno, pero el jefe le cruzó la cara con un golpe de pistola.

—Sí —dijo otro—, montones de papeles y una mesa llena de libros.

—Típico de un escritor —afirmó el jefe.

—Sí, y de los abogados tamb… —dijo el que no aprendía a quedarse callado, y recibió otro golpe.

—¿Los abogados son escritores? —preguntó otro de los esbirros.

—No —contestó en seco el jefe.

—¿Y por qué tienen libros? —preguntó otro.

—A lo mejor era un abogado —agregó otro esbirro.

—Un momento, un momento —los paró el jefe—. ¿Los libros eran todos igualitos, forrados en cuero?

—No —respondieron simultáneamente.

—¡Entonces era un escritor, imbéciles! A la señora le gustan los escritores. Él ya nos lo advirtió bien clarito: es-cri-to-…

—… -rios —agregó el que tenía la cara cruzada de golpes. Y recibió otro.

A la mañana siguiente, Lucas despertó angustiado, presa de la necesidad de terminar su trabajo. Trató de concentrarse en su obra, pero no sabía cómo continuar. Buscó las fotocopias de *Escriba su propia novela en su propia casa.* Allí encontró un consejo muy importante: *A la hora de escribir, no se separe del niño que usted sigue siendo.* No aclaran la hora, pensó; pero igual se le hizo bueno el consejo.

> La vaca…

(dudó unos minutos. ¿Cuál era la mejor alternativa? ¿qué camino seguir?)

> … es un animal invertebrado que nos da leche, cuero y pezuñas con la que se hacen peines, cuernos, estuches y puntas de patas de vaca.

En ese momento recordó a la temible señorita Castro, y sintió un escalofrío. Decidió entonces ir a lo seguro: tomó frases de las fotocopias que le había llevado Amparo y continuó escribiendo:

> El coronel Aureliano Buendía llegó a Combray, un pueblo situado en un lugar de la Mancha, para probar un famoso producto típico, las magdalenas. Le parecieron asquerosas. Sintió que había perdido el tiempo. Buscó entonces la casa de una tal Emma Bovary, parienta lejana de los Buendía, quien vivía del lado de Guermantes. Allí le informaron que Emma ya había fallecido, y le recomendaron hablar con cierto mosquetero del Rey, un tal Athos, que varios meses antes había partido hacia una isla donde estaba enterrado el tesoro de un pirata. Pero el capitán del barco estaba enfrascado en la búsqueda de una gigantesca ballena. El coronel supuso que la única manera de encontrar al mosquetero sería la de pedir ayuda a su amigo el Dr. Watson, colaborador de un detective que había resuelto el caso del robo de un cuadro de un tal Dorian Gray. Pero Watson estaba en Rusia, combatiendo como voluntario contra los ejércitos napoleónicos. Qué triste es la guerra. Guerra y Paz son dos apellidos. Me estoy volviendo loco, pensó el coronel, deben ser esas magdalenas de mierda.

7

En el pequeño puerto de San García, Günther estudiaba la compra de tres superpetroleros. Le costaba decidirse, por los colores. Pero en ese tema Michelle solía ayudarlo; las mujeres saben qué colores combinan bien en los petroleros. Como ella era muy perezosa, Günther pidió que los barcos pasaran por el río que bordeaba el hotel. Fue un complicadísimo operativo, dado el calado de los petroleros. Günther y Michelle los veían desfilar desde la *suite*, a través de las ventanas, mientras tomaban el desayuno: *champagne* francés, ostras, faisán, trufas blancas, pétalos de orquídeas y mermelada de cebollas rosadas. Desde las cubiertas de los barcos, los obreros del astillero podían ver a Michelle desvestida con un minúsculo *baby-doll* de seda transparente. También podían ver a Günther, ataviado con una imponente *robe de chambre* de terciopelo rojo y fumando un puro; pero no lo hacían, porque preferían ver a Michelle. Unos pocos esbirros de viaje, portátiles, vigilaban la zona. Terminado el engorroso desfile, y dado que Michelle no se decidía entre un verde patito y un rojo marino, Günther ordenó repetir la exhibición. Mientras los barcos pasaban por segunda vez, él dijo:

—Te noto rara, como distante.

—¿Yo? ¿Por qué? —preguntó, desde el otro extremo de la *suite*.

—Tienes un nuevo escritor, ¿no?

—¿Qué estás diciendo? ¿Otra vez tus celos?

—¿Mis celos? —sonrió, amenazador—. Veamos qué te dicen estos datos —y sacó un papel—: Lucas Modím de Bastos. 35 años. Soltero. Domiciliado en Cardenal Fatigatti 89, 2.º piso, apartamento heredado de un tío. Hasta el año pasado vivía en un pueblo del interior del país. Trabajó como electricista, taxista y ayudante de cocina. Actualmente desocupado.

Disimulando la decepción que le provocaban esos datos, ella replicó:

—¿Viste, querido, que es tu imaginación? ¡No es escritor!

—Espera a que termine: se encuentra… ¡escribiendo una novela!

—¿U-na no-ve-la?

—¡Sí, eso mismo!

—¿Y d-de qué tra-ta?

—¡No sé ni me importa! ¡Juraste corregirte!

—Günther, por Dios, que los obreros nos miran.

—¡Al cuerno con los obreros! ¡Sabes que odio a los escritores!

—Querido, ya te dijo el doctor Blumenthal que eso era un trauma por lo que te pasó de niño.

—No me recuerdes eso. ¡NUNCA me lo recuerdes, o lo lamentarás! ¿Entiendes?

—No. ¿Que no te recuerde qué cosa?

Michelle puso los ojos un poco bizcos y ladeó la cabeza. Cada vez que él se ponía violento, ella se bloqueaba intelectualmente:

—No entiendo, explícamelo de nuevo.

—Tú sabes que odio a los escritores, ¿sí? —retomó Günther, conteniendo su impaciencia.

—Sí.

—… Eso viene de un trauma que sufrí de niño, ¿de acuerdo?

—Sí.

—… Eso ya me lo explicó el doctor Blumenthal.

—¿Blumenthal?

—Sí.

—¿Pero él no es otorrinolaringólogo?

—¿¡Y QUÉ IMPORTA, POR MIL DEMONIOS!? ¡ÉL FUE QUIEN ME LO DIJO!… —comprendió que esos arrebatos la ponían peor; se calmó y continuó —… ¿de acuerdo?

—Sí.

—¿Me estás siguiendo?

—Sí.

—Bien, y yo te estaba pidiendo que eso no me lo recordaras nunca, ¿sí?

—… Ss sí.

—¿¡Qué pasa, Michelle!?

—Ahí es donde empiezo a perderme.

—¿Cómo a perderte? Es muy sencillo.

—¿Sí?

—Vamos a empezar de nuevo, ¡Fritz! *Paper! Pencil!*

—¿Quiénes son *Paper y Pencil?* —preguntó Michelle.

—No, mi amor, estoy pidiendo papel y lápiz a Fritz.

Éste se los alcanzó. Günther dibujó sobre un papel:

—Mira, éste soy yo ¿de acuerdo?

—Sí.

—… Éste es el doctor Blumenthal ¿sí?

—Sí.

—… Y éste es mi trauma.

—No entiendo el dibujo.

—Por eso, porque es un trauma.

—¿Y yo dónde estoy?

—Tú no estás.

—¿Por qué?

Günther suspiró, impaciente:

—¿Quieres que te dibuje?

—… —Michelle asintió.

—De acuerdo —comenzó a hacerlo.

—Más grande.

—¿Cómo?

—Quiero que me dibujes más grande.

Mientras tanto los superpetroleros habían terminado de pasar. Se acercó el jefe de los esbirros a preguntar a Günther qué debían hacer. Él odiaba que lo interrumpieran y le echó una mirada fulminante. Michelle intervino:

—Diles que queremos ver cómo lucen con marineros en cubierta, que distribuyan algunos con ropas de distintos colores y que vuelvan a pasar.

Dicho esto se tomó la cabeza con las manos:

—Gunther, es horrible… no soy capaz de recordar una palabra de lo que estabas diciendo, ayúdame.

—Estábamos hablando de mi trauma infantil que no quiero recordar.

—¿Cuál?

—El de cuando yo tenía cuatro años y vi a mi madre con un escritor.

—No recuerdo…

Günther suspiró, resignado, y se hundió pesadamente en sus recuerdos:

—Yo regresaba de una tarde en el Kampment Für Nazionalistchen Infantzgardenner y, al abrir la puerta de casa, encontré a mi madre haciendo el amor con un escritor, Michelle.

Ese relato la excitaba siempre de la misma manera. Dejaba deslizar su *baby-*

doll por su hombro. Lo hacía resbalar quedamente.

—Lo que es la fuerza de gravedad —musitó Fritz.

Esta escena, del *baby-doll* escurriéndose con lascivia, excitaba a Günther. Y ni qué decir de los marineros. Un superpetrolero apostado a la altura de los ventanales se negaba a avanzar, a pesar de los empellones del barco que seguía y reclamaba su turno; y es que ya había corrido la voz entre los marineros.

—Cuéntamelo, Günther.

Rogaba Michelle, mientras le acariciaba la parte de atrás de las orejas. Ajenos los dos a todo lo que los rodeaba, a Fritz que trataba infructuosamente de impedir que los botones y empleados del hotel siguieran empujándose para mirar, y al ruido del choque de superpetroleros agolpándose en el río, a la entrada del hotel.

—No me ocultes nada —pedía Michelle—; no olvides ningún detalle.

—Esa tarde llegué a casa antes de lo previsto pues sentía náuseas…

—Ay, Günther, no necesitas entrar en detalles. —… toqué el timbre y nadie respondió. La puerta estaba abierta y entré…

—Sigue, mi vida.

—… aparentemente la casa estaba vacía, pero me pareció escuchar ruidos en la planta alta…

—Sí, Günther.

—… subí en silencio las escaleras: los ruidos venían del dormitorio…

—Ay, sigue, Günther.

—… apoyé mi cabeza contra la puerta, escuché gritos, murmullos, jadeos…

—Sí, Gunther, sigue por Dios.

—… abrí la puerta con sigilo, y ante mis ojos estaba ella, mi amada madre, acostada boca abajo, completamente desnuda…

—Günther, no te detengas, por favor.

—… e inclinado sobre ella, un señor con anteojos y una lapicera. Y la escribía. A ella.

—Ay, mi amor, sí.

—Mi querida mamá estaba toda escrita, llena de palabras en todo su cuerpo…

—Mi vida, no pares, mi amor, cómo te quiero.

—… escrita de pies a cabeza por ese asqueroso enfermizo pervertido escritor.

—Ay, Günther, qué bueno, sí mi vida, sí.

—¿Y a qué no sabes lo que estaba escribiendo?

—Sí… digo no, mi amor; no te detengas, oh… así, mi cielo.

—Inmundicias, porquerías: una novela, Michelle, ¡una novela!

—Ah sí… te amo, mi amor, mi vida, ay sí, te quiero.

—Salí corriendo, desesperado. Mi corazón estaba a punto de reventar de dolor, mi cabeza era un torbellino, las lágrimas brotaban de mis ojos. Y en ese momento juré venganza.

—Ay, sí, mi vida, te amo, sí, ahora, oh ahora ahora…

En ese momento Günther dejó de lado su trauma y se dio cuenta del enardecimiento de Michelle. Ansioso, le preguntó:

—¿Acaso ahora…?

—Oh, tal vez, sí, oh…

—¡Vamos, tú puedes, Michelle!

Ella se interrumpió de repente y pidió un cigarrillo. Intrigado, Günther la tomó de los hombros y la miró a los ojos mientras le preguntaba expectante:

—¿Sucedió, por fin?

—No —respondió con sequedad.

Él hizo una mueca de disgusto. Llevaba años esperando ese momento de culminación. Molesta, ella cambió de tema:

—Continúa con tu relato, ¿qué pasó después?

—Juré vengarme de los escritores. ¡Y tú te enloqueces por…!

Michelle miró al piso, avergonzada:

—Oh… no… hablas del pasado… he cambiado mucho…

—Espero que así sea —respondió Günther, furioso—. Fritz, ¡escoge tú, tres barcos y ya! Y que me los envíen a casa.

Michelle inquirió:

—Gunther ¿para qué compras superpetroleros si no trabajas con petróleo?

—Va a aumentar la gasolina.

—No, dime la verdad.

Insistió, con voz seductora, apoyando su pómulo en el hombro de él; mientras con una mano le acariciaba la cintura, con las largas uñas de la otra le rozaba las piernas. Sus pies se enroscaban dulcemente entre las piernas de él, como si fuera un niño pidiendo un caramelo. Sus labios lo besaban con ternura en el cuello, mientras que, con una mano entrelazada en las de Günther, acariciaba su propio pómulo, un terciopelo de melocotón, y sus pies descalzos subían mansamente por la cintura, rodeándolo en un abrazo suplicante; sus dedos

jugaban entre los pelos del pecho de él, que seguía mirando lejos, como si no atendiera a que le apoyaba los senos en la espalda, y lo envolvía con sus caricias mientras le besaba las sienes. En ese momento se oyó un chirrido metálico: un superpetrolero estaba frotándose con el de delante.

—Dime, dime para qué los compras.

—Son negocios, no te interesaría.

—Sí me interesa —insistió con una voz de miel.

—Mejor deja que haga mis cosas.

—Eres malo, ¿qué quieres? ¿Que me entere de lo que haces por la prensa?

Günther se levantó con la fuerza de un oso, y ella se sobresaltó. Los botones del hotel se acercaron, pero Fritz los detuvo con un gesto seco. Günther caminaba de un lado a otro como una tromba:

—No metas a la prensa en esto… déjame en paz con mis asuntos y tú ocúpate de gastar dinero.

8

Günther se marchaba furioso, salía del hotel pasando frente a los superpetroleros. Fritz y los guardaespaldas siguieron a su jefe a la carrera.

En el astillero, el gerente le agradeció la compra y le regaló un llavero de oro con forma de barco, que Günther recibió emocionado: por la rígida educación prusiana que le habían impartido, de niño nunca había recibido regalos, ni siquiera para sus cumpleaños o las navidades. Como siempre le ocurría en estos casos, se le nubló la vista y tuvo la desagradable sensación de que iba a emocionarse. ¡Günther von Bohlen und Reichenbach und Fassbinder sollozando como un mariquita delante de tanta gente! Se incorporó con violencia, contuvo sus ganas de pegarle al gerente, y se retiró, rodeado por sus esbirros. Subió a uno de los barcos y descendió por una escalera de metal hasta el fondo de su gigantesca bodega. Con una sonrisa mefistofélica pensó en la carga que disimularía bajo el petróleo, un negocio de muchos millones. Barcos enormes cargados de armas para África. Se matan entre ellos por un pedazo de tierra seca. Salvajes, incivilizados, andan en taparrabos, viven en la prehistoria pero compran armas, muchas armas. Allá ellos, que se maten. Por la noche ordenó:

—Fritz, la carga especial.

Las grúas comenzaron a bajar cajas de madera envueltas en plástico. De la operación se encargaba un grupo de estibadores sordos, ciegos y mudos. Eso aseguraba la confidencialidad aunque generaba algunos problemas: casi todas las cajas terminaban depositadas en la cubierta del barco o fuera de él, mientras la bodega comenzaba a llenarse de objetos insólitos: bicicletas, árboles, un buzón, gallinas, un banco de plaza, la señora del gerente del astillero. Fritz se vio obligado a participar activamente en la operación, hasta que logró poner en orden las cajas y arrojar por la borda los objetos extraños. Gunther, cuando estuvo seguro de que nadie podía verlo, abrió una de las cajas. La pesada tapa cayó, y pudo comprobar que las armas estaban en condiciones. Las contó, y confirmó que enviaba exactamente lo que le habían pedido: arcos, flechas,

garrotes, lanzas, piedras. Cerró la tapa, aliviado. Al menos éste sería el primer uso de los petroleros. Luego había otro diferente; esto lo hizo acordarse del doctor Anastassi, y le preguntó a Fritz si estaba controlando ese proceso. Él contestó que llamaba diariamente.

Abandonó el barco y partió hacia el aeropuerto, donde lo esperaba Michelle en el Concorde. Regresaban. Durante el vuelo Günther llamó al Presidente para confirmar la cita en el Grand Hotel and Towers.

—Ahí le ofreceremos un pequeño ágape, señor Presidente, para que se distraiga de las pesadas tareas de gobierno.

Dijo, y colgó. En la Casa de Gobierno, el ministro Falfaro le acercaba al Presidente unas encuestas con un estudio de imagen. El doctor Smárbekta tenía el 87 por ciento de aprobación, él un magro 3 por ciento. Tiró las hojas con disgusto.

—Es que Smárbekta visita colegios, saluda niños —trató de justificar Falfaro.

—¡Hagamos lo mismo, imbécil! ¡Que traigan colegios a conocer la Casa de Gobierno! —rugió el Presidente.

9

Lucas se empeñaba en mostrarle sus avances literarios a Amparo.

—*En el cielo las estrellas, en el campo las espinas y…*

—Pero eso es poesía —lo interrumpió ella.

—Sí —afirmó él excitado, aferrando las hojas—; sí, me di cuenta de que hasta ahora no tenía poesía.

Caminaban rumbo al bar donde una vez él había estado con Michelle. Cuántos recuerdos, pensó el camarero ni bien lo vio venir y se apresuró a acortar el camino de esas tres cuadras que les faltaban para llegar.

—¿Le llevo las hojas? Permítame su cartera.

Lucas se convenció de que no era un espía y en realidad había sido demasiado grande la propina aquella vez. El camarero se deshacía en atenciones mientras seguían acercándose al bar; insistía en llevar algo, lustrarles los zapatos, ofrecerles conversación.

—*Bienvenus, bienvenus.*

Llegaron al bar.

—Pero… ¿por qué poesía? —preguntó Amparo sorprendida, mientras corría una silla para sentarse.

—¡Quítense de acá, prepotentes!

Los dos quedaron sorprendidos ante esa viejecita de aspecto venerable y humor avinagrado:

—¡Yo la vi primero! ¡La juventud sólo mira sus intereses, a este país le hace falta una mano dura que enseñe modales!

—Disculpe, señora —balbuceó Lucas.

—¿¡Además tiene el atrevimiento de pedir disculpas!? ¡Grosero! Ven acá, *Pumpúm.*

Le dijo al perro que llevaba de una elegante correa. Amparo hizo un gesto con el mentón señalando otra mesa, como diciendo que, disimuladamente, la dejaran discutiendo sola. Se acomodaron ahí y Lucas continuó, como si nada

hubiera interrumpido su pasión.

—¿Cómo pude no darme cuenta de la poesía antes?

—Pero ¿una novela con poesía? Nunca vi; la novela es prosa.

—Sí, la leí, *El nombre de la prosa.*

Llegó el camarero, que les leyó incluso los menús de restaurantes cercanos, ofreciéndose con mucho gusto para traerles lo que quisieran. Lucas tomó sus papeles.

Volverán las oscuras madreselvas,
en tu balcón sus pétalos a brotar.
Puedo escribir los versos más tristes a las cinco de la tarde.
Vivo sin vivir en mí, ¡qué descansada vida!
Poesía eres tú, moca tan fermoça.

Pero los interrumpió la venerable anciana:

—¡Hay que empezar de cero en este país! ¡Hacer volver a todos a la escuela primaria para que aprendan modales!

Amparo la observaba silenciosa, con los ojos apuntando a media asta.

—Está bien, señora, disculpe.

—¡Fácil se les hace pedir disculpas! —farfulló.

—Sigue, Lucas —dijo Amparo.

Y yo que te llevé al río, pensando que tu marido era mozuela,
veo ahora que no nos une el amor sino el espanto,
será por eso que te odio tanto.
La cebolla es escarcha, amor, cerrada y pobre,
¡Tun, Tun! ¿Quién es? Una rosa y un clavel,
¡Abre la muralla! tanto en julio como en enero
para el amigo fiel y sincero;
porque cuando la suerte que es grela, fallando y acertando…

El camarero hacía genuflexiones de disculpas en la mesa de la viejecita que lo regañaba a gritos por haberlos atendido a ellos primero.

Mujer, si puedes tú con Dios hablar,
sabrás que mi infancia son recuerdos de… de…

Amparo lo vio pensar en voz alta, estaba presenciando el momento mismo de la creación:

de… déjame que te cuente, limeña,
menos tu vientre todo es oscuro.

—¡Bastardos maleducados! ¡Insolentes! *¡Pumpúm,* no te muevas de ahí! ¡Zopencos ignorantes! *¡Pumpúm*, no comas esa mermelada! ¡Lo que en este país hace falta es…!

Y, en ese preciso instante en que Lucas declamaba con entusiasmo:

Y al pasar por un cuartel se enamoró de un coronel:
¡Aureliano Buendía!
La cucaracha la cucaracha ya no puede caminar,
¡porque es Gregorio Samsa!

A dos cuadras de allí sonó un ruido seco, un zúc, que no se alcanzó a oír desde el bar pero que hizo caer fulminada a la anciana. Amparo y Lucas quedaron sorprendidos porque no entendían que ella quisiera esconderse debajo de la mesa justamente cuando estaba por decir lo que hacía falta en este país. Oyeron chirriar unas ruedas y vieron a un coche doblar la esquina a toda velocidad.

—Pobre mujer —dijo Lucas—, se desmayó de susto de ver cómo conduce la gente.

—No —corrigió Amparo—, se cayó antes.

—¿Los del coche serían de un servicio médico de emergencias?

Preguntó Lucas, y, todavía envuelto por la poesía, continuó recitando:

La centolla es escarcha, cerrada y triste…

No vio cuando el camarero, con disimulada sonrisa, cubría con una servilleta el hilo de sangre que salía de la cabeza de la viejecita.

—*Oh là là, excusez moi, Madame,* ¿otro cafecito? —*Pum-púm* aprovechó para lamer la mermelada—, no es nada —decía el camarero—, es una ligera indisposición, en un instante estará mejor… oh *mon Dieu* no se preocupen, es *ketchup —Pumpúm* aprovechaba para probar los canapés de caviar mientras el camarero trataba de sentar al flamante cadáver—, *oui Madame*, ya tiene mejor cara, ¿no quiere probar nuestra tarteleta del día?, no *Pumpúm*, no te digo a ti, que *chien* tan *intelligent,* sólo le falta hablar, sal de encima de la mesa, demonio, o te reviento.

Verde que te quiero fucsia…

Alucinaba Lucas en un trance casi místico, ajeno a todo lo que ocurría.

Morir es partir un poco… (se confundía).

El camarero, siempre disimulando, preparó la cuenta de la anciana:

—Son quince dólares, señora. ¿*Madame* paga con *carte de crédit,* o en *effectif? Merde!… Oh, le chien, pauvre Pumpúm, maman est partie! Ecoute, Pumpúm, chéri:* son quince dólares.

Dentro del coche del que había salido la bala, era el caos. Varios esbirros de Gunther recriminaban al que había disparado por accidente.

—¡Nos ordenaron «vigilarlo», imbécil! ¡¿A quién vamos a vigilar si lo matas?!

—Perdón, estornudé mientras limpiaba mi arma.

—La próxima vez pégate un tiro mientras te bañas, ¡inútil!

Fritz hacía una llamada:

—Doctor Anastassi, recuerde que tenemos a su madre con nosotros.

—¿Que lo recuerde? ¡Es en lo único que pienso! ¡Canallas!

—No, doctor, más bien digamos gente interesada en el progreso de la ciencia.

—¡Pero…! ¿¡Ustedes se dan cuenta de lo que me están pidiendo que haga!?

—Por supuesto, doctor, por eso se lo pedimos.

10

Cuando despedía a Lucas en la puerta de su apartamento, Amparo era la imagen misma del desánimo, porque seguía debatiéndose entre lo que le indicaba su amor, ayudar a Lucas, y saber que con esa ayuda lo alejaba de sí misma. Le dijo:

—Ella no tendría que ser tan exigente contigo, si te ama no puede pedirte una prueba.

—En el amor uno se convierte en tirano o esclavo de la otra persona.

A Amparo le dolió que esa frase proviniera justamente de la boca de Lucas. En realidad provenía de un calendario que estaba en la pared hacia donde él estaba mirando.

—No digas eso, el amor es el sentimiento más puro y sublime.

—El amor, el amor —la frenó Lucas apoyando su mano en un hombro de ella, con gesto paternalista—, ¿qué puedes saber tú del amor, querida amiga?

Y se retiró a su apartamento. Amparo sintió que su corazón se partía. Se encerró a llorar, desconsolada.

Sumida en una lánguida tristeza, faltó a su trabajo en la editorial, no dormía, no comía. Cuando se cruzaba con Lucas o le llevaba algo de comida preparada, trataba de regresar a la persona jovial y despreocupada de siempre, al menos en apariencia, ya que no quería que Lucas descubriera su melancolía ni se preocupara por su estado. Sus amigas de la editorial fueron a visitarla:

—Amparo, ¡ayer no viniste al lanzamiento del premio de novela!

—¿Telechea preguntó por mí?

—No, ya sabes cómo es él, se babeaba atendiendo a Filgis y a los críticos.

—¡Filgis! ¡Lo amo!

Exclamó Amparo, evocando los libros de su novelista favorito, y por un instante se preguntó si no sería bueno que Lucas tomara unas clases con él, pero ese pensamiento acrecentó su angustia.

—Pero, Amparo, qué te pasa, esto no es normal.

—Lo que menos preciso ahora es un diagnóstico.

Decía entre gemidos, y continuaba su llanto. Otra amiga le preparó un té que ella se empeñaba en rechazar:

—Ven, vamos a distraernos un poco, vayamos al cine.

Tanto insistieron, y con tan buenos sentimientos, que la convencieron. Fueron a ver *Crónica de un amor imposible*, pero fue para peor. Yo creí que salir la iba a reanimar un poco, decía la amiga que había tenido la idea, mientras entre todas iban sosteniendo y sacaban de la sala a la pobre Amparo, que lloraba en un solo grito mientras el resto de los espectadores la chistaban. Ya de regreso en el apartamento, la más decidida de sus compañeras, en un impulso la tomó de los hombros, la sacudió y le dijo:

—¡Basta, querida, esto no es justo! ¡Este hombre no te merece! ¡Debes conocer a otros! ¡Lucas es un animal insensible!

—¡No le digas insensible!

Quiso defenderlo; pero ya todas se sumaban al coro de súplicas de que lo olvidara e intentara, por ejemplo, con Ismael, el asistente de la secretaria de Telechea.

—¿No estaba casado? —preguntó una.

—Sí, pero ya se divorció.

—Se divorció porque le pegaba a la mujer —agregó otra.

—Bueno, entonces Ismael no.

—¿Y Daniel?

—¿Qué Daniel?

—El de la moto.

—¡Podrías salir a pasear en moto con él, mientras entrega algún mensaje!

Se oyó un gemido que provenía de un rincón. Todas miraron hacia donde estaba Paula, una de las compañeras.

—Daniel no, por favor.

Suplicó. Amparo la abrazó:

—Jamás te haría eso, Paula, no te preocupes.

—¿Y Vicente? —preguntó otra—, ¿alguien está saliendo con Vicente?

—Sí, Javier, ese rubio de contaduría.

Contestó Amparo, y se puso a llorar a moco tendido. Sus compañeras se miraron y decidieron dejarla sola para que se calmase. Amparo, aliviada por la partida de sus bienintencionadas amigas, hizo lo que más deseaba: tocó el timbre del apartamento de Lucas, quien la atendió con cara de que la novela no

avanzaba.

—¿Cómo estás?

—Estancado, debo haber hecho diez páginas, como mucho.

—Es tu primera novela, no puedes ser tan exigente.

—¡¿Por qué no le dije que escribía coplas?!

—Relájate, ¿quieres que te prepare algo de comer?

—Se me antoja una *pizza*.

—Yo la pido por teléfono, así sigues escribiendo.

Amparo fue hasta la mesita donde, en medio del desorden descomunal, estaba la agenda de Lucas. Cuando la hojeaba buscando la P pasó por la M. Tuvo una idea. *Michelle.* Debe estar aquí. Sí, allí estaba. Fue fácil encontrarla, sobre todo por los corazoncitos dibujados al lado. Buscó su propio nombre en la «A». No estaba. Sintió celos y más dolor. Regresó a la página de Michelle. Copió el número en un papel que escondió en un bolsillo de su blusa y llamó a la pizzería:

—¿Hola, pizzería Michelle, digo La Mamma Offuscata?

Hizo el pedido, dejó dinero sobre la mesa y se despidió de Lucas. Llegó volando a su apartamento, levantó temblorosa el tubo del teléfono y se quedó paralizada. ¿Hago bien? ¿Qué puedo decirle? ¿Y si empeoro todo? No, no puedo seguir así, nada puede ser peor a esto. Sacó el papelito y marcó el número. Escuchó una voz masculina que la tomó por sorpresa y sólo pudo decir:

—¿Michelle?

—*Nein,* Fritz, ¿quién habla?

—Es para Michelle.

—La señora está ocupada, ¿de parte de quién?

—De… una periodista.

—… Su nombre.

—Am… ¡Amalia!

—¿Y por qué asunto es?

—Un… reportaje… para una revista…

—¿Cuál?

—… *Moda y Elegancia.*… estamos entrevistando a… mujeres de empresarios.

—Espere un momento, señora.

Amparo se quedó escuchando *Para Elisa* en una versión electrónica que se repetía cada diez segundos. Pasados los quince minutos, y cuando ya estaba mordiendo el cable telefónico, oyó un clic y tuvo la impresión que del auricular salía un olor a perfume francés:

—Aló, aló, ¿no hay nadie?

—Sí señora, es para un reportaje.

—Bien, la espero mañana a las doce en el Grand Hotel and Towers, hasta mañana.

Amparo cortó la comunicación y, agotada por el esfuerzo, se derrumbó en el sillón. *Mañana, mañana. No* pudo dormir en toda la noche.

11

Al día siguiente tomó un taxi. En el camino se iba preguntando si la encontraría en la parte de Hotel o en la de Towers. O en la de Grand. Nunca había estado ahí, debía ser un lugar muy exclusivo, porque el taxista, que cuando ella subió estaba desaliñado, inclinado sobre la puerta, con la camisa afuera del pantalón y manejando con una mano, ni bien oyó la indicación del lugar, Grand Hotel and Towers, se incorporó, y de repente estaba sentado con corrección, manejando con las dos manos en el volante, tratándola de «Señora». Buscaba su conversación discretamente:

—Con todo respeto, sólo quería preguntar si la señora lleva mucho tiempo alojada en ese magnífico hotel.

—No, voy a ver a una tal Michelle, de quien Lucas, el hombre que amo, está perdidamente enamorado; mentí diciendo que voy a hacer una entrevista para obtener una cita.

El taxista sonrió entre avergonzado y cómplice:

—Entiendo, entiendo, no me puede decir que en realidad está allí alojada, claro… Señora, ya estamos llegando.

La aclaración del chofer era innecesaria, porque un sutil y embriagador perfume francés lo invadía todo. Cuando estaban a diez cuadras del hotel, el perfume se hizo más intenso y penetrante. El taxista comentó:

—Qué maravilloso perfume, ¿verdad, señora?

Mientras disimuladamente cerraba las ventanillas del auto. A las ocho cuadras se encontraron con el primer retén de esbirros. Los detuvieron, solicitaron los papeles del coche, la identificación del conductor, incluso le sugirieron que se peinara un poco. Cuando Amparo dijo quién era ella, fue un mar de personas manoteando sus intercomunicadores:

—Aquí está. —Ya llegó.

—Avisen a la señora.

Hicieron discretas señas de que avanzaran, indicando que debían hacerlo

lentamente, con las luces intermitentes y los faros encendidos. Así lo hicieron. Recorrieron las dos cuadras siguientes a paso de hombre. Los vidrios cerrados. Llegaron a otro retén. Les indicaron que pasaran por un arco detector de metales similar al que hay en los aeropuertos, idéntico, sólo que mucho más grande. Cuando pasaron con el coche por el detector, sonó. Les hicieron señas de que bajaran las ventanillas.

—¿Qué trae?, le preguntaron al chofer.

—¿Cómo?

—Que qué trae de metal.

El chofer titubeó:

—No sé… ¿esto?

Y entregó una pluma fuente. Les ordenaron que volvieran a pasar con el coche. La alarma sonó nuevamente. Los hicieron bajar y esperar. Uno de los esbirros se subió al coche y lo pasó una vez más.

—Es el coche —le dijo a su jefe—. Pueden pasar.

Continuaron.

—Es acá.

—Bien —contestó Amparo, y pagó.

Había llegado la hora de la verdad. Una cosa la tranquilizó: Grand Hotel and Towers era un solo edificio, no iba a tener que estar buscando en uno u otro. Mientras se acercaba a la puerta principal pasó al lado de una cadena de guardaespaldas que anunciaban en sus intercomunicadores:

—Ahora pasa frente a mí.

—Ahora pasa frente a mí.

Atravesó la puerta giratoria con decisión. Pero se dio cuenta de que estaba nerviosa cuando se encontró otra vez en la calle, enfrentando a los esbirros, que la observaban asombrados. Entró en el hotel, esta vez por la puerta vaivén. En el mostrador preguntó por Michelle. Le temblaban las piernas. El conserje la miró desde muy arriba, y con sadismo profesional demoró todo lo que pudo en contestarle:

—*Suite* Real, piso 110.

Buscó el ascensor. Un esbirro subió con ella y la observó sin disimulo durante todo el viaje. El ascensor se detuvo, las puertas se abrieron, y Amparo pasó a un *hall* donde había una única puerta. Tocó el timbre. El olor a perfume era aún más intenso. En la mirilla de vidrio apareció un ojo enorme, ampliado, que la observó parpadeando mientras se escuchaban, amortiguadas por la puerta

blindada, voces de algunos esbirros. Varias cámaras de televisión asomaron desde los lados de la puerta, a la altura de la cabeza, pecho y piernas de Amparo, y, zumbando, se movieron estudiándola. Se oyó una voz impersonal que dijo «Adelante» y la puerta se abrió.

Del interior de la *suite* surgió música oriental, y Amparo vio que era ejecutada por varias odaliscas que yacían sobre blandos almohadones de seda, rodeadas por bailarinas árabes que danzaban al son de los laúdes y tambores. Esclavos nubios se paseaban con el torso desnudo, luciendo su piel aceitada. Todos eran vigilados por obesos eunucos vestidos con túnicas de colores. A través de las ventanas, ornadas con cortinas de terciopelo de Damasco, se divisaba lejana la ciudad, empequeñecida por la altura. Un avión pasaba por debajo. Se podía ver claramente el campo cercano, un poco más allá el mar, y a lo lejos Europa y Asia. El olor a sahumerio no alcanzaba a disimular el de perfume francés. Se abrió una puerta y apareció Fritz. Palmeó, y todos se retiraron discretamente. Se presentó a Amparo y le pidió sus credenciales:

—Perdone usted señorita, es sólo una formalidad.

—Oh, sí… no, no las traje, cambié de cartera antes de venir.

—Lo siento, señorita, entonces no podrá entrevistar a la señora.

—Ay, no diga eso, en la revista no les va a gustar.

—Discúlpeme, el protocolo de seguridad es muy claro.

—Sí, pero la nota es muy importante, con foto en la tapa.

—Tendrá que retirarse, por favor.

—De ninguna manera.

—No me obligue a usar métodos antipáticos.

—¡Suélteme o grito!

—¡Levántese, señorita!

—¡Insolente, se aprovecha de una mujer indefensa!

—¿Ocurre algo, Fritz?

El olor a perfume aumentó aún más; formaba una visible y espesa aureola alrededor de Michelle.

—Señora, esta periodista no tiene credencial.

—Está bien, déjanos solas.

—Pero… señora.

—Gracias, Fritz.

Con la mirada inyectada en sangre, Fritz se retiró.

—¿Para qué revista es?

—*Moda y Elegancia,* es una idea nueva.

—Bien, tome asiento. Podemos comenzar.

—Sí, bueno… a nuestras lectoras les interesaría saber si a usted le gustan las aventuras extramatrimoniales. Michelle perdió su sonrisa.

—Perdón, no comprendo.

—Sí, digo: usted es casada, pero si ve a un hombre que le gusta, ¿trata de seducirlo?

—¡Señorita, nunca me han preguntado nada parecido, qué insolencia! —se incorporó—. Puede retirarse. Amparo se vio perdida:

—¿Ni aunque se trate de un escritor?

Michelle titubeó:

—¿Es-cri-tor?

—Sí —insistió Amparo, ahora más segura—, un escritor de novelas.

—¿No-ve-las? —Michelle temblaba, con los ojos casi en blanco; ahora se sentaba otra vez, sin fuerzas.

—Sí, en especial las escritas por un tal Lucas.

—¿Cómo sabe usted de Lucas? —preguntó, desconfiada.

—Investigación periodística, señora; dígame qué piensa hacer con él una vez que termine el libro.

La cara de Michelle expresaba estupor, cuando se abrió una puerta y entró Gunther, vestido con una lujosa *robe y* rodeado de odaliscas que bailoteaban a su alrededor.

—Oh, perdona, querida.

Amparo no podía creer lo que sus ojos veían. Ahí, junto a Gunther, también en *robe de chambre,* rodeado de odaliscas y eunucos que bailaban a su alrededor, estaba el Presidente del país.

—Yo a usted lo voté.

Dijo Amparo para sí misma, apenas en un susurro, incapaz de superar el estupor que le producía la escena. ¿Cómo era posible que el Presidente estuviera ahí con esa clase de personas? ¿Cómo era posible que estuviera en un ambiente que poco recordaba a una reunión de Estado, y sí a una película de romanos? ¿Por qué con una *robe de chambre* rosada? En su interior se desmoronaban las ilusiones democráticas, como cartas de un castillo precario. Miles de momentos se agolpaban en su cabeza. Giraban en torbellino las veces en que había cantado el himno. Saludar a la bandera. Las estampas e imágenes que había pegado en sus cuadernos escolares. Todo se derrumbaba. ¿Nada es cierto, entonces?, se

decía, mientras se recordaba acudiendo entusiasmada a sus actos proselitistas, cuando este espantajo moral que se ofrecía a su contemplación todavía era un candidato de futuro incierto. Ella misma, en la editorial, había juntado dinero para su campaña. No había sido mucho, es verdad, Vicente fue el único que dio algo. Pero aquella otra vez, cuando la campaña para auxiliar a los damnificados por el tornado, ahí sí, sus mismas compañeras la habían ayudado. El Presidente le había entregado su tarjeta personal esa vez, cuando ella depositó la donación. Tres bolsas de arroz de medio kilo, y era del instantáneo. Cuatro kilos de leche en polvo; una tableta de chocolate de taza; un kilo de manzanas, que le devolvieron porque eran perecederas. ¿Qué destino habían tenido esos víveres, entonces? En un vértigo de náusea se imaginaba que en el bolsillo de la *robe de chambre* rosada debía estar la tableta de chocolate que jamás habría llegado al estómago de los damnificados, y sí al de alguna de las odaliscas, que no hacían más que contornear al Presidente con ondulaciones lúbricas. Se veía a sí misma festejando que este candidato había ganado las internas de su partido. Se sintió estúpida al acordarse de la postal que ella le había escrito: eran dos gatitos apoyados en un almohadón, que miraban a la cámara, y decía *I love you* impreso en letras doradas; del otro lado le había puesto puntos suspensivos y luego *Presidente,* en lo que le había parecido un buen juego de palabras: juntando ambos lados de la tarjeta quedaba *I love you… Presidente, o* sea *Lo quiero Presidente, lo quiero para Presidente.* Cuando uno de los traductores de la editorial le explicó que no se podía traducir literalmente, escribió unas pocas líneas disculpándose y aclarando el sentido de lo que ella había querido expresar. Jamás habría osado insinuarse a su candidato, si en todas las fotos salía abrazado a su mujer y rodeando con el otro brazo a sus hijos.

Y ahora lo tenía enfrente, imitando grotescamente el contoneo de las odaliscas y los eunucos. Sintió que le faltaba el aire. También recordó la ilusión con que había metido la boleta en la urna. Cuando se enteró de los resultados creyó que había sido ella misma quien había provocado el triunfo. Corrió hacia la Casa del Partido, aunque ninguno de los guardaespaldas la dejó pasar, incluso cuando ella exhibió esa tarjeta que el candidato le había dado. Volvía la sensación de mareo. Lo recordaba levantando niños y besando ancianos, mientras veía cómo el ahora Presidente, quien todavía no había advertido su presencia, se servía *champagne* en la babucha de una de las odaliscas y luego lo bebía. Bueno, a lo mejor está relajándose un poco de la tarea de gobierno que debe ser muy extenuante, pensó, intentando salvarlo ante lo que sus propios ojos

no podían dejar de ver.

—No conocía a tu nueva amiga, mi amor —señaló Günther.

—No, la señorita es periodista… pero ya estábamos terminando.

La palabra «periodista» sonó como un disparo en la cabeza del Presidente, que vacilaba entre recobrar la compostura y esconderse atrás de los eunucos.

—Fotos no… —dijo, muerto de pánico—, sáquenla de aquí.

—Al contrario, amigo —atacaba Günther, disfrutando de la situación—, podríamos aprovechar para que le haga una entrevista muy educativa, ¿no, señorita…?

—… Amparo.

Confesó su nombre, por descuido, y cayó desmayada.

—Voy por mis sales.

Ofreció Michelle, mientras las odaliscas retomaban la danza y el Presidente la babucha. Apenas salió de la escena para correr hacia el teléfono.

—¿Lucas?

—Sí. ¿¿¡¡Michelle!!?? ¿¿¿Desde dónde me hablas??? —(levantó la mirada) … Es un cuarto rosa salmón, tiene una ventana que da a otros continentes…

—No, ciudad, Michelle, ciudad.

—Estoy acá, Lucas, muy cerca.

—¡Encontrémonos en el bar!

—Lucas, es una emergencia.

—¡En un hotel, entonces!

—¿Quién es Amparo?

Él quedó congelado, su cabeza hervía en pensamientos que iban a la velocidad de la luz; esa pregunta unía dos mundos que él creía separados, ¿cómo sabía Michelle de Amparo? ¿Qué estaría haciendo ella? Tenía que medir sus palabras, avanzar con cautela:

—Amparo… me suena…

—No disimules, Lucas, está en juego su vida.

—¿Que se subió dónde?

—No bromees, Lucas. ¿Es investigadora privada?

—¿Amparo? Es una vecina, hace fotocopias en una editorial, no sabía que fuera investigadora.

—Vino al hotel para una entrevista pero empezó a hacer preguntas indiscretas.

—¿No habrá sido para buscar conversación?

—Lucas, ahora debo cortar, pero trataré de visitarte dentro de un rato.

Michelle, convencida de que Amparo no era peligrosa, regresó a la sala, donde el ambiente de bacanal iba creciendo. El Presidente besaba a uno de los eunucos, mientras Fritz filmaba todo cuidadosamente. Amparo parecía estar volviendo en sí.

—No pensará publicar esto, ¿no es cierto? —intervino el Presidente mientras se sentaba a su lado—. ¡Usted comprenderá, en este momento preelectoral la gente no está preparada para conocer ciertos secretos de Estado que incumben a la seguridad interna de nuestra Patria, siempre acosada por grupúsculos sediciosos, como el doctor Smárbekta, sin ir más lejos, que intenta socavar las más limpias tradiciones de nuestro partido y manchar nuestra honesta, desinteresada e impoluta trayectoria al servicio de la grandeza de nuestro país!

Los eunucos aplaudieron con entusiasmo. El Presidente continuó, en voz baja:

—Tal vez tenga usted algún pequeño capricho que nunca pudo satisfacer: algún viaje soñado, cambiar los muebles de su casa, terminar de pagar un crédito…

Amparo, roja de ira, estaba a punto de darle un golpe con su cartera, cuando Michelle se le acercó y le dijo:

—Yo la acompaño a su casa.

Lucas no podía dar crédito a sus oídos: «Trataré de visitarte dentro de un rato». Se vistió rápidamente y comenzó a poner orden en su apartamento, cuando recordó, helado, que la novela no estaba terminada. Tomando frases de las fotocopias de Amparo, se puso a escribir con desesperación:

> Lo esencial es invisible a los ojos, pero amar es nunca tener que pedir perdón, dijo el coronel Samsa, apodado El Corsario Negro por el anciano Tom Sawyer, científico loco que planeaba hacer un viaje de la Tierra a la Luna partiendo del lado de Guermantes. Pero ¿cómo ganar amigos e influir sobre las personas?, le preguntó Gregorio Buendía a Molly Bloom, la casera. Qué sé yo, respondió ésta, mejor pregúntele a Emma Bovary, la esposa del Dr. Jekill; la pobrecita sufre porque su marido hace monstruosos experimentos, y de noche se transforma en una asquerosa cucaracha llamada Gregorio.

—Me gusta —pensó Lucas, satisfecho—. Me estoy convirtiendo en un escritor.

—Usted sabrá qué le conviene hacer.

Dijo Fritz, y colgó. El doctor Anastassi se quedó paralizado, teléfono en

mano. No podía creer en la magnitud del pedido. Estaba en su estudio y podía ver la pared repleta de diplomas, premios y fotos con personajes célebres. Se quedó horas cavilando. Si aceptaba, cometía un delito de naturaleza aberrante, traicionaba su juramento hipocrático y cada una de sus más íntimas convicciones; ¿cómo sobrevivir después de aceptar semejante encargo? Pero si se negaba, la vida de su madre acabaría. Miró su foto encima del escritorio: sonreía, abrazada a él. Había sido en su último cumpleaños.

Colgó el tubo y sonrió con amargura ante lo paradójico de la situación: esa pequeña foto familiar pesaba en él mucho más que su pared llena de diplomas. Accedería.

12

Amparo estaba deslumbrada. Nunca había subido a una limusina. El interior estaba decorado estilo rococó, con mucho dorado y espejos que reflejaban las luces de las velas de los candelabros. En el centro había una mesa de comedor para unas veinte personas, rodeada por lacayos de librea y peluca empolvada. Michelle invitó a Amparo a ubicarse a un extremo de la mesa, y se sentó a la punta opuesta, frente a ella. Estaba tan lejos que Amparo la veía muy pequeña. En el piano blanco de cola, un músico con frac verde ejecutaba mazurcas de Chopin, y, cerca del fondo, una soprano obesa cantaba arias acompañándose con un arpa, mientras en un pequeño escenario cinco bailarinas clásicas danzaban el «Pas de Quatre» de *Cascanueces*, tocado por una pequeña orquesta ubicada en el foso.

Brindaron con *champagne*. Los lacayos sirvieron faisán *it la chauffeur de limousine.* Amparo notó que el vehículo tenía vidrios polarizados diferentes de los normales: el pasajero podía ser visto desde afuera, pero no podía mirar nada del exterior.

—Es para no ver la fealdad urbana —explicó Michelle—. Y para que la gente común aprenda cómo se debe vivir.

Cuando la limusina frenó en una esquina, Michelle dijo:

—Estamos llegando. Bajaré con usted, por si necesita ayuda.

Lucas continuaba su tarea con obsesiva meticulosidad, como un joyero de las palabras, como si el papel y la tinta fueran una delicada amatista por tallar. Avanzando un renglón, tachando dos, corrigiendo, avanzando otro renglón, volviendo a empezar, tachando tres, detenido ante la magia de una palabra:

—¿Apodado es sin hache? —preguntándose en voz alta—… no, porque es verbo —volvió a mirar la hoja— entonces lo escribí mal.

Y corrigió:

… dijo el coronel Samsa, ha podado El Corsario Negro.

En ese momento, una picazón en su aparato olfativo, provocada por un famoso perfume francés, le hizo levantar la cabeza: por la ventana que daba a la calle se veía el mismo coche que los había atacado en el bar, cargado de esbirros. Uno de ellos, sin disimulo, estaba apuntando con una cámara fotográfica hacia su ventana. En el preciso momento en que tomó la foto, la limusina se interpuso entre la cámara y el edificio. La parte delantera de la limusina hizo una breve inclinación, como si agachara su testuz. Habían llegado, las ruedas delanteras se detuvieron; unos instantes después las traseras también lo hicieron.

El coche de los esbirros partió, haciendo sonar sus ruedas. Sus ocupantes se recriminaban unos a otros no sólo por haber fallado, sino porque si Michelle sospechaba que estaban vigilando a su amigo o, peor aún, que la estaban vigilando a ella, podían darse por perdidos. No debían dejar rastros, y unas cuadras más lejos se deshicieron de la cámara arrojándola a un baldío, donde la encontró un pordiosero que, más tarde, la vendería en una casa de fotos cuyo dueño, al ver que traía un rollo, decidió revelarlo y, como la foto de la limusina le pareció espléndida, la amplió y colocó en exhibición en el escaparate de su tienda, a pocas cuadras del Grand Hotel and Towers, sin más consecuencias.

Michelle y Amparo descendieron y caminaron por la alfombra roja que los lacayos desenrollaban a su paso. Habían calculado mal, sobraban metros y metros de alfombra que, todavía hechos un rollo, interrumpían la entrada al edificio. Lo corrieron. Michelle, sin hacer el más mínimo gesto, con sólo mantener el gesto altivo y elegante, había dado a entender que esa torpeza la había incomodado. Cuando ellas entraron, el jefe de los lacayos miró fijamente a los que habían desenrollado la alfombra. Estaban despedidos, y podían dar las gracias.

Lucas había salido a abrirles la puerta del edificio, sin poder creer en lo que estaba pasando. Amparo, inquieta y temerosa por la visita de Michelle, pero fatigada por tantas emociones, pidió que la llevaran a su casa. Así lo hicieron, y entonces quedaron solos Michelle y Lucas en el apartamento de éste. Ella observaba con curiosidad, piadosamente; toda la vivienda era más pequeña que el baño de la limusina.

—Perdón por el desorden —se disculpó Lucas—, estaba escribiendo.

—¿De verdad? —preguntó ella, encendida— ¿Dónde? Dime.

—En ese cuarto.

Señaló la habitación en la que había una mesa llena de cuadernos con notas y papeles que la cubrían por completo, caían en cascada y se prolongaban por todo el suelo. Michelle miraba sin poder articular palabra. Aun cuando su posición social y el poder de Günther le permitían satisfacer el más caprichoso de sus deseos, era en este ámbito intelectual de creación donde toda su autoridad y suficiencia claudicaban. Sus largos años pasados en Cambridge y La Sorbona no habían logrado sino aumentar este poder de sumisión que la hacía doblegarse ante los más eminentes catedráticos. Todos tenemos un talón de Aquiles, solía explicar Michelle sensualmente, y agregaba: pero no sólo lo tenemos, lo necesitamos; algo que nos deje frágiles, nos subyugue.

Ahora iba entrando poco a poco en la habitación con una actitud casi reverencial. Este desorden la retrotraía a la oficina del titular de Filología IV de la Oxbridge Exclusive University. Ella tenía veintidós años, estaba terminando su doctorado y lo iba a elegir como su tutor de tesis. Él tenía la típica imagen del intelectual académico, camisa blanca con corbata al tono, blanca; suéter tejido, color verde, con unas coderas de paño; una de las botas de gamuza permanentemente desabrochada. Era más grande que ella, unos treinta centímetros quizá. La mente de Michelle volaba adentrándose en la habitación de Lucas y, al mismo tiempo, en el recuerdo de esa mañana de un miércoles lloviznoso en el que decidió pedirle al profesor Jebs, como le decían afectuosamente, que dirigiera su tesis. Tímidamente golpeó la puerta de su oficina.

—Soy Michelle, profesor.

Jebs abrió la puerta.

—Mich, *Quo Vadis?* —dijo con aire distraído—. No te esperaba.

—Usted me citó a las dos.

—Eso es incorrecto, debe decirse *«Nos* citó a las dos». ¿Y con la otra chica qué ocurrió?

—Oh, profesor, es por mi tesis…

—Oh, sí, estoy un poco confundido. Adelante, por favor. *Lasciate ogni speranza, voi che entrate.*

Agregó, mirando las piernas de Michelle con disimulada lascivia. La biblioteca, que revestía todas las paredes de la oficina, estaba colmada hasta el cielorraso. Pilas de libros tapaban el escritorio y las sillas. El piso también estaba cubierto por volúmenes apilados que sólo dejaban transitable un estrecho pasillo. Éste conducía a un rincón donde una reliquia, una máquina de escribir eléctrica,

se apoyaba en otra pila de libros. El profesor la usaba para aparentar un aire romántico ante sus visitantes.

Michelle, para iniciar la conversación, exclamó:

—¡Cuántos libros!

—¿Qué libros? Oh, sí, los libros. Siéntate, por favor.

—¿Dónde, profesor?

—Dime «Jebs». Allí, sobre los libros.

Señaló otra pequeña pila. Michelle se sentó. La llovizna se estaba convirtiendo en una lluvia que golpeteaba la ventana del estudio. El profesor, mirando el agua caer, apoyó una mano sobre su corazón y recitó:

—*Il pleure dans mon coeur comete it pleut sur la ville.*

A Michelle le encantó la cita, que supuso dedicada a ese momento particular, cuando era algo que el profesor declamaba repetidamente para seducir a sus estudiantes. Jebs carraspeó.

—¿Qué te trae por aquí, querida? —dijo con voz meliflua mientras se le acercaba.

—Profes… Jebs, querría que usted dirigiera mi tesis.

—Ah, la tesis, ¿y cuál sería el tema?

—Un estudio comparado sobre textos medievales y el esperanto, porque hallé que…

Él rio.

—¡Qué disparate, Michelle! ¡El esperanto, esa lengua creada por Zamenhof en 1887… y abandonada por todo el mundo en ese mismo año!

La descalificación intelectual era otro remanido recurso del profesor, infalible las más de las veces.

—Profesor, le ruego, permítame explicarle…

—Michelle, no encuentro relevante tu propuesta: ¿cómo puedes decir esa barbaridad? ¡No puedes aspirar a un doctorado!

—Pero… si yo acudo a usted precisamente para que me guíe, no deje de hacerlo.

—¿Quieres que te guíe?

—Por favor —suplicó Michelle, que veía crecer el halo mágico de su anhelado tutor—… tengo otra opción que es sobre Virginia Woolf y Pessoa…

—¿Quieres ponerte en mis manos?

Al advertir lo que ocurría, Michelle sintió una leve turbación, pero no podía sustraerse a la intensidad del tiempo que le dedicaba ese Zeus intelectual que,

simbólicamente, la haría nacer de su propia cabeza.

—Bueno… Tal vez… podría ayudarte… pero tú… —ahora la lluvia caía más fuerte— tú… deberías colaborar…

—Sí, prof…, sí, Jebs —dijo Michelle con voz sensual—, dígame… dime… cómo…

La lluvia se había convertido en un diluvio. Era una tormenta tropical, muy rara en esa época, y en un lugar tan alejado del trópico.

—Sí, *petite*, te lo diré.

Exclamó el profesor, mientras se desabrochaba la camisa y los pantalones, se abalanzaba sobre Michelle, tropezaba en su camino con una montaña de libros, y caía torpemente al piso arrastrando otras pilas de ejemplares.

—¡Michelle, por lo que más quieras —aullaba—, golpéame fuerte con el lomo de la enciclopedia! ¡¡Ahora, nena, ahora!!

El agua, el granizo, los rayos y la nieve caían como una catarata sobre el campus.

—No llueve.

Dijo Michelle, todavía empapada en su trance de recuerdos.

—¿… Cómo? —titubeó Lucas.

—Disculpa, me estaba acordando de algo que pasó hace tiempo.

—¿De una lluvia?

—… —Se quedó en silencio, arrobada por la humedad de entonces.

—¿Quieres tomar algo?

—Sí… sírveme un Moulin Bleu de Saint Yrieix la Perche…

—… cosecha 1934.

—… caramba, justamente esa cosecha… ¿y no querrías un tecito, por ejemplo?

—… sí… lo que sea, préstame un suéter.

Pidió Michelle, abrazándose a sí misma, sintiendo el frío de aquella tarde en la Oxbridge Exclusive University. No cesaba de recorrer la habitación con la mirada mientras sus dedos acariciaban las hojas que Lucas había escrito. No necesitaba leerlas, le bastaba esta voluptuosa sensación. Apenas dejaba deslizar sus ojos, evitando leer. Ahí estaban los manuscritos de Lucas, y, en las paredes, notas pegadas, recortes de periódicos, un calendario con la foto de una mujer desnuda que Michelle recordaba haber visto en un taller mecánico de provincias, una vez que la había sorprendido un desperfecto a mitad de camino.

Lucas, mientras tanto, había ido a preparar el té. Estaba en la cocina

buscando desesperadamente algo donde hervir el agua. Todos los recipientes estaban sucios. El guiso de la semana pasada. Los espaguetis de la semana anterior. Su memoria gastronómica repartida. Un pedazo de bistec de hígado en el horno. Temió que a Michelle la perturbara esta demora. Fue hasta la sala a poner algo de música. La vio en el cuarto observando todo con detenimiento. Se acordó de llevarle un abrigo. Toma, le dijo, mientras la envolvía en la toalla más seca que había encontrado en el baño. El olor a humedad de la toalla sumió a Michelle aún más en los recuerdos de aquella tarde de lluvias y libros.

Lucas fue hasta su equipo de música. Repasó los casetes y discos de pasta que había dejado su tío. ¿Cuál poner? ¿Cuál sería el más adecuado para no romper la magia de este momento? Veamos: *Carmina Burana*, una versión para 24 acordeones a piano. No. *Trece éxitos calientes de la cumbia universal de todos los tiempos.* Tal vez. Pero no. *Selección de clásicos románticos para la pareja de hoy y de ayer.* Podría ser, pero resulta demasiado evidente. Entre los discos de pasta sobresalía uno, muy viejo y con la cubierta bastante maltratada. Lo sacó. Ése era. El ideal. Jazz.

—Para una mujer como Michelle, una noche en la ópera y luego unas copas con *jazz* —se dijo—, y como ópera no tengo…

Encendió el equipo. Se oyó un crepitar de circuitos. Michelle se sobresaltó.

—No te preocupes —la calmó.

Dio unos golpes en el equipo, que dejó de hacer ruidos. El plato comenzó a girar. Primero a una velocidad. Luego a otra. Se estabilizó. Lucas colocó el disco. Tomó el brazo del aparato, pero los nervios le jugaron una mala pasada, y se oyó claramente cómo la púa se arrastraba por varios surcos antes de aterrizar en el que correspondía.

—¿Qué estás friendo? —preguntó ella desde el cuarto.

—Oye, oye y verás —contestó, seguro de la efectividad de la elección.

Comenzó la música. Lucas fue a la cocina. La música volvió a comenzar. Hizo esto unas seis veces, porque al parecer el primer surco conectaba raudo consigo mismo. Regresó a la sala, le dio a la púa un pequeño empujón, que la colocó inmediatamente en la mitad del segundo tema. Como si el destino lo hubiera elegido: *Satin Doll.* Con Miles Davis al piano, Gene Krupa en el saxo, Stan Getz en la batería y Ben Webster en el contrabajo. Sonaba maravilloso. Regresó a la cocina. Lavó dos tazas y un pequeño recipiente de metal. Lo puso al fuego y buscó la caja del té. Estaba vacía. Revolvió toda la alacena hasta que apareció otra caja. Era de un té diurético. Sin fijarse en la etiqueta, puso una

bolsita en cada taza. Volvió al cuarto donde estaba Michelle. La encontró terminando de hablar en su teléfono celular.

—¿A quién llamaste?

—Ordené que nos trajeran un aperitivo.

Lucas pensó que Michelle se había olvidado de la novela. Mejor así, no estaba terminada, y además podría no gustarle. Ella ya está en casa, sola, entregada —pensó—. ¡Basta de novelas, ahora a gozar!

Apagó algunas luces y dejó el apartamento en penumbras. En ese momento terminó de sonar *Satin Doll* y comenzó una versión jazzística de O *sole mío.* Ahora Miles Davis tocaba la batería y Gene Krupa la trompeta. Se escuchó el timbre. Lucas abrió la puerta y se encontró con dos robustos lacayos de librea que cargaban varios paquetes.

—Dejen el servicio en el piso, que haremos un *picnic* —ordenó Michelle.

Los lacayos miraron con desagrado el cuarto, que parecía no haber sido barrido desde la construcción del edificio. Se retiraron por unos instantes para regresar con una aspiradora, con la que limpiaron el apartamento. Pusieron en el suelo varios panes de césped, con los que formaron un piso vegetal; sobre él extendieron un mantel de hilo, con delicadeza colocaron fuentes y cubiertos de oro, platos de porcelana china y copas de cristal de Bohemia. Y escarbadientes. Abrieron una canasta y, con ceremonia, extrajeron los manjares para el *picnic*: el delicioso vino francés, aceitunas, y un paquete de papas fritas. Colocaron sobre el ropero una jaula con un canario, sacaron de un frasco hormigas, grillos, abejas, mosquitos y tábanos, los desparramaron en el pasto, hicieron una reverencia y partieron.

Lucas, hasta ese momento boquiabierto, reaccionó:

—Digo yo, ¿no irán a picarnos esos bichos?

—Están amaestrados, amor.

Ahora en el disco sonaba una furiosa versión de *La cucaracha,* con Gregorio Samsa y Gene Krupa al piano y los otros tres tocando la batería. Era decididamente desagradable, y Lucas se apuró a cambiarlo por *Veinticuatro melodías románticas para tus momentos de ensoñación y/o abulia.* Al escuchar los violines respiró, aliviado. Ahora el clima era sensual: luz tenue, música acariciante, el canto de los grillos, los trinos del canario, el pesado zumbido de las abejas y los tábanos.

—Lucas… estamos solos…

—Sí.

—Hacía mucho que esperaba este instante.

—También yo.

—Es el momento ideal… para que nos conozcamos un poco más.

—Sí, Michelle, es todo tan romántico.

—Quiero conocerte más…

—Claro, preciosa, me vas a conocer muchísimo —dijo acercando sus labios a los de ella.

—… quiero conocer lo que escribiste. ¡Tu novela, al fin puedo verla! Muéstramela.

Lucas se quedó congelado.

—¿Ahora? ¿Y si esperas un poco?

—No, no puedo más. ¡Ya esperé tanto! La quiero ahora.

—Pero Michelle… Está el *picnic*… el aperitivo… ¿qué tal si brindamos?

—Ay sí, qué tonta, lo había olvidado. Brindemos. Por tu novela, alcánzame el té.

—¿No vamos a brindar con vino?

—Por supuesto, pero el Moulin Bleu de Saint Yrieix la Perche que nos trajeron exige unas papilas preparadas.

—¿*Preparadas* como para qué?

Lucas llenó la taza con té y se la alcanzó, luego espantó un tábano.

—Es que en la lengua hay una zona que se llama zona de Halcklett…

Ella quitó una abeja de la azucarera y sorbió un poco de té. Él asintió mientras quitaba una oruga que quería pasar de una rebanada de pan a otra. Michelle continuó, luego de correr unas moscas, con fina elegancia.

—… es la zona de mayor concentración de papilas gustativas para los líquidos tibios —sorbió más té.

Lucas acompañó con un distraído ahá, pues miraba el movimiento de esos labios tan deseados; tomó té, bajó la taza, corrió la mano porque una arañita estaba por subírsele encima. Ella, consciente de sus encantos, continuó explicando y tomando té con naturalidad.

—… a lo largo del día, las papilas se van llenando de todos los químicos de las comidas que ingerimos —quitó nuevamente la abeja de la azucarera…

—… por supuesto —tomó té, espantó unos moscos, volvió a mirar sus labios.

—… y así las papilas quedan como una mesa después de que hubo una comida alborotada.

Continuó, mientras seguía los movimientos de la abeja, que se acercaba otra vez. Lucas inclinó su cabeza para sorber lo poco que quedaba en la taza, y ahí sus ojos dieron con la cumbre de los pechos de Michelle, la delicada hondonada que lo atraía como un abismo de dulce vértigo.

—Michelle… ¡ay! —lo interrumpió un mosquito, que aplastó de un manotazo.

—El té funciona como un cumplido criado que limpia esa mesa, cambia el mantel —vio cómo la abeja subía trabajosamente por los costados de la azucarera—, y nos deja una mesa limpia, nueva, para saborear como corresponde a un vino del tipo del Moulin Bléu de Saint Yrieix la Perche —tomó la botella, el sacacorchos, y se los dio—… Lucas.

Él se rascaba la picadura. La abeja estaba alcanzando el borde de la azucarera. Con una servilleta quitó las hormigas que prácticamente envolvían la botella y se dispuso a descorcharla.

—Michelle…

—¡Por Dios! —molesta, nuevamente quitó la abeja de la azucarera y la ahuyentó lo más lejos que pudo.

—Michelle, ¿tú no crees…? —quitó la oruga que estaba montada en su tenedor, comenzó a hundir el destapador en la botella, vio una araña atravesando el pan cortado—… Michelle, volviendo a lo que te iba a decir…

—Sí, sigue —se humedecieron sus ojos glaucos, pero sintió como un leve cosquilleo en su vejiga—… no, permíteme un segundo.

Salió hacia el baño, y Lucas decidió esperarla para descorchar el vino. Dejó correr la vista por su apartamento, irreconocible bajo todo ese artificio campestre. Vio una abeja que, trabajosamente, subía por el mantel en dirección de la azucarera; Michelle regresaba:

—Ya, brindemos.

Pero él también sintió algo y pidió que lo excusara. Ella asintió, mientras advertía la abeja. Lucas fue al baño. Creyó que no iba a llegar. Ahí dentro notó que faltaban toallas. Claro, si él había llevado una para arropar a Michelle, se acordó mientras seguía su alivio torrencial, prolongado. Oyó que Michelle gritaba: ¡Mierda de abeja! Y sonaban unas tazas rotas. Se apuró a regresar.

—Dime, Michelle.

—No, nada, estoy muy bien… feliz de estar acá contigo —y apartó unos fragmentos de tazas.

—Qué suerte —espantó el tábano.

—Por favor, Lucas, muéstrame tu novela.

—¿No íbamos a brindar primero?

Espantó el tábano de un manotazo y sintió algo en la vejiga, le extrañó.

—¡Oh, sí! Perdón, vas a pensar que soy una ansiosa.

Michelle vio que la abeja tropezaba nuevamente entre los pliegues del mantel; sonrió a Lucas, mientras se sacaba un zapato con disimulo. Él iba a abrir la botella, se quitó la araña de su rodilla, cambió de idea, se inclinó hacia ella entreabriendo sus labios; pero nuevamente esa sensación en el abdomen.

—… Michelle…

Ella también separó sus labios y se inclinó hacia adelante:

—… Lucas… espérame un segundo, por favor.

Y regresó al baño. Lucas se quitó el tábano de enfrente, vio cómo la abeja se acercaba a la azucarera; sintió una horrible presión en la vejiga, no podía esperar, fue hasta el baño, golpeó la puerta:

—… ¿Michelle?

—Voy, un instante, por favor. —(Cruzó sus piernas, trató de pensar en otra cosa, no podía, dio otros golpes en la puerta)—… ¿Michelle?

—¡Te dije que ya salgo, Lucas!

—Sólo quería saber si estabas bien.

Cruzó con más fuerza sus piernas, se mordió los labios. Salió ella, entró él. Sonriente. Veloz. Michelle se acomodó el pelo, sacó el lápiz de color de su cartera, se repasó los labios. Se sentó en el mantel y lo estiró, sin advertir que con eso allanaba el camino de la abeja. Regresó Lucas.

—¡Brindemos de una vez! —pidió ella, forzando una sonrisa.

—¡Claro!

—… —Vio la abeja que llegaba a la azucarera—… ¡¡¡Pero!!!

—¿¡Qué pasa!?

Lucas se detuvo, vio la abeja, y todo ocurrió en un segundo: Michelle dio un grito, porque la picó un mosquito; Lucas, por reflejo, le pegó un botellazo a la abeja en la azucarera. Y saltó el vino regándose por toda la habitación, que se llenó de astillas de vidrio.

—La botella tenía mucha presión. Me parece que ese vino estaba fermentado. Demasiado viejo.

—No te preocupes —respondió Michelle, sacándose de encima varios trozos de vidrio y el corcho, que había caído sobre su cabello—, ahora sí podemos ir por tu libro.

—Oh, sí, mi libro. Pero aún no hemos comido nada.

—Ya no quiero.

Lucas se le acercó. Apoyó la escoba y el trapo contra la pared. Ésta era su oportunidad.

—No sabes cuánto me alegra que hayas venido… desde que te vi en la librería esperé este momento —pasó un brazo sobre los hombros de Michelle— … yo no sabía si llegaría alguna vez —acercó sus labios a los de ella—. Y ahora estoy feliz porque ha llegado, porque si no… —sus labios casi se tocaban—, yo… —y la besó con ardor—… ¡mejor vayamos al cuarto, esto está lleno de bichos!

Pasaron al dormitorio. Lucas cerró rápido la puerta para impedir el paso de las alimañas. Ella se recostó sobre la cama boca abajo. Él pasó su mano por debajo de la blusa de Michelle y acarició suavemente la piel de su espalda, hasta que ella, recordando excitada la narración de Günther de su experiencia infantil, lo interrumpió.

—Por favor ¡escríbeme!

Lucas se sorprendió.

—¡Pero si no voy a viajar!

—No, en la espalda… escríbeme en la espalda.

—¿Qué?

—¿No viste *The pillow book?*

—No, ¿es algo que dejaste acá?

—*Escrito en el cuerpo,* es una película de Green… no importa, escríbeme, sí, hazlo ya mismo… ahora, por favor.

Lucas no entendía. Ella insistió.

—Vamos, trae tinta china y un pincel. En lo posible, de pelo de marta.

—No conozco a ninguna Marta.

—Lo que tengas para escribir. Ahora.

Lucas no quería dejar pasar el estado propicio en que se hallaba Michelle. ¿Quería que le escribiese?: le escribiría. Pero ¿dónde estaba ese lápiz? Buscó en el cajón de la mesita de noche. Encontró de todo, menos un lápiz.

—Espérame un minuto.

—¿Adónde vas?

—Voy por el lápiz, no me demoro.

Abrió la puerta y la cerró velozmente a sus espaldas. Los efluvios de excitación habían llegado hasta la sala. Los insectos habían enloquecido. La

abeja estaba zambullida orgiásticamente en un reguero de azúcar que había por el suelo. Las moscas se apareaban. Los grillos las imitaban. Los tábanos giraban alocadamente en un vértigo incestuoso. El canario estaba aferrado a los barrotes de la jaula, clamando por salir.

Lucas fue a la habitación donde escribía. ¿Adónde habían ido a parar los bolígrafos? En ese momento se acordó de la limpieza que habían hecho los lacayos. Quién sabe dónde los habrían dejado. Tal vez los tiraron. Imbéciles. ¿Qué podía hacer? Oyó un ruido en el apartamento vecino. ¡Amparo! Por supuesto. Caminó sobre los panes de césped hasta la puerta. Tocó en el apartamento de su vecina, que lo atendió con la ilusión de que él precisara más de ella que de la misma Michelle; la fantasía de que Lucas necesitaba huir de esos brazos para arrojarse a los suyos.

—¿Lucas?

—Necesito pedirte un favor.

—… sí, claro, lo que digas.

—¿No tendrás tinta china y un pincel de pelo de Marta que no estés usando?

—¿Cómo?

—Es largo de explicar, Amparo…

—¿Es para la novela?

—(Dudó)… sí, está relacionado.

—Pasa, entra, a ver qué encontramos.

Amparo ocultó sus celos tras su decepción, a la que tapó con una actitud solícita, que tampoco dejaba ver la tristeza que, más a la derecha, la embargaba, debajo de esa sonrisa que parecía decirlo todo. Buscaron entre los dos. Lucas tomó un par de lápices y un bolígrafo azul con la propaganda de un banco.

—¿Estás intentando alguna técnica nueva? —preguntó Amparo mientras le ofrecía unas acuarelas que tenía para cuando la visitaban sus sobrinos.

—La verdad, sí.

Respondió desde el baño, tomando pinceles para el maquillaje. Agradeció y se despidió. Entró en su apartamento, que continuaba en plena primavera. La abeja estaba rodeada por las patas de uno de los tábanos; los dos envueltos en azúcar. El otro tábano estaba revolcándose junto con los grillos. El canario golpeaba frenéticamente su pico contra la jaula, como un pájaro carpintero.

Lucas abrió la puerta de su cuarto y cerró rápidamente.

—¡Ya llegué!

Dijo, con entusiasmo; pero Michelle, tendida sobre la cama tal como él la

había dejado, sólo le devolvió un resoplido que se acercaba a un ronquido. La despertó. Ella no sabía ni dónde se había quedado dormida. Lucas tuvo que recordarle todo.

—Bueno, ya conseguí las cosas ¿Y ahora qué hago?

Por toda respuesta, Michelle se dio vuelta y se fue quitando la blusa con lentitud. Lucas iba de asombro en asombro. Esa piel. Era aún más suave que la seda de la blusa. Se acordó de una tarde de primavera, tendido sobre el césped de una plaza, viendo pasar las algodonosas nubes, mientras su madre lo amamantaba. Trató de regresar a la mujer que ahora tenía sentada en su cama. Aquel recuerdo no colaboraba en este momento. Se concentró.

—¿Te ayudo? —preguntó.

—… —Asintió con la cabeza.

Lucas dirigió una mano al broche del sostén. Encontró una leve resistencia. Probó ayudarse con la otra mano. No. Era una extraña combinación que parecía deshacerse entre los dedos pero que, sin embargo, se volvía a enredar en algo y no se terminaba de desenganchar. Intentó con los dientes.

—¿Quieres que lo haga yo?

—No —mientras tomaba el cortaplumas que había traído para sacarle punta a los lápices y, sin que ella se diera cuenta, cortaba el sostén—… no hace falta, ya está.

—… —Se dejó caer dulcemente sobre la cama.

—… —Hizo un leve gesto tratando de darle la vuelta.

—No, ahora escribe sobre mi espalda.

—… ¿Que escriba qué cosa?

—Algo tuyo —susurró ella.

Él se quedó pensando, chupando la punta del lápiz, mirando hacia arriba. No se le ocurría nada.

—Vamos, señor escritor, escríbame —lo azuzaba Michelle.

Al fin se decidió y trató de dibujar una «E» sobre la tersa piel. Iba a escribir «Elefante», que era lo primero que se le ocurrió. Michelle pegó un grito.

—¡Ay, me raspa!

—Está desafilado, ¿no? Pensé que no te molestaría. Deja que pruebo con esto —empezó a escribir con el bolígrafo.

—¡Ay, duele! ¿Qué pasa?

—Se acabó la tinta —probó raspar la espalda de Michelle con la punta del bolígrafo, haciendo un zigzag, tratando de forzarlo a que escribiera.

—Me lastima un poco, amor, ¿no tienes otra cosa?

Lo había llamado «amor». Lucas no se demoró un segundo, tomó la pluma fuente.

—Hace mucho que no uso de éstas —y mientras decía esto sacudía la pluma, logrando que gruesas gotas de tinta cayeran sobre la espalda de Michelle.

—Perdona… ya te limpio.

—No, no, sigue, me gusta —ronroneaba ella.

Lucas apoyó la pluma en la tersura dorada de su espalda y continuó «… lefante». Se alejó a contemplar su trabajo; pero Michelle lo urgió sensualmente.

—Sigue, sigue, no te detengas…

Él sacudió otro poco la pluma, pensó con qué palabras seguir.

—Más, más —suplicaba ella.

Lucas continuó: «Dos elefantes». Se detuvo nuevamente. Esperaba ver algo más que su espalda.

—Michelle, ahora se me acabó la página. Date vuelta, necesito escribir de los dos lados.

En lugar de girar, ella se incorporó, tomando su blusa.

—Leamos.

—Sí, yo también le amo.

Trató de besarla nuevamente. Ella lo apartó con delicadeza.

—Enséñame tu libro. Recuerda lo pactado. No seré tuya antes de verlo.

Él sintió que su alma descendía hasta el último subsuelo. Mientras iba a buscar su manuscrito se preguntó por qué Michelle actuaba así. Hasta ese momento le había parecido una hermosa danza de seducción por parte de ella; se entregaba, se alejaba. Pero esto lo confundía; estaban en la cama, solos. ¿Por qué no continuar? ¿Acaso jugaba? ¿Se estaba burlando de él? ¿Sería una pervertida? ¿En qué revista había leído algo sobre esto? Recordó un artículo que había llamado su atención en la sala de espera de su dentista, sobre personas que en la cama se comportaban de maneras extrañas. ¿Sería Michelle una de ellas? ¿Sería *brígida*, como creía recordar que decía la revista? ¿Sería virgen, tal vez? Eso, era virgen, y por eso actuaba así, tan púdica. Pero estaba casada, ¿cómo podía ser virgen? Sí, el alemán era mayor que ella, tal vez demasiado, y… ¿O sería tímida, nada más? Bueno, ella vino a su apartamento, a su dormitorio, a su cama. ¿Acaso no estaba a punto de lograrlo? Vamos, Lucas —se decía—, ya casi la tenemos. ¿Tenemos? —se respondía— ¿Cómo «tenemos»? ¿Quién habla? La voz se calló, intimidada. Tal vez sí, Michelle debía ser virgen. El alemán no la

debe haber desflorado. Mucho barco pero poca regadera. Sonrió al pensar eso, se le hacía ingeniosa la frase. Quiso releer la nota de la revista. Recordaba que, en lo del dentista, discretamente había arrancado la página y se la había quedado; pero ahora, quién sabe dónde estaría guardada. En medio de todo este lío de papeles, imposible de hallar. Se acordaba de que estaba bien el artículo, muy científico, pero al mismo tiempo traía una serie de consejos de aplicación inmediata. Una lástima no tenerlo a mano; porque, tal vez, dándole una rápida hojeada, podría discernir si Michelle era virgen o enferma de algo peor. ¿Y si realmente era virgen? Le tocaba a él ser el primer hombre de su vida. O el primer creyente, porque esa posibilidad también estaba. Sí. Qué compromiso, tenía en sus manos el futuro de una parte del santoral. Si la abordaba como hombre, tendría a esa hermosa mujer para sí, pero habría una santa menos. Quién sabe qué viejecita no se quedaría sin algún milagro, una cosa que tal vez precisara mucho: curarse de algo, el regreso de un hijo, salir de una penuria económica. Si se acercaba a ella como un creyente, la viejita tendría a su santa pero él se quedaba sin esa mujer que enloquecía sus sentidos; también él necesitaba curarse de algo, aunque «curarse» no fuera la palabra más cercana; puestos a comparar, sí pasaba dificultades económicas y, si bien no esperaba el regreso de un hijo, no por eso la viejecita tenía más derecho a un milagro que él a una noche de amor, a un momento de sueño —eso si se dormía enseguida, cosa que odian las mujeres, ¿debería poner un despertador?—; pero había otra posibilidad: abordarla como hombre y ayudar a la viejita a encontrar al hijo, prestarle unos pesos. Siguió buscando. Caramba, me da rabia ser tan desordenado, y así, cuando uno precisa algo, resulta que no lo encuentra y se pierde un montón de tiempo, pensaba, furioso consigo mismo. Yo me acuerdo que vine de lo del dentista derecho a casa, porque había un partido en la televisión. Me acuerdo de eso. ¿Qué partido era? El Milán contra Los Petroleros de Idaho. Sí, señor. Entonces recuerdo que me acomodé en el sillón, preparé un poco de queso, vino. O sea que el artículo tendría que estar ahí, porque cuando me senté sentí el papel doblado en el bolsillo de atrás y lo saqué. Y lo iba a llevar encima de esa mesa —la señaló—; pero me acuerdo que justo en ese momento Los Petroleros de Idaho le metieron el primer gol al Milán y me senté para no perderme la repetición. O sea que el papel debería estar cerca del televisor, porque no me moví más de allí. Voy a buscar cerca de la tele. Qué lástima, esta Michelle, una mujer tan hermosa, si llega a ocurrir que tiene un problema psíquico o algo así, será una gran pérdida para el sexo en Occidente. Y para el de Oriente también. Lucas dio vueltas al

sillón, mirando con detenimiento. No había nada. Encima del televisor tampoco. Qué picardía si lo tiré, justo ahora me vendría como anillo al dedo. Ordenó una pila de revistas. Juntó unas latas de refrescos y de cerveza que había en el suelo y, al agacharse a recoger una bolsa vacía, vio que algo asomaba por debajo del almohadón. Lo levantó y ahí estaba. Lo típico, a uno se le caen cosas dentro del sillón y después se vuelve loco buscándolas. Ahí estaba el famoso artículo, había otras cosas además. Un reloj, media manzana reseca, un destapador, dos bolígrafos, un billete de veinte dólares, ¡albricias, aquí estaba! ¡Y la raqueta de tenis!, si la habré buscado. Sacó todo, volvió a acomodar el almohadón, abrió el artículo y lo leyó detenidamente. «¿Es su novia una seductora?» A ver. Siguió leyendo y lo encontró, en un pequeño recuadro: «¿Está con una histérica?». Ésa era la palabra que no se acordaba, «histérica». Seguía una lista de preguntas. La leyó. Sí. Sí. Sí. Sí. Sí. Sí. Sí. Sí. Dobló nuevamente el artículo. Se quedó pensando un segundo. O sea que no es virgen. Si es histérica no es virgen. ¿Se podrá ser virgen e histérica al mismo tiempo? Se incorporó, muy serio. Recordó que había ido a buscar el manuscrito. Lo recogió, sacudió algunas miguitas que tenía encima. ¿Es contagiosa la histeria? Angustiado, volvió a buscar el artículo. Decía «psíquica», o sea que no es contagiosa. Pero se avergonzó por esa actitud cobarde. Si él la amaba no tenía que fijarse tanto en si era histérica o virgen. Si ella tenía un problema lo enfrentarían juntos. Abrió la puerta decidido.

—¿Michelle?

Nada.

—¿Michelle?

Silencio.

—¿Michelín? ¿Firestone? —bromeó.

Michelle ya no estaba ahí.

13

Unos minutos antes, Günther se había enterado de que Michelle estaba con Lucas.

—*Ach, scheisse!* ¡Inaudito, incalificable, inconcebible, increíble, infame, insultante, in…, in…!

No encontraba otra palabra, a pesar de que, por su admirable memoria, había aprendido español con la única ayuda de un diccionario. Aunque no manejaba el castellano tan sólidamente como su patrón, Fritz quiso colaborar:

—¿In-presionante?

Günther lo miró con desprecio y llamó al celular de Michelle:

—Sé dónde estás. ¡Ven ahora mismo!

Ella conocía muy bien ese tono de Günther y sabía que no era momento para contradecirlo. Además estaba aburrida, pasada ya media hora desde que Lucas había partido en busca de su manuscrito. Se levantó de la cama y, semidesnuda, bajó refunfuñando hasta la limusina, donde terminó de vestirse con pereza felina. Cuando llegó al Grand Hotel and Towers encontró a Günther con mala cara.

—Mi amor —dijo ella con voz sensual, mientras con un dedo le rizaba un mechón—. ¿Recuerdas a esa periodista que estuvo aquí? Ella vive con el escritor —mintió un poco— y me invitó a continuar la entrevista en su casa. Eso es todo.

Günther la miraba de reojo, desconfiado, herido por la desvergüenza de su esposa. Sintió que la amaba a pesar de su debilidad por los escritores, seres peligrosos que vivían inventando mentiras que dañaban a las gentes ilusas, que degradaban a la juventud con ideas sucias, demenciales; entes pervertidos, como aquel asqueroso cerdo que escribía a su mamá. *Nein:* «encima de» su mamá.

—No soporto tus engaños. La primera vez fue con ese escritorzuelo de cuentos infantiles…

Michelle bajó la mirada, avergonzada.

—… y luego, el ensayista —y agregó, irónico—: ensayaría contigo sus fantasías.

Ella enrojeció.

—Después, el de los libros de autoayuda.

—¡El pobre necesitaba ayuda!

Gunther la miró indignado, y continuó:

—Más tarde, ese poetastro. Y luego el insoportable de los aforismos —recitó, burlón—: «Lo esencial es insípido al gusto e inodoro al olfato»…

—Günther, tú confundes…

—¡Es. que fueron demasiados!

—No, quiero decir que tú te confundes… por favor no te alteres, me das miedo.

—¡Y el de los cuentos pornográficos…!

Günther levantaba el tono de voz, y Michelle, al verlo violento, comenzó a bloquearse:

—¿*Porno* qué?

—¡*Ach…!* ¡No empieces con eso!

—… —Michelle ladeó la cabeza.

—*Nein!* —Günther respiró hondo y se contuvo, porque sabía que cuanto más se enojara, peor sería—… el escritor de los cuentos eróticos, ¿te acuerdas?

—No.

Él sabía que era inútil insistir. Mejor esperaba que a Michelle se le pasara el bloqueo intelectual o él tendría que dibujar cada cosa, como siempre. Salió a los balcones de la *suite*. La sensación del viento en la cara lo relajó. Más sereno, regresó. Oteó desde la puerta. Michelle estaba fumando, repuesta. Al verla bella, distante, regresó su enojo:

—¿Podemos seguir hablando, ahora?

Michelle intentó cambiar de tema:

—¡Günther, mi vida, olvidemos todo esto!

—¿¡Me pides que olvide!?

Había una duda que quemaba a Gunther y que se había prometido mantener oculta, pero la violenta ansiedad que le producía pudo más:

—¿Y con ellos has…?

Michelle se dio cuenta de que Gunther moría por saber si con ellos había llegado al éxtasis. Estuvo a punto de decirle la verdad: no, tampoco. Nunca había llegado, pero este juego de incertidumbre dejaba el poder de su lado. Fingió un mohín de disgusto:

—Sabes que no debes preguntar esas cosas.

—¡De acuerdo, no las preguntaré! ¡Pero contéstame! ¿¡Sí o no!?

—Gunther…

—¿¡Qué!? ¡Contesta!

—… la respuesta sólo te traería más dolor.

Él se incorporó, enojado, y dio un golpe contra la pared. Ella se acercó, dueña de la situación, y le propuso, susurrante:

—Estás nervioso, mi amor, por eso nos pasan estas cosas; ¡apartémonos de todo esto, hagamos un viaje, vayamos a alguna playa lejana donde podamos estar solos y tranquilos, como antes!

—Michelle, has olvidado que tenemos que ir a Roma. Mariana se inaugura la muestra retrospectiva de Dalí. La playa debe esperar.

14

El Presidente estaba asustado. Había recibido un sobre anónimo con el rótulo de «Altamente confidencial». Cuando lo abrió, encontró un casete de vídeo. Con curiosidad lo puso en su reproductor y vio, divertido, imágenes de una desenfrenada bacanal: bailarinas disfrazadas de odaliscas, que danzaban semidesnudas dentro de una piscina; tres eunucos disfrazados de sátiros, que jugueteaban en el agua con una pelota; graciosos efebos que se perseguían arrojándose serpentinas y papel picado.

Pero cuando, detrás de la lluvia de papel de colores, descubrió su propia imagen, su inconfundible figura, vestido tan sólo con una nariz de payaso y un ridículo bonete de cartón, mientras abrazaba a una bailarina y a dos eunucos, no le gustó nada. Detuvo la cinta sintiendo taquicardia. La investidura presidencial despojada de sus vestiduras. El escándalo, la bancarrota. Y todo por confiar en Günther.

Al fin la curiosidad pudo más. Continuó mirando el vídeo, pero ahora con un solo ojo entrecerrado y casi cubierto por sus manos. Se vio bebiendo *champagne* de la babucha de la odalisca de los pechos enormes; se horrorizó al verse retozando desparramado de espaldas, flotando sobre los gigantescos pechos, mientras besaba a un eunuco. ¡Si esto se hacía público!, pensó, aterrado, ¡qué no querrán inventar!

Ahora aparecía bailando un cancán, desnudo. Maldición —se dijo—, ¡en plena época electoral! Si el vídeo llegaba a manos de Smárbekta sería un desastre. No iba a permitirlo, el casete no debía llegar al Frente Nacional Democrático, son capaces de urdir un escándalo sexual. No señor, un vídeo no era prueba de nada. No, no lo acorralarían. Se quedó preguntándose qué estaría por pedirle Von Bohlen und Reichenbach.

—¿Vamos, doctor? No se van a escapar las semillas.

Bromeó uno de sus colaboradores, pero Anastassi, descorazonado, negó con

un gesto de la mano. Su ayudante entendió que quería estar solo y se marchó. El laboratorio ofrecía una extraña imagen, con el moderno equipo por un lado, y esas bolsas de cereales con las que los investigadores chocaban a cada paso.

La obtención del plásmido había sido un éxito, pues habían logrado que el gen codificara correctamente y la célula sintetizara la enzima deseada. Pero hasta ahí llegaban porque, después de decenas de intentos, la célula no se dejaba transfectar.

Anastassi miró la foto de su madre. Su misma sangre, sus mismos genes; él era una semilla de esa generosa espiga. Suspiró angustiado y arrojó con odio el puñado de trigo que tenía en la mano.

Günther y Michelle volaron a Roma esa misma noche, en otro de sus Concordes. Cenaron *foie-gras* y Sauternes bien helado, y se encerraron en su lujosa *suite*. Michelle, luego de su frustrado encuentro con Lucas, había quedado encendida. Günther la vio tan entregada que imaginó que esta vez sí llegaría al tan ansiado éxtasis; pero, al cabo de tres horas de pasión, se desplomó agotado. Años con esta mujer que lo enloquecía de deseo, pero cuyo deseo no tenía cima. Decenas de especialistas consultados. Los más renombrados orgasmólogos. Inútil. Y su propio deseo seguía fijo en ella, en lograr que respondiera a su pasión, en encenderla hasta hacerla olvidarse de sí misma. Ese era el más profundo secreto de su desvelo. Michelle nunca se había rendido de placer. Como una fortaleza sin puertas lo dejaba afuera, insatisfecha ella; como un conquistador sin victoria, él. Se durmió al instante.

Llegaron por la mañana. Una limusina los condujo directamente al museo donde se exhibiría la muestra que debían inaugurar. Allí se encontraban importantes personalidades de la cultura, la política, la industria y el clero. Günther pronunció un discurso en un perfecto italiano de diccionario, señalando los importantes vínculos entre las artes, los mecenas y la prosperidad de las naciones. Fue muy aplaudido.

Enseguida pasaron a visitar la muestra retrospectiva de Dalí. Como su nombre lo anunciaba, eran todas fotografías del culo del famoso pintor: con o sin ropas, de pie, sentado, acostado, en cuclillas, en cuatro patas. El público estaba desconcertado, los obispos y cardenales se miraban escandalizados, pero todos aplaudían. Mansos. Obsecuentes. No dejaban de sonreír.

Günther miró su reloj, apartó con un gesto seco a los que venían a besarle la

mano: banqueros poderosos, célebres concertistas de piano y violín, cardenales. Todos le debían un favor o temían deberle uno y preferían guardar un cauteloso respeto. Calculó la diferencia de horas y le hizo un gesto imperceptible a Fritz, que se acercó con un celular diminuto y una llamada ya marcada. El Presidente esperaba del otro lado de la línea.

—Un minuto, el señor Von Bohlen und Reichenbach le va a hablar —le dijo Fritz, y pasó el celular.

—Mi querido y dilecto amigo —saludó Günther, cordialmente.

—Estimado Günther… esperaba su llamada —dijo, expectante—, ¿desde dónde me habla, que se oye tanto bullicio?

—Desde lejos, mi querido Presidente, siempre lejos y velando por intereses que nos son caros.

—Claro, claro, aumentaron… —bromeó, intentando ver hacia dónde se orientaba Günther.

—Bueno, estimado amigo, lo imagino a usted atendiendo mil asuntos, así que no quisiera demorarlo, el punto es la agricultura. Ese amado país que usted preside está un poco… demorado por esa nueva ley que el congreso está estudiando, tal vez con excesiva minuciosidad.

—… sí, entiendo.

—Hace falta ayudarlos a captar lo imprescindible que es esa ley, pero sin que se extienda mucho más su tratamiento, y usted tiene el liderazgo necesario para eso.

—Claro, claro… gracias, Günther y… hasta pronto.

El Presidente colgó. Completamente derrotado. No hubo una referencia al vídeo. No era necesario. Tampoco era el estilo de Günther. Dejó su escritorio y se dirigió hasta un gigantesco mueble de preciosa encina amarilla, completamente labrada, con engarces de plata en las molduras. Abrió una puerta lateral, tomó un vaso, hielo, la botella de *whisky*. «De rara malta escocesa, edición limitada a cien botellas; pero muchas se nos rompieron» rezaba la etiqueta. Regalo de Günther, también. Se sirvió una cantidad generosa. Fue hasta los sillones que estaban frente a su escritorio, y se dejó caer sobre uno. Tomó un aparato de control remoto y se puso a jugar con un autito a pilas. Era su pasatiempo en los momentos de honda depresión. Fueron pasando las horas, y fue descargando la copa. Llegó la oscuridad sin que él atinara a encender una sola lámpara ni respondiera a las llamadas de la puerta o los teléfonos. Ese ánimo lo convertía en un ausente para el mundo. ¿Cómo podría apurar al

Congreso?

Mientras tanto, en Roma, Günther brindaba con el ministro del Acero de Italia, Giancarlo Sampietro, y se unían a su festiva conversación tres diputados del partido ecologista holandés. Luego se acercaba el secretario de la Alta Cámara de Lores Azules, de Inglaterra, y su señora esposa, no tan afeminada como él. Gunther, sin abandonar la plática, que saltaba del inglés al francés, al alemán, al italiano, y regresaba al francés para salir disparada hacia el griego, dar un pequeño giro por el húngaro y volver al italiano, según conviniera a los temas y a la más adecuada expresión que los reflejara, seguía con el rabillo del ojo a Michelle, que compartía una contradanza para la cual la había venido a solicitar un estreñido capitán de la Marina de Austria. Veía perfectamente cómo ese capitán, que jamás se atrevería a nada, porque su sentido del honor no se lo permitiría, pero menos aún su sentido de la supervivencia, moría de embelesamiento por esa belleza que sostenía entre sus brazos. Michelle. Capaz de hacer arder incluso el amianto. Incapaz de consumirse ella misma. A su mente regresaron imágenes de sus torpes esfuerzos amorosos en el vuelo que los había traído a Roma.

15

—Diga, señor.

—Que venga el ministro Falfaro —requirió el Presidente con voz aguardentosa.

—Señor, está recibiendo al señor Flammar…

—¡Que vengan los dos, estúpida! ¿¡O no me entiende!?

Bramó, desencajado, y colgó haciendo caer el teléfono al suelo. Fue hasta el mueble de encina y se sirvió otra copa que dobló la medida anterior.

Jules Flammarie, director del Fondo Mundial de Regulación de Movimientos Financieros, supuestamente había viajado para realizar una auditoría antes de aprobar una línea de crédito para el país, pero en realidad el verdadero propósito era concertar una serie de medidas relacionadas con el secreto bancario y los flujos de dinero. Entró acompañado del ministro Falfaro, y encontraron al Presidente con la corbata suelta, los ojos acuosos de quien ya ha bebido de más. Vieron el teléfono tirado en el piso.

—Tú, cara de mono, debes conocer a Günther, ¿no?

Jules Flammarie dio un leve respingo y trató de disimular su incomodidad. Por supuesto que conocía a Von Bohlen und Reichenbach; el punto era, ¿hasta dónde sabría este Presidente? El ministro Falfaro fue al mueble de encina y le sirvió una copa para distender la situación.

En el salón romano, Gunther seguía con la mirada la suave danza de Michelle, que cada tanto asentía aburrida ante el insípido parloteo del capitán austríaco, con la cabeza lejos de ahí y de esa charla tan patosa como el interlocutor; su mente recorría, delicuescente, el apartamento de Lucas. Cuánto le hubiera gustado quedarse allí. ¿Por qué se había demorado Lucas? ¿Dónde se había ido? ¿Por qué era tan esquivo para mostrarle su manuscrito? ¿No confiaba en su juicio crítico? Nunca nadie le había negado tanto… en realidad, nunca nadie le había negado nada.

Lucas, sin saber con qué oculto e íntimo apetito lo evocaba Michelle, y quizá gracias a no saberlo, escribía sin pausa. Llenaba hojas frenéticamente, como una fiera. Como una bestia, más bien. Ni siquiera se interrumpía para ir al baño; sólo para consultar alguna palabra que se le escapaba. Rayuela… ¿con ye o con elle? ¡Sí, Ralluela!

Porque el día anterior, al regresar a su dormitorio con el manuscrito, había descubierto que Michelle ya no estaba allí. Luego de buscarla infructuosamente por todo el apartamento, se vistió deprisa y bajó las escaleras corriendo. Llegó a la calle: ni rastros de la limusina. Subió cabizbajo las escaleras. En su apartamento, después de espantar a los insectos, testimonios vivientes de la embriagadora presencia de Michelle en su hogar, desconsolado, Lucas repasó el artículo «¿Es su novia una seductora histérica?». Una de las preguntas del test era: «¿Tiene conductas esquivas de aproximación y alejamiento?» Palideció: una vez más la respuesta era afirmativa.

Tembloroso, llamó al Grand Hotel and Towers, donde lo atendió un esbirro con una voz que delataba una educación más bien deficiente. Preguntó por Michelle, tartamudeando. El esbirro lo sometió a un pesado interrogatorio, cercano a la tortura psicológica. Lucas cortó y se deprimió aún más: Michelle estaba en Italia, y si él llamaba nuevamente terminaría con zapatos de cemento en el fondo del río.

Al borde del desfallecimiento, en un vano intento por seguir en torno a Michelle, consultó otra vez el artículo: «Un típico rasgo de histeria femenina consiste en pretender vivir situaciones de aura romántica, y enseguida huir…» Sí, pensó Lucas, es así. ¿Qué significará *aura?* ¿O será *Laura?* Siguió leyendo: «… para luego regresar, y continuar el juego de seducción». Se sintió revivir. ¡Michelle regresaría! Continuó la lectura: «La única manera de cortar con ese eterno juego de seducción consiste en que el hombre no acepte ya rodeos, excusas o dilaciones de su amada».

Una intensa corriente de energía pasó por su sistema nervioso. Haría un esfuerzo y terminaría su novela. Cuando Michelle reapareciera él no aceptaría ya ningún rodeo, excusa o dilación. ¿Qué sería una *dilación?* ¿No se trataría más bien de una *dilatación?* No importaba, él ya no aceptaría ninguna dilatación: terminaría su novela y Michelle no tendría escapatoria.

Tomó al azar otras fotocopias de Amparo, las hojeó y se sentó a escribir.

Gatsby y el capitán Nemo conversaban alegremente. En su juventud, éste había sido marinero en un pesquero en el mar Caspio que había sido atacado por un gigantesco esturión, que embestía furioso a la nave mientras disparaba enormes granos de caviar. En cambio Gatsby, también llamado Harry, había sido un niño huérfano, estudiante de magia, hasta que una mañana despertó convertido en ese horrible monstruo.

—El queso rallado, por favor —pidió Geppetto.

Pinocchio lo miraba con aire desangelado, se sentía un insecto.

—Iremos desde los Apeninos hasta los Andes —explicó el anciano—. Ahora hay turs realmente económicos.

—No insista, Demián —dijo Lolita mientras retiraba la mano del joven y paladeaba una golosina con aire pícaro—. Para esas cosas prefiero a Samsa o a Martín.

Martín Fierro estaba a su lado, afilando el facón contra una de las patas de la mesa. Su compadre Pedro Páramo silbaba por lo bajo una conocida tonada del sudoeste de Guadalajara mientras el Sombrerero Loco continuaba vociferando incoherencias tales como: «Platero es pequeño, peludo, suave; y Los Plateros son un grupo musical; no son pequeños ni suaves, pero sí peludos».

Robinson miró a Viernes con compasión. Pensaba que si lo hubiera encontrado sólo dos días después se habría podido llamar «Domingo», un nombre mucho más normal.

Raskolnikov se paseaba nervioso entre las mesas. Naná servía cerveza bien helada a doña Flor, casada ahora con un famoso futbolista argentino.

La voz del doctor Watson sonó enérgica:

—Elemental, Sherlock: la víctima, como las cucarachas, siempre regresa al lugar del crimen.

Sacó un revólver de entre sus ropas y disparó a quemarropa al célebre detective. Segundos después, Holmes yacía en el piso envuelto en un charco de sangre; no había nada mejor para envolverlo.

16

Michelle, Gunther y su grupo de guardaespaldas se retiraban discretamente de la fiesta. Pretendían hacerlo sin ser advertidos, pero eran tantos que, como en el salón había quedado sólo la mitad de invitados, enseguida se notó la cola de trescientos esbirros que se formó frente al guardarropas. Los banqueros, los concertistas, los cardenales, fueron invadidos por un hondo pesar; la fiesta ya no tenía sentido. El estreñido capitán austríaco quedó solo, en mitad de la pista de baile. Ella se había ido, ¿para qué seguir bailando? y menos todavía algo para parejas. Solicitó a la orquesta algún número que fuera para un solo bailarín; pero el director se negó, los músicos guardaban sus instrumentos. Los camareros ya se estaban llevando canapés y botellas a sus casas, el personal de limpieza barría el salón, y el palacio había sido puesto a la venta.

Jules Flammarie tomó la copa que le ofreció el ministro Falfaro, se aflojó el nudo de la corbata y, tratando de sondear cuánto sabía el Presidente, le preguntó:

—¿Y ahora… qué es lo que pide Von Bohlen und Reichenbach?

—No lo sé, y eso me preocupa… últimamente estuvo hablándome mucho sobre agricultura, cereales…

—¿Se estará dedicando al comercio de granos?

—Se habrá vuelto trigo limpio.

Interrumpió Falfaro, tratando de meter un bocadillo, pero el Presidente lo fulminó con la mirada:

—No creo…

—¿Querrá introducir droga en Europa?

Comentó Flammarie, para tantear al Presidente, que sonrió con sarcasmo:

—Flammarie, me sorprende su ingenuidad.

—¿Le parece? —contestó éste con ingenuidad.

—Oiga, Francia tiene una base en Oceanía en la que cargan combustible unas lanchas piratas que recogen la droga que traen unos barcos europeos y la

pasan a los barcos que la introducen en Asia…

—¿Cómo? ¿De Europa va droga a Asia? Eso es ridículo, es al revés… —disimuló Flammarie.

—Escuche y deje de creer en cuentos de hadas. La droga que entra en Europa es una pantalla para los medios, y no representa ni el uno por ciento de la que Europa coloca y distribuye en Asia…

—Per…

—… lo mismo que hace Estados Unidos en Latinoamérica…

—¡¿Estados Unidos mete droga en Latinoamérica?!

—Por supuesto, Flammarie, y ése es el verdadero negocio, ¿o dónde cree usted que están las grandes plantaciones de droga?

—… no sé, ¿dónde?

—París, Londres, Nueva York, Roma.

—Como las grandes tiendas —acotó nuevamente Falfaro. Flammarie simulaba no creer lo que oía, pero evidentemente el Presidente estaba bien informado.

—Pero… ¿dónde? ¿en las ciudades?

—Falfaro, hazme otro trago… ¿ha visto la costumbre anglosajona de adornar los balcones con hermosas plantas?

—Sí.

—Bueno, escondidas entre esas hermosas plantas está la más extensa red de plantaciones del mundo… millones de macetas con droga en los respetuosos hogares de Berlín, de Washington, Estocolmo, Montreal…

—… pero… eso es absurdo, ¿y cómo hacen para procesarla?

—Muy fácil, con los *pick-up men*, los recolectores… por cada *dealer* de droga hay cientos de *pick-up men* recogiendo la droga casa por casa.

—Pero ¿y cuál es la función de los *dealers*, entonces?

—Confundir a la opinión pública, que la gente crea que su nación está siendo invadida por droga que viene del tercer mundo, y de esa manera darle herramientas al Senado para que intervenga militarmente en esos países.

—… entonces los *dealers*…

—Son soldados, topos, como los quiera llamar… son los que proporcionan la gran excusa para intervenir militarmente; los verdaderos traficantes callejeros de droga son los *pick-up men*, que van de maceta en maceta, de casa en casa, «estimulando» a que siembren más, pagando.

—¡¿Pagando?!

—Flammarie, ¿cómo se explica usted el bienestar de las ciudades del primer mundo?

—…

—¿Por los logros de la industria pesada?

—…

—¿Por su tecnología punta, eh?

—…

—¿Por los servicios de la deuda externa de nuestros países?

—…

—¡NO! ¡POR LO QUE GANAN VENDIENDO LA DROGA QUE SE SIEMBRA EN CADA HOGAR!

Flammarie se convenció de la perspicacia y de las buenas fuentes de información de este «presidente de provincias», como lo había llamado él.

—¿¡Y CÓMO SE EXPLICA USTED LA POBREZA DE LOS PAÍSES LATINOAMERICANOS!? ¿¡EH!? —siguió el Presidente.

—… nn… no sé…

—¡¡¡POR LO QUE GASTAN COMPRANDO DROGA!!!

Continuó Falfaro:

—Uno de los problemas se genera en la masa de dinero que se produce en esas ciudades y que debe pasar a bancos, capaces de disimularla.

Flammarie se sorprendió de que este ministro también tuviera buena información, y siguió averiguando hasta dónde sabían.

—¿Como por ejemplo…?

—Las cajas de pensiones para la vejez y las cajas de la seguridad social de los docentes de distintos países…

—… increíble…

—… pero como aun así es demasiado grande, se hacen operaciones de blanqueo comprando armas; esas armas se canjean a distintas guerrillas de todo el mundo, que las cambian… por droga que antes habían comprado a los países ricos… con la droga sobrante se hacen distintas operaciones, a veces se la tira.

—¿¡Se la tira!?

—Flammarie —dijo el Presidente como si estuviera hablando con un niño al que le dicen que Santa Claus no existe—, ¿usted de veras cree que las ballenas se suicidan?

—¿No se suicidan?

Falfaro negó con la cabeza.

—Son cargamentos que se tiraron al mar, y ellas comieron… Pero otras veces se utiliza la droga para liberar rehenes, como un caso reciente.

Siguió el Presidente:

—Un comando de dos hombres de la CIA, uno de la KGB y uno de la Royal Force, había ido a entregar un maletín con material nuclear clandestino destinado a una central cercana a París…

—¿A París?

—… ahá, había sido producido en Burkina Faso… entraron en Francia por Nimes. Por un error, el de aduana del aeropuerto no fue avisado a tiempo, y al notar que dos de los agentes despedían un tenue brillo verde, decidió revisar el maletín…

Continuó Falfaro:

—… desgraciadamente ese día llegaban los Rolling Stones a la ciudad, y el aeropuerto estaba atestado de fans y periodistas… el jefe de Aduanas abrió el maletín y en menos de cinco minutos se convirtió en una especie de bola humana…

—… por la retención de líquidos —aclaró el Presidente.

—… exacto, y empezó a despedir un aura verde… la gente creyó que eran los Rollings, que ya habían llegado, y empezaron a estallar en gritos histéricos… el pobre infeliz avanzaba a los tumbos buscando un baño…

—… para sacar todo el líquido que estaba reteniendo… —explicó el Presidente

—… exacto, pero la gente no lo dejaba avanzar, se le tiró encima…

—… y le pedían autógrafos…

—Exacto. Y todo eso fue registrado por la prensa.

—¿Y ahí es donde entra Von Bohlen und Reichenbach?

—Ahí hay un nexo, algún dato que se me escapa, pero sí, sin duda, y es lo que me preocupa.

17

Mientras Michelle paseaba por la Via Veneto, Günther y su comitiva dejaron atrás las Termas de Caracalla, pasaron velozmente a un costado del Coliseo, cruzaron el Tíber y se detuvieron con estrépito en la plaza San Pedro. Aturdido por el tañido de las campanas, Günther fue escoltado por sus esbirros hasta la Basílica, repleta ya de turistas. A fuerza de empellones, los guardaespaldas atravesaron la masa humana y trasladaron a su patrón hasta el asiento más cercano al altar. Por medio de amenazas desalojaron al público que ocupaba ese banco, y se sentaron en el momento en que comenzaba la misa. Mientras los indignados feligreses se reacomodaban, Günther se levantó, se dirigió hacia los confesionarios y se arrodilló ante uno de los experimentados confesores del Vaticano. A medida que Von Bohlen hablaba, el cura comenzó a sentir escalofríos, sufrió un mareo, su vista se nubló y cayó con estrépito al piso. Günther se puso en la fila para recibir la Comunión. Se sentía más bueno.

Partió antes del final de la misa para poder llegar al Palacio Pontifical a la hora prevista. Sabía que no lo esperaba una tarea sencilla. En el palacio, un secretario de ceremonial lo guio a través de las suntuosas dependencias. Llegaron a la sala Ducal, donde sería recibido por el Sumo Pontífice. La audiencia privada le había sido facilitada por el cardenal Poletti, que mantenía excelentes relaciones con la mafia siciliana.

Los soldados de la Guardia Suiza, en su uniforme de gala (jubón y calzones en terciopelo *compose* de rayas verticales negras y amarillas, casco con simpático penacho rojo, botitas al tono), flanqueaban la puerta por la que haría su aparición el Santo Padre, mientras miraban de reojo a los esbirros de Günther. La puerta se abrió, apareció el Papa rodeado de su séquito y, majestuoso, se acercó atravesando la alfombra roja. De pronto, uno de los esbirros se adelantó y comenzó a cachearlo; el Papa, sorprendido, levantó los brazos para facilitar la operación. Los cardenales se persignaron. Los guardias se abalanzaron sobre el guardaespaldas, que, a una seña de Günther, regresó a su sitio. Günther se

disculpó ante el Santo Padre; éste sonrió y lo invitó a pasar a su estudio. Los esbirros quedaron afuera, controlando a los guardias suizos.

El Papa invitó a Günther a sentarse frente a él. En un extremo de la sala dos monjas ordenaban documentos. Después de las primeras formalidades de la conversación, Günther comenzó:

—Su Santidad, me trae aquí un asunto muy delicado. Sabrá el Beatísimo Padre que el tráfico de armas responde a necesidades concretas de la sociedad…

El Papa frunció el entrecejo. Günther continuó:

—… los traficantes actúan movidos por un espíritu altruista, ya que, en el fondo, prestan un servicio a sus semejantes más necesitados…

El Pontífice se revolvió en su asiento y carraspeó. Sin darle tiempo a responder, Günther miró de reojo a las monjas y continuó, en un susurro:

—Pero las leyes son rigurosas y los controles cada vez mayores, Santo Padre. Lo mismo ocurre con las drogas. No alcanzamos a brindar a la gente lo que necesita: poder armarse en legítima defensa, evadirse de sus preocupaciones.

Günther continuaba hablando con aplomo, a pesar de que el Sumo Pontífice parecía Sumamente fastidiado.

—Estamos convencidos de que esa incómoda persecución debe cesar, Su Santidad. Para eso necesitamos de Su ayuda. Una pequeña señal, un mínimo gesto de buena voluntad del Vaticano aliviaría la difícil situación del traficante honesto. Si el Santo Padre tuviera la enorme amabilidad de publicar una pequeña encíclica al respecto, tal vez podría incluir los siguientes puntos…

Le alargó un papel, que el Papa leyó con los ojos abiertos por el asombro, mientras Günther explicaba:

—Se trata de recomendar un poco de tolerancia hacia los traficantes de armas y drogas. Si Su Santidad no le encuentra un título mejor, creemos que se la podría titular *Mundus Beligerandii, Populorum Drogarum.*

—¿Está usted loco? —explotó el Pontífice, poniéndose de pie enrojecido y haciendo sobresaltar a las monjas, que arrojaron al piso sus papeles y lo miraron boquiabiertas—. ¡Usted delira! ¡Satanás habla por su boca! —miró hacia arriba —. ¡Señor, perdónalo! —y agregó, serio, conteniéndose con visible esfuerzo—. Rezaré por usted.

Palmeó. Se abrieron las puertas e ingresaron los guardias, que acompañaron a Günther hasta la salida, mientras el Vicario meneaba la cabeza, presa de una santa indignación.

Cuando su limusina se puso en marcha, Günther sonreía. La reacción del

Pontífice era previsible. Un giro así no sería fácil para el Vaticano: ellos tenían muchos siglos de tradición y mucho público al que satisfacer. Se podrían meter en negocios turbios, por supuesto, pero siempre lo harían con discreción. Sería necesario pasar a la segunda fase del proyecto.

Esa misma noche, el Papa revisaba su correspondencia cuando Sor Guglielmina, su secretaria, le alcanzó un vídeo que había recibido; tenía las palabras «Terriblemente confidencial» escritas en grandes caracteres. Más abajo decía «Su Santidad, ¿podemos llamarlo SuSan?». El Papa, con desconfianza, colocó la cinta en el reproductor. Ante las primeras imágenes palideció, pidió a las religiosas que se retiraran y se derrumbó en un sillón. ¿Cómo habrían filmado eso, ocurrido tantos años atrás, cuando todavía era obispo? Ese vídeo no debía conocerse. Se arrodilló y rezó largamente. Luego se dirigió a su escritorio y levantó el tubo del teléfono.

Günther se sentía pleno. La «Operación San Pedro», como él la denominaba, consolidaría su prestigio. Cuando recibió la llamada de un secretario del Vaticano, en un primer momento creyó estar entrando en el paraíso; sin embargo su semblante fue cambiando cuando esa voz pausada le fue enumerando una lista de horribles muertes. «Es un menú del destino», le dijo con ironía, «el Señor decide, no todos pueden elegir su final».

Al día siguiente, un atemorizado Günther depositaba en el Banco Vaticano una millonaria suma de dólares «para obras de caridad» y, junto a Michelle, abandonaba presuroso Roma.

Lucas se despertó con ese típico sopor que deja una siesta a deshoras. Había dormido más de un día. Tal era el agotamiento creador. Fue a darse un baño refrescante, se vistió y salió a desayunar a un café cercano.

—Lo de siempre —ordenó al camarero—, ¿usted es nuevo aquí?

—Llevo veinte años.

Lucas se dio cuenta de que su agotada musa lo había confundido de sitio.

—De acuerdo —corrigió—, tráigame un café con leche con *croissants*, y un vodka tonic.

—No vendemos bebidas alcohólicas.

—Suspenda el café con leche.

—No, eso sí hay.

—Suspenda los *croissants*.

—También tenemos.

—Entonces un vodka tonic con *croissants.*

—Señor, café con leche es lo que tenemos.

—De acuerdo, un vodka tonic con *croissants* y agréguele el café con leche.

—Señor… —suspiró el mesero.

—¿¡Quiere dejar de preguntarme cosas!? —lo interrumpió Lucas—, ¡traiga lo que quiera… y ya!

El mesero se retiró, discreto. Lucas tomó un periódico que alguien había abandonado sobre la silla. Lo abrió, y sin querer fue a dar a las páginas culturales; su vista se clavó en un anuncio que parecía dirigido a él:

«Talleres de creación literaria. Organizados por la Alcaldía Municipal. Inscripción gratuita». Eso es lo que yo necesito, he ahí mi salvación —pensó—, mientras el mesero se acercaba con una bandeja cargada de tenedores, pan viejo, dos gaseosas, una lata de atún, tres botellas de yogur, mermelada, frutas tropicales, un destapador, dos ceniceros llenos, masas vienesas, jamón cortado grueso y mantequilla.

18

En el salón de la Casa de Gobierno, Jules Flammarie se recostó en el asiento y le dijo al Presidente:

—Bueno, ahora deje que le revele la otra parte.

—… ¿Qué otra parte?

—Queríamos ocultarlo pero, para mi sorpresa, usted lo sabe casi todo.

Flammarie le hizo una seña al ministro y le pidió una copa. Este se la acercó. Con fastidio, Flammarie le pidió que primero la llenara con *whisky* y se la diera nuevamente. Falfaro obedeció. Flammarie tomó la copa en sus manos, la hizo girar observando el líquido rubio deslizarse entre los cristales del hielo, tomó un trago y empezó su relato.

—No se supone que les contara esto, pero evidentemente las cosas han llegado a un estado…

—¿Se refiere a nuestro país? Estamos orgullosos de tenerlo entre nosotros —interrumpió Falfaro.

—No, *un estado.*… en el sentido de situación.

El Presidente medía estas palabras con cuidado.

—Me temo que tendremos que tomar algunas decisiones inmediatamente, señores… —continuó Flammarie—. ¿Dónde hay una computadora con conexión a Internet?

—Ahí —señaló el Presidente.

—Vamos a ella mientras les explico.

Se incorporaron los tres y fueron hasta la máquina. Flammarie tomó otro trago y prosiguió.

—La masa de dinero que se genera por el tráfico de estupefacientes es del orden de los quinientos billones anuales…

—¿Cuánto? —preguntó Falfaro.

—Quinientos billones —repitió el Presidente—… un cinco con diecisiete ceros.

—No, once ceros —corrigió Flammarie.

—Un billón es un uno con veinte ceros —apuntó, didáctico, Falfaro.

—Señores, por favor… —se impacientó Flammarie.

—¿Alguien tiene un lápiz?

Preguntó el Presidente. Falfaro se lo alcanzó, solícito.

—Un uno con tres ceros… es mil —explicaba el Presidente—, ¿de acuerdo?

—Mil —repitió Falfaro, obediente.

—… Un uno… con seis ceros… es un millón…

—… Con los ceros a la derecha, claro —apuntó Falfaro, intentando introducir una gracia.

—Un trillón —continuó el Presidente— es un uno con diecinueve ceros…

Flammarie se restregaba los ojos, fatigado.

—No, a ver, espere —tomó el lápiz Falfaro—… seis ceros son un millón, ¿no?

—Sí —decía el Presidente, concentrado.

—Bueno, dieciséis ceros son un millón de millones.

—Exacto, un billón de trillones, ¿no? —preguntó el Presidente a Flammarie.

—No… *un sillón* —intentó bromear Falfaro.

—Señores, no importa, lo que queda claro es que es una enorme, gigantesca, masa de dinero, difícil de imaginar…

—¡Un cinco con 26 ceros!

Interrumpió el Presidente, que se había quedado haciendo cuentas. Flammarie lo miró con aire cansado, y resignado asintió con la cabeza.

—¿Ya ves? —le dijo el Presidente, orgulloso, a Falfaro.

—¡Es un estadista, señor! —comentó éste.

—¿Continúo la explicación o festejamos? —preguntó irónico Flammarie.

—¡Festejemos! —propuso Falfaro.

—Luego, ministro, luego… —dijo el Presidente—, ahora avancemos en la dilucidación de estos acontecimientos…

Qué bien se expresa, pensó Falfaro, orgulloso de su mandatario.

Flammarie se sentó frente a la computadora, comenzó su relato:

—Entre el 50 y el 60 por ciento de esa masa de dinero es en efectivo, como ustedes decían antes… el primer problema es convertir ese dinero en una forma más manejable y segura… —la computadora terminaba de abrir sus programas —… Hace unos cinco años, Von Bohlen und Reichenbach compró una pequeña península en el Caribe; estaba habitada por una sola familia, a la que no le costó

convencer de que pidiera ante la ONU su estatus de nación independiente…; «milagrosamente», vídeos mediante, ni el país en cuestión, ni la ONU, encontraron objeciones en aprobar su separación y reconocerlo como Estado independiente… en cuestión de días. Incluso lo invitaron a formar parte del Consejo de Seguridad, pero a Von Bohlen no le interesaba eso, prefería un perfil mucho más bajo. El país se llamaba República Independiente de Chelle, un nombre que jugaba con el de su esposa, Michelle. Inmediatamente estableció un Banco Central, cuyas oficinas no radicaban realmente en la península… ni en ninguna parte. El domicilio coincidía exactamente con la única palmera que había en la península… el Banco Central estaba operado por una oficina consultora cuyos socios fundadores eran unos viejos de un asilo de ancianos que patrocinaba una fundación de Von Bohlen und Reichenbach; sus accionistas eran los guardias de un zoológico también patrocinado por otra fundación que, intermediarios mediante, era beneficiada por Von Bohlen und Reichenbach y, finalmente, la cara visible de toda esta estructura era un matrimonio de inmigrantes ilegales, que eran los encargados de la limpieza de un edificio ruinoso de las afueras de Nueva York… propiedad de un testaferro de Von Bohlen und Reichenbach.

—¡Qué irresponsabilidad!

Exclamó Falfaro, intentando sobresalir con algún bocadillo. El Presidente lo fulminó con su mirada. Flammarie continuó:

—… En menos de un mes, el Banco Central de Chelle había autorizado la creación de más de 600 instituciones bancarias, y 1567 casas de cambio…

—¿Casas de cambio? —preguntó extrañado el Presidente.

—Habían creado su propia moneda, el pálmer, irónica referencia a la palmera que era el domicilio oficial del Banco Central… lo cierto es que el pálmer fue aceptado en las casas de cambio de todo el mundo… aunque nunca existiera, físicamente, como moneda real…; nunca pasó de ser dinero electrónico que se usaba en transacciones hechas desde oficinas en el exterior. A los dos meses de constituida la República Independiente, en esa pequeña península de Chelle había más de 64 000 empresas y corporaciones… y ni una sola de ellas tenía presencia real en la península, sólo su domicilio fiscal; absolutamente todas eran *ghost companies,* compañías fantasmas, con directorios secretos, capitales secretos, completamente amparadas en la legislación de la República, cuya constitución favorecía el más absoluto secreto bancario y financiero… —la computadora comenzó a acceder a Internet; Flammarie continuaba hablando, con

la vista clavada en los destellos de la pantalla—… éste fue el paraíso *offshore* por excelencia; esas empresas operaban entre sí, una le compraba acciones a la otra, que las subvaluaba; otra vendía productos inexistentes a otra, que a su vez los comercializaba a otra, que tampoco existía, y que invertía sus ganancias en la compra de la cartera crediticia de uno de los seiscientos bancos, que a su vez hacía fabulosos préstamos a otro banco que operaba junto con una casa de cambio que convertía cualquier moneda en pálmers, que luego se cambiaban por otras monedas… en fin, transferencias electrónicas que recorrían todo el mundo, para regresar… —sonrió— a la misma palmera, el vegetal más próspero en la historia de la creación… era absolutamente imposible darle seguimiento a esas transacciones, los giros, cambios y las operaciones se perdían en un mar de préstamos, inversiones, ventas, compras, cambios de moneda, vuelta a invertir en una maraña de bancos y empresas absolutamente babélica… De hecho hay un grupo de investigadores que está siguiendo las pistas de una sola de esas operaciones… desde hace tres años. Sólo los apuntes de los pasos que siguió ese dinero suman dieciocho volúmenes de quinientas páginas. El primer equipo de investigadores desapareció en un misterioso accidente, el segundo equipo abandonó al año, y el tercer equipo, que es el que continúa la investigación, está viviendo prósperamente… y aumenta la fortuna personal de sus integrantes cuanto con más lentitud avanza su búsqueda.

—Pero… ¿cómo integran, finalmente, todo ese dinero al circuito legal? —preguntó el Presidente, que había tomado nota de estos recursos.

—Señor Presidente —puntualizó Flammarie, sonriendo—, todo, absolutamente todo, lo que le dije… es legal.

—Maravill… perdón, qué horror.

—Pero, ahora que me hace esa pregunta, me hace acordar una de las tantas tretas legales. Una de estas compañías fantasmas, la Luxury Inc., era una importadora de artículos domésticos. Hace tres años compró a otra de estas *shell companies,* la Stick Clothes International, un cargamento de 15 000 toneladas de broches de la ropa.

—Un quince con tres ceros —susurró Falfaro, para demostrar que seguía atento a la conversación.

—Este «cargamento», supuestamente, nunca llegó a destino, porque *Bella Donna,* el barco, que nunca existió, se hundió en un accidente que, por supuesto, tampoco ocurrió… La Traveller Insurance Company, compañía aseguradora del barco y de la carga, también tenía su sede en la península de Chelle, y debió

pagar una fortuna para resarcir a las empresas que intervenían. Como el cargamento no llegó, ordenaron otra carga…; la empresa productora de broches de ropa pidió un préstamo a uno de los bancos de la palmera, para poder afrontar la inversión que significaba ese cargamento… que tampoco llegó a destino… y esto lo repitieron unas cinco veces, ¿qué me dice?

—… Eh, qué lástima que no probaron por otra ruta, ¿no? —comentó Falfaro.

—¿Y esa península todavía existe? —preguntó el Presidente.

—No. Por razones no muy claras, Von Bohlen und Reichenbach no quiso ceder a algún chantaje o algo por el estilo… son cosas que mejor ni preguntar, lo cierto es que un país hizo una prueba nuclear en la península…

—¿Pero eso no es peligroso? —preguntó Falfaro.

Flammarie lo miró con paciencia.

—… Y sí, un poco afectó a la palmera.

—Pero claro… —asintió contento Falfaro, creyendo que le había dado la razón.

—Von Bohlen aprendió de esa experiencia y repitió todo el ciclo, sólo que… ¡en una isla! Desde ahí realizó operaciones tan escandalosas que la OTAN le declaró, secretamente, la guerra a este nuevo país inventado, ¿y sabe con qué se encontraron?

—No.

Flammarie tecleó algo en la computadora.

—Von Bohlen se burló de todos… Miren —señaló la pantalla— ésta es una foto satelital de la Tierra, de este preciso instante; la ampliamos —tecleó—… un poco más… ¿Ven estos puntos?

Falfaro y el Presidente asintieron.

—Es la flota de la OTAN…

—¡La «FLOTAN»! —exclamó Falfaro, triunfal.

—¡Pero! ¿Eso está sucediendo ahora? —preguntó el Presidente, asombrado.

—Sí, señores, hace tres días que la flota llegó a donde se suponía que estaría la isla y no encontraron más que océano…; aparece en sus mapas, en sus radares, en cuanta foto pase por alguna forma de digitalización… ahí está la isla; pero frente a sus propios ojos, no… ¡La maldita isla no existe! Gunther alteró archivos geográficos digitales de todo el mundo para introducir una isla que nunca, nunca, ¡jamás existió! ¿Entienden ante qué problema está el Fondo que represento?

—… —El Presidente inclinó la cabeza, con gravedad, pero porque recordaba

con temor su vídeo.

—No —contestó Falfaro.

19

Lucas releyó el anuncio del periódico: «Mejore su libro. Taller literario. Absoluta discreción. No es necesario saber leer». Quería terminar su novela para entregársela a Michelle, para que ella, a su vez, se le entregase. Llamó al teléfono del aviso y fue invitado a participar en una primera sesión de prueba.

A la mañana siguiente llegó a la dirección que le habían dado. Fue recibido por un hombre de cabello canoso, el señor Fonseca, autor premiado en épocas mejores, y actual coordinador del taller, que lo introdujo en un salón donde había varias personas sentadas alrededor de una mesa. Saludó, nervioso, y se ubicó entre una joven con anteojos y un señor de aspecto muy formal. El grupo se completaba con una anciana, un adolescente con la cara repleta de granos y una elegante mujer de edad mediana. Fonseca tomó la palabra:

—Empezaremos esta primera reunión hablando del miedo que paraliza a quienes comienzan a escribir: el clásico temor a la página en blanco…

Lo interrumpió la mujer elegante:

—Vea, a mí la página en blanco no me da ningún temor; por el contrario, me tranquiliza.

—Sí, a mí también —agregó el adolescente con granos—: me da seguridad, confianza.

—Me ocurre algo parecido —dijo el señor formal—; en realidad, muchísimo más temor me da la página escrita.

Desconcertado, el coordinador carraspeó.

—Bien, pasaremos entonces a otro tema. Por lo general, quienes acuden a un taller escriben palabras de más: adjetivos sobrantes, paráfrasis desordenadas, descripciones innecesarias —decía, mirándolos por turno.

Todos bajaron la vista, avergonzados. Lucas se sintió tentado de preguntar qué significaba «paráfrasis», pero no se animó. Fonseca continuó:

—Entonces, una primera recomendación: no escriban de una forma que podríamos calificar de literarizante, propia de presuntuosos escritores bisoños,

aquello que podría brindarse a la comprensión del prójimo con mayor facilidad y brevedad, de manera carente de cualquier tipo de ostentación, artificio, amaneramiento, pompa ampulosa o grandilocuencia vana.

Se hizo un silencio incómodo.

—No entendí —dijo el adolescente granulado.

—Yo tampoco —agregó la joven de anteojos, mientras los demás meneaban la cabeza.

El coordinador parecía fastidiado, pero al fin resumió:

—¡Escriban frases concisas!

—¿Frases con qué? —preguntó la anciana, que no oía bien desde que, años atrás, un petardo lanzado por un niño había estallado en su peluca.

Fonseca estaba nervioso: un tic le sacudía la oreja izquierda, y todos lo observaban fascinados. Eso lo puso aún más incómodo, y cambió de tema rápidamente.

—No conviene abusar de los sinónimos, ni de los equivalentes, ni parecidos o semejantes.

—¿Y de los similares? —preguntó el señor formal, inocentemente. Fonseca lo miró con odio, y continuó:

—Usar no olviden el hipérbaton: es cambiar el normal de las palabras orden de acuerdo con la sintaxis.

—¿Sin taxis? —lo interrumpió la septuagenaria—. ¿Otra vez hay paro? ¿Y cómo me vuelvo a casa?

La oreja del coordinador vibraba intermitente, y ahora la acompañaba un párpado. Tomando fuerzas, Fonseca prosiguió:

—Traten de escribir con riqueza idiomática: no usen muletillas ni frases hechas, porque de alguna manera, en mi modesta opinión personal, quedan más mal que bien, a pesar de que, como suele decirse, es mejor malo conocido que bueno por conocer, *okey?* Y no olviden explorar la prosopopeya y la hipotiposis.

—Ah, una sobrina mía sufría de hipotiposis, al hígado, ¡pobrecita! —volvió a interrumpirlo la anciana—. Por suerte no le agarró también esa *Procto-Popeye* que usted dice.

Mirándola altivo, Fonseca aclaró:

—*Prosopopeya*, señora. Es presentar a seres irracionales comportándose como personas.

—Y cuando las personas se comportan como seres irracionales, ¿qué nombre lleva? —Inquirió el adolescente.

El coordinador se secó la frente. Al cabo, con esfuerzo, continuó:

—También hay que tener en cuenta el ritmo narrativo.

—¿Tango, vals o chachachá narrativo?

Preguntó con ingenuidad el señor formal. Fonseca levantó los ojos al cielo y suspiró.

—Mejor terminemos con la teoría… Ahora, como ejercicio de creación colectiva, escribiremos tiara forma de poema que crearon los surrealistas: haremos entre todos un Cadáver Exquisito.

—¡A mí el pollo al horno me sale delicioso! —acotó la anciana con entusiasmo—. Le pongo laurel, dulce de guindas y pan rallado…

—Creo que será mejor ir finalizando —dijo con un hilo de voz el coordinador, que tenía un aspecto muy cansado; pero de pronto entrecerró los ojos y agregó, con tono maligno—: No, antes quiero conocerlos un poco más: leeré algo de lo que han escrito —ahora los miraba desafiante—. A ver, alcáncenme lo que trajeron.

Obedecieron con temor. Hubo un incómodo silencio mientras Fonseca hojeaba las páginas que había llevado el señor formal. Al fin lo miró y le preguntó:

—Señor, ¿es usted notario?

—¿Cómo lo sabe?

—Trate de no comenzar cada cuento con «En la ciudad de…, a tantos días del mes de… etc». —y le devolvió las mojas con un gesto de desprecio—. A ver, Mercedes, qué ha traído.

—Un poema —dijo con orgullo la mujer elegante.

—Veamos… Sí, la idea no está mal: «Oda a la Oda». Comienza bien: «Oda/ya no estás de moda…». Pero trate de buscar rimas más poéticas que «soda» o «beoda». Por ejemplo, «visigoda», «ostrogoda», tienen más distinción.

La mujer, un poco desencantada, recogió su poema. Lucas se sentía nervioso, la espera le resultaba insoportable; pero todavía no era su turno: el coordinador se dirigió a la joven de anteojos:

—Ahora tú, Paula, veamos tu cuento: «Sexo en el altar mayor».

Todos se revolvieron en sus asientos y se oyeron algunas toses incómodas. La anciana se persignó. Fonseca leía frases sueltas con una voz soplada que quería ser sensual:

—… «la joven abadesa sentía latir su sangre»… «el jardinero sordomudo, rudo y sudoroso»… «tantos años de abstinencia»… «él nunca había tenido

novia»…

Se escuchó un fuerte ruido: la anciana había caído al piso, desmayada. Mientras la ayudaban a incorporarse, el coordinador comentó:

—Éste… no está mal, Paula, pero hay mucho para pulir en tu texto, necesitarías hacer un trabajo más intenso… sería mejor que lo viéramos en unas clases particulares.

—¿Puedo venir? —preguntó el adolescente, entusiasmado.

—No, querido… porque ya dejarían de ser particulares —miró a la anciana, que parecía recuperada—. ¿Y lo suyo, señora…?

—Juliana. Juliana de Zucchini. Mire, como a mí me gusta mucho cocinar, escribo recetas —y le extendió una pila de hojas engrasadas.

—Cerdo a la menta, ravioles rellenos de espagueti… qué interesante, ¿no? —decía Fonseca con un rictus de desagrado—. Aquí lo que siempre resulta previsible es el final: «Sírvase bien caliente», «Sírvase en cazuelas individuales», «Sírvase con crema». Trabaje eso, Juliana —y se dirigió al adolescente—. A ver lo tuyo, Martín —miró las páginas y sentenció, con tono patriarcal—: se nota la influencia del cómic; hay un exceso de onomatopeyas… «bang, baroom, doiing, tic-tac, crash…»

—¡Burp! —eructó con violencia el joven.

Fonseca tenía el rostro desencajado. Lucas pensó que ya era momento de retirarse, cuando oyó las temibles palabras del coordinador:

—Bien, falta usted, veamos qué ha traído… —miró la primera hoja, abrió los ojos y leyó en voz alta—: «En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme…» —largó una carcajada nerviosa—. Es una broma, ¿no?

Fonseca reía, desencajado. Varios tics sacudían su rostro.

—¡Esto es más de lo que puedo soportar! ¡Un asqueroso plagio! ¡Infame! ¡Sacrílego! ¡Iconoclasta!

Igual que en las épocas en que la señorita Castro lo retaba, Lucas se sentía morir. Nunca había sospechado que alguien podría reconocer todas sus fuentes de inspiración. Aprovechando la distracción general, se puso de pie y recogió avergonzado su novela, con tanta prisa que se llevó también varias hojas de sus compañeros: recetas, oda, cuento obsceno, actas y onomatopeyas; se despidió tartamudeando y corrió a su apartamento.

20

El Presidente, Flammarie y Falf aro no quitaban sus ojos de la pantalla, en la que unos puntos que representaban barcos de guerra daban vueltas desconcertados hasta que comenzaban a dispersarse, para regresar cada uno a las bases de la OTAN en los distintos países.

—En casa tenemos una computadora como ésta… —comentó Falfaro.

—¿Cómo ésta? —preguntó el Presidente, asombrado, dado que era de las más avanzadas.

—Bueno, así con teclado y una pantalla y ranuritas, ¿no? Mi hijo menor se pasa horas y horas manejándola. A veces me quedo viéndolo, asombrado, ¿no?, pensando, yo a su edad ni habría sabido encenderla.

—Sí, los niños vienen con un chip incorporado —concordó Flammarie—, ¿cuántos años tiene el menor suyo?

—Treinta y nueve.

—¿Treinta y nueve?

—Sí, después tenemos uno de cuarenta, los gemelos de cuarenta y tres, y la mayor de cuarenta y cinco… le decimos así porque tiene cuarenta y seis.

Sus interlocutores se miraron con resignación. Sonó un teléfono. Con idéntico reflejo, los tres sacaron sus celulares. El que sonaba era el de Flammarie.

—¿Sí?… ah, Mr. Toby —hizo una pausa— por supuesto, de acuerdo —colgó y se dirigió a los otros dos—, caballeros, debo retirarme.

—¿Qué pasa? —inquirió el Presidente, intrigado.

—¿Hola? ¿hola? —seguía diciendo Falfaro a su celular.

—Lo que pasa es este bochorno —dijo Flammarie señalando la pantalla—: hay reunión de ministros de la Comunidad Europea… la operación se filtró a la prensa y ahora tenemos un escándalo doble… la flota de la OTAN queriendo aniquilar una pequeña isla: millones de ecologistas pedirán nuestras cabezas, y la maldita isla no existe… todos querrán ver rodar cabezas, de cualquier manera.

Le ruego que me tenga al tanto de los movimientos que Von Bohlen pretenda hacer acá.

—Sí, claro —asintió el Presidente, recordando nuevamente el vídeo—, ustedes también.

—Adiós —dijo, lacónico, y se retiró.

—Este celular de porquería… ya van varias veces que me hace lo mismo… oigo que suena y no hay nadie, ¿será la batería?

Se quejó el ministro, el Presidente lo miró con aire abatido. Sonó uno de los teléfonos de su escritorio.

—Señor Presidente, ya llegó la visita de la Escuela de Niñas del Divino Sacrificio.

—Ahora no —colgó.

Volvió a timbrar, pertinaz.

—¿¡Qué pasa!?

Era Doursey, el asesor de campaña estadounidense, que el Presidente había contratado por sugerencia de su asesor español:

—Mister Pruesident, tenga a un grupo de veinte niñas y a un continente de periodistos… *debemos* recibirlas.

—Pero…

—Es vital para su imagen, estamos en plena campaña, Mister Pruesident, no hace falta que se lo recuerdas, ¿no?

—¿Puede darme media hora?

—No. Se péinabas, pour favor.

Apenas colgó cuando Falfaro ya abría la puerta del suntuoso despacho presidencial, dejando entrar a una nube de periodistas que cortaron con sus *flashes* el ambiente brumoso que habían dejado horas de reunión. El Presidente, encandilado, se cubría la cara con sus manos, pero Doursey se las bajaba, mientras mandaba abrir las ventanas y correr las cortinas.

—Queruémos que sea elegidos por esta país, no por Transilvania, ¿no es verdad?… —masculló Doursey.

El Presidente, enceguecido por los *flashes* que disparaban sobre él y por la repentina claridad que entró por las ventanas, se restregaba los ojos.

—¡Mi colirio, mi colirio!

—No es momentou de boleros —dijo Doursey, que no entendía bien español.

—¡Consigan un trío! —ordenó Falfaro.

Finalmente los ojos del Presidente se fueron acostumbrando a la luz y

empezó a distinguir las formas que invadían su despacho. Colores. Fotógrafos que se abalanzaban apoyándose unos sobre otros. Cuerpos de mujeres. Jóvenes, delicadas, hermosas. A él le habían mencionado el colegio de niñas, y entendió que sería una aburrida escuela primaria, pero eran alumnas del último año de Secundaria Preparatoria. Ninfas de dieciséis, diecisiete años. Pecados precoces. Frutas que anticipan la estación. El relámpago de delicada belleza de su presencia despejó la vista del Presidente. Ya veía bien y sonreía encantado. Levantó la mano invitándolas a acercarse, con un gesto entre paternal y delincuente. Las muchachas disimulaban mal su excitación por hallarse en el despacho presidencial. Festejaron cada frase del mandatario. Estallaron alborozadas al ver que las invitaba a acercarse y posar junto a él para los periodistas. Sabían que esas fotos estarían en las tapas de todos los periódicos del país y quizá del extranjero. *Tengo una prima que está en Alemania*, comentó una, *ojalá salga la foto allí, ¿no?* Se acercaron sorprendidas de que el Presidente, una persona que debía estar muy ocupada en asuntos de Estado, tuviera tan buena disposición para atenderlas. Sonreían cuando les preguntaba sus nombres, mientras las luces de las portadas de los periódicos les bañaban el rostro. Una por una. Marta. Laura. Ana. Julia. Alcira. Se apretaron las manos, nerviosas y felices. Plenas de dicha al ser abrazadas para las últimas fotos. Sorprendidas al notar que la mano se apoyaba con un grado de casi imperceptible intensidad, y descendía un milímetro más, debajo de la escuela secundaria hasta casi el borde del momento de salida de clases, donde el atardecer las encontraba con sus novios. Pero, exultantes de todas maneras, porque él se ofrecía a acompañarlas en un recorrido por la casa de gobierno. Se demoraron horas por los pasillos, envueltos en cámaras y festejando el espíritu ingenioso y chispeante del Presidente, que había ordenado que prepararan un aperitivo para cuando regresaran a su despacho. Al volver al punto de partida, éste despidió hábilmente a los periodistas. Con un gesto natural, discreto, invitó a las niñas a probar las vituallas que los esperaban. Un periodista del *News pour Vous*, periódico controlado por la oposición, no se resistió a aprovechar la oportunidad:

—Presidente, ¿por qué insiste en presentarse en campaña si las encuestas le dan un favor tan bajo?

—Mire, yo no acostumbro molestar a los demás pidiendo favores, y menos para una campaña que trata de responder a un pueblo que espera que sigamos profundizando el cambio… Y ahora, si me disculpan, debo atender a estas

representantes del sistema educativo nacional.

—¿Y a nosotros nos echa, Presidente? —bromeó un fotógrafo joven.

—Con sus *flashes* no voy a saber qué bocadillo me meto en la boca; les prepararemos una mesa igual en la sala de prensa, y ahí se toman fotos entre ustedes.

Estalló una carcajada general y Doursey batió sus palmas para provocar un aplauso. La caterva de periodistas se retiró, exultante por la cantidad de material que había recogido y la perspectiva de los sándwiches y la bebida gratis. Desaparecieron rumbo a la sala de prensa.

Al rato, la puerta del despacho presidencial se abrió, dejando salir a los camareros, desconcertados ante el hecho de que el mismo Presidente, el ministro y el asesor extranjero quisieran atenderse a sí mismos. Adentro sonaban voces de alegría que iban *in crescendo.* Doursey contemplaba el curso del festejo con un rictus desencajado. Salió para cerciorarse de que los periodistas siguieran en la sala de prensa y no hubiera algún fisgón a la caza de esas imágenes. Ordenó más vino para ellos. Regresó al despacho. Al abrir la puerta lo recibió una música atronadora. Falfaro estaba encargado del equipo de música, mientras el Presidente, con una corbata escolar atada como vincha en la frente, suplicaba de rodillas a una de las adolescentes que le entregara su zapato para tomar *champagne* en él. Todas las demás habían formado una ronda que llevaba el ritmo con las palmas, e incitaban a su compañera a que cediera al pedido. Ella quería huir y sumarse al corro, pero volvían a empujarla al centro de la bulliciosa rueda. El Presidente se incorporó y empezó a simular una danza de *strip-tease.* El grupo estalló en gritos divertidos, y dos de las adolescentes más audaces fueron con él, acompañándolo en ese baile. Desabrocharon sus botones con encendida morosidad. La música aumentó de volumen.

Un instante después, la puerta del despacho expulsaba a un Falfaro ofuscado porque lo echaban de la fiesta y a un Doursey furioso porque la situación había escapado de su control.

21

Suiza. En un laboratorio próximo a Fraunfeld, a orillas del Lac de Neuchatel, de cara al nacimiento del Danubio, un grupo de científicos miraba expectante la pantalla de una computadora. Aguardaban el resultado de un cálculo, como si el hilo de sus vidas pendiera de esos números que tardaban en revelarse. La pantalla hizo un breve parpadeo.

—¡Ahora! —gritó el que estaba sentado frente al teclado.

Uno de los científicos tomó la mano de una colega, haciendo una cadena que los ayudaba a enfrentarse al resultado. Otro miró el techo del laboratorio y suspiró:

—Que sea, por favor, que sea.

Pero el programa entregó un extenso listado de cifras y un mensaje final: *«Invalid secuence of 564 proteins»*. Nadie exclamó nada. El silencio fue la muestra más elocuente del desánimo imperante. Corregir una cadena de 564 proteínas podía significar años de trabajo. La cantidad de variables era monstruosa.

Anastassi levantó un teléfono, marcó un número largo. Esperó. Apareció su número en la pantalla del celular al que llamaba. Lo atendieron.

—¿Doctor Anastassi?

—Sí.

El celular pasó a otras manos. Sonó la voz de Fritz:

—Sí.

—Mire, ya logramos la transfección, el problema ahora es que cuando la célula se expresa…

—*¿Se expresa?*

—Bueno, en este caso quiere decir que cuando la célula empieza a sintetizar la enzima, se muere, el proceso resulta letal.

—¿O sea?

—El trigo no está. Lo siento —resumió el investigador.

—¿Cuánto tiempo más?

—Imposible saberlo.

—Más vale que lo sepa.

—Páseme con mi madre, ¡por favor! El teléfono cambió de manos.

—¿Hijo?

—¡Madre! ¿¡Cómo estás!?

—¡Necesito decirte algo…!

Pero inmediatamente se oyó un movimiento brusco y que cortaban la llamada.

—¿Madre? ¡…! ¡MADRE!

Amparo, en la editorial, pasó frente a una oficina en la que estaban desenchufando una vieja computadora.

—¿Y eso? —le preguntó al empleado.

—La estamos cambiando.

—¿Por qué?

—Matusalén pidió que se la devolviéramos.

Amparo sonrió. El empleado explicaba:

—Una 286, con 500 K de RAM y 20 megas de disco duro, ¿puedes creer que todavía estuvieran trabajando con esto?

—No sé, no tengo ni idea.

—No existe, te lo juro.

—¿Y qué van a hacer?

—Pagar para que se la lleven, supongo —contestó el técnico mientras seguía quitando cables.

—Qué increíble… bueno, adiós —saludó Amparo y continuó por el pasillo, hasta que una idea la detuvo, y regresó—. Oye, ¿de verdad la van a tirar, o es broma?

—Esto no vale ni como plástico.

—¿Sirve para escribir? —preguntó ella, afinando la idea que acababa de tener.

El empleado se encogió de hombros:

—… Bueh, con paciencia, sí.

—No la tires, dámela.

—Estás loca, ¿quieres vengarte de alguien?

—¿No me dices que sirve para escribir?
—Sí, pero sólo un libro más —contestó el muchacho, divertido.
—Perfecto, con eso es suficiente.

En la Casa de Gobierno, el último de los fotógrafos había retrasado su partida intencionadamente. Simuló que se marchaba y regresó a la vacía sala de prensa. Se aseguró de que nadie lo viera, tomó una de las tantas botellas de vino y la guardó en su mochila. Aún cabía otra. La metió también. Y unos sándwiches. Salió furtivamente hacia el pasillo fingiendo no tener prisa, cuando vio que se abría la puerta del despacho presidencial. Se asustó de que alguien descubriera su robo doméstico, casi infantil e, instintivamente, para disimular su retraso, levantó la cámara como si estuviera buscando una foto más del Presidente. Comenzó a disparar antes de ver quién salía. Para su sorpresa, de la puerta brotó el grupo de adolescentes, corriendo asustadas. Algunas a medio vestir. Otras con sus zapatos en las manos. Escapaban con la cara lívida por la impresión. Y ésas fueron las imágenes que captó. Doursey, que regresaba, vio la escena y se lanzó sobre él; pero el joven fotógrafo se escabulló. Alcanzó una puerta lateral y ganó la calle.

22

Michelle y Günther llegaron a París y se alojaron en la lujosa *suite* Al Capone del Hotel Louis XIX. Günther, permanentemente mortificado por la dificultad de Michelle en alcanzar el éxtasis amoroso, había decidido consultar a un afamado sexólogo, el doctor Charles Périné, autor de los *bestsellers Orgasmo fácil para todos, Tenga usted su propio orgasmo, El orgasmo light* y *El orgasmo femenino, o La orgasma.* Mientras Fritz acomodaba la ropa, y los guardaespaldas revisaban la *suite* en busca de cámaras y micrófonos ocultos e, incluso, para darles mantenimiento a algunos que ellos mismos habían dejado en otros viajes, la pareja partió rumbo al consultorio.

Périné, un hombre distinguido, de barba caprina, nariz aquilina y mirada bovina, enterado de las dificultades de la pareja, inquirió:

—¿Con qué frecuencia tienen ustedes relaciones sexuales?

—Doctor, ésas son intimidades que preferiría no ventilar —respondió Michelle con pudor.

—Puede estar tranquila, señora: el juramento hipocrático nos obliga a guardar absoluta discreción sobre los problemas de nuestros pacientes. Nadie más conocerá sus secretos. Excepción hecha, claro está, de mis familiares cercanos, que lo publicarán en Internet —bromeó—. Veamos: ¿está usted fatigada últimamente?

—Para nada, descanso mucho.

—¿Dedican ustedes tiempo suficiente al juego erótico previo?

—Oh, sí —dijo Michelle—, horas enteras.

Günther asentía, con gesto resignado. El médico hizo una pausa.

—A veces hay recelos entre los integrantes de la pareja, y eso puede perturbar el normal desenvolvimiento de la relación. ¿Cómo es el grado de confianza mutua entre ustedes?

—Excelente, doctor —respondió ella, ocultando sus infidelidades.

—Enorme, casi diría absoluta —agregó Gunther, soslayando sus celos.

—Y, más allá de lo sexual, ¿qué cosas están sucediendo en la vida de la pareja? —indagó Périné.

—Maravillas, doctor —dijo ella—, nuestra vida en común es rica, variada, intensa. Estoy profundamente enamorada de Gunther.

—Y yo también —agregó Gunther, para corregir enseguida—: de Michelle, claro está. El profesor continuó:

—Entonces habrá que buscar otras causas. Para ello les explicaré cómo es el proceso de una relación sexual normal —dijo, mientras señalaba un diagrama en un pizarrón—. Partimos del punto de reposo, representado en este cuadro con la letra A, para continuar luego con la fase de seducción denominada B y pasar al momento de excitación C que lleva a la intensificación D que por fin desemboca en el clímax E; pero a veces ocurre que E no puede alcanzarse, por lo que la mujer sólo llega a D y en ocasiones apenas se aproxima a C, ¡aunque a veces tampoco llega a B y, en algunos casos extremos, ni siquiera a A!

—¡Ah! —exclamó la pareja.

—En otras palabras: primero está la fase de excitación, que ocurre cuando el hombre y la mujer salen juntos, comprenden ustedes, van a bailar, toman unas copas, y luego… bien… —retorció los dedos de las manos—, se dan un beso —se sonrojó levemente y continuó con voz entrecortada—, se acarician, comienzan a quitarse las ropas —iba enronqueciendo— y el hombre le besa los pechos… —tragó saliva—: eso es también llamado calentamiento, ¡je! ¿Han oído hablar del efecto invernadero? ¡Eso sí es caliente, mulata, caliente! —se puso de pie—. Luego el chico le quita la ropa interior, acaricia a la chica con lascivia y entonces… —enrojeció— ¡la penetra con ardor! —ahora tartamudeaba—. La circulación de la sangre aumenta, la piel se calienta, las glándulas segregan hormonas que van al torrente sanguíneo, la excitación se vuelve incontrolable, la mujer arquea el cuerpo, tensa sus músculos, grita, mueve su cadera, tiene contracciones en el área genital y… ¡sí, sí!… ¡sobreviene el orgasmo! ¡Oh, orgasmo! —casi en trance, se desplazaba por el consultorio—, ¡cúspide de placer, o sensación difusa, o serie de fases placenteras! —cayó al piso entre estertores, mientras su cuerpo se retorcía convulsivamente. De pronto se detuvo, y los miró con el rostro desencajado—. Perdonen, debo retirarme —ruborizado, se incorporó y se fue.

Michelle y Günther se miraron con desconcierto. El profesor regresó arreglándose la ropa.

—Bien, esa explicación fue muy técnica, ¿no? Pero no estamos tratando con

gélidos esquemas sino con seres humanos. Para que la señora disfrute con plenitud, ustedes deben olvidar toda técnica y relajarse, gozar, reír, y sobre todo ser románticos. Señor Von Bohlen, ¿se considera usted una persona tierna?

—¡Férreamente tierna! Fui educado en la vieja escuela prusiana: aprendí que es una obligación que el hombre dé placer a la mujer. Por eso, cuando no logro remontar a mi esposa hasta la cúspide, me siento frustrado. Tal vez, en el fondo, se trate de un deseo egoísta: en mi vida lo tengo todo, pero no puedo lograr algo que cualquier persona consigue. Y le aseguro que en esto pongo todo mi empeño y disciplina —bajó la mirada, apesadumbrado.

El profesor sonrió y meneó la cabeza.

—Como sexólogo, pero también como ciudadano francés, le recomendaré una terapia muy simple: el romanticismo, *oui?* En el plano de la respuesta sexual, un paseo relajado con su señora, una cena elegante y unas copas en un *cabaret* logran verdaderas maravillas.

Michelle y Günther se miraron, sonrientes.

—Y para usted, señora, otra sencilla recomendación: sea espontánea, déjese llevar.

—Oh, sí, es muy fácil, doctor.

—Pero debo ser claro: si mis recomendaciones no lograran el efecto deseado, pocas esperanzas quedarían ya. Posiblemente la ciencia no tenga nada más para ofrecerles. Recuerde, señor Von Bohlen: romanticismo, ¡ésa es la palabra mágica que le abrirá a su pareja las puertas del paraíso! Recuerde, señora: naturalidad. Nada más. *Au revoir, et bonne chance!*

Al salir del consultorio, Günther se alejó un instante de Michelle y, con aire alegre, hizo un breve llamado a un conocido en el Palazzo Grassi, frente al Canal Grande, Venecia.

Miraron en derredor, conmovidos. París, en primavera: el verde de los pájaros, los coloridos puestos de árboles, el canto de las flores. Al pasar frente a la place de la Concorde Günther exclamó:

—Mira, querida, este hermoso lugar lleno de historia: ¡aquí decapitaron a María Antonieta!

—… —Michelle hizo una expresión de desagrado.

—Oh, perdona, qué torpe soy. Cambiemos de tema —y agregó, seductor—: Michelle, vamos a dar un paseo por el Sena.

Momentos después llegó la góndola que había hecho transportar desde Venecia en otro de sus aviones. El gondolero, todavía impresionado por ese traslado vertiginoso que no le había permitido despedirse de su familia en plena degustación de *vermicelli,* maniobraba para evitar los choques con las lanchas repletas de turistas que atravesaban el río. La pareja disfrutaba del paseo haciéndose arrumacos. Cuando pasaron al lado de Notre Dame, Günther recordó los consejos de Périné y le dio a su mujer un apasionado beso. Al pasar por la Conciergerie, otro, y otro más bajo el Pont des Arts. Michelle estaba encantada.

Fueron a Versailles. Maravillado, Günther preguntó si el palacio estaba en venta, pero recordó las palabras del médico, desechó la idea de la compra, y le dio otro beso a Michelle, que sonrió satisfecha.

Ya oscurecía cuando regresaron al hotel para vestirse de gala. Una velada en la Opera: Günther había contratado el teatro en exclusividad. Los guardaespaldas, vestidos de etiqueta, colmaron la platea rodeando a la pareja. Günther quiso besar nuevamente a Michelle, pero ella estaba incómoda, se sentía observada. El *Lago de los Cisnes* les resultó aburrido, y se retiraron a los quince minutos de haber comenzado la función. Los esbirros los acompañaron con desgano, porque esperaban ver la muerte del cisne.

Por la noche fueron a cenar al encumbrado restaurante La Tour d'Or.

—Yo quiero *Feuillantine de queues de langoustines aux graines de sésame, sauce au curry* —ordenó Michelle—. Luego, *Pigeon confit a l'ail doux, ragoût de fevettes à la sarriette.* Después, *Turbot rôti et poché au lait fumé, confiture d'oignons rouges et céleri rave.* Como postre, *Truffe glacée à la fleur de thym frais, ganache fondue et violettes cristalisées.*

—Para mí lo mismo —dijo Gunther—, pero sin curry. Y una botella de Château Latour del 64… 1864, claro —precisó.

Horas después salieron del restaurante, caminando por la rue des Marrons, riendo, entonados. Fueron al Crazy Horse. Bebieron exóticos coctails mientras presenciaban el elegante *show* erótico. Cuando vio que las mejillas de Michelle estaban arreboladas, Günther decidió partir. Este es mi momento, se dijo, y ordenó al chofer de la limusina dar un paseo por la ciudad. Magníficamente iluminados, los monumentos y avenidas de París inducían un clima de romanticismo irresistible. Arrellanados en el asiento, se besaron apasionadamente. El chofer enfiló hacia el Hotel Louis XIX.

En la *suite*, Michelle se desvistió, y él se puso la lujosa bata que le había regalado un jefe de la mafia china, hecha con seda negra de Sei-Chuán,

producida por gusanos alimentados con tinta de calamar, y única por su suavidad, color y sabor. Llenaron la bañera con finísimo *champagne*, pero ella cambió de idea, enseguida la desagotó y se dieron una ducha. Michelle estaba encendida, radiante. Günther se le acercó y se quitó la bata. Pensó:

Ésta es nuestra noche. ¡«La» noche!

Desplegó toda su sabiduría de hombre experimentado, conocedor de la literatura técnica y filosófica sobre el amor *(Kama Sutra, Ananga Ranga, Tao del Sexo, Playboy),* virtudes por las que había sido elegido «El Amador del año» en la feria de Hannover en 1974. Fueron cuatro horas ininterrumpidas de pasión. Günther se empeñaba en lograr el clímax de Michelle. Ella continuaba impávida, mirando hacia el techo; por momentos alentándolo, como si él estuviera ante un desafío que la dejaba ajena; a ratos, indiferente a los esfuerzos sobrehumanos que realizaba su obstinado marido. Éste le decía con vehemencia:

—Michelle, recuerda lo que dijo el doctor: compórtate naturalmente, sé espontánea. ¡Es una orden del médico!

Esas palabras terminaron por desconcentrar a Michelle. De pronto se quedó profundamente dormida, mientras Günther todavía continuaba sus gimnásticos movimientos. Cuando él se dio cuenta de que todo era inútil, abandonó la faena. Se sentía agotado, frustrado. Recordó las palabras de Périné: «Si eso fracasa, pocas esperanzas quedarán ya».

Esa noche tuvo pesadillas: soñó que Moisés escribía las Tablas de la Ley sobre las espaldas de su madre.

23

El profesor Anastassi nunca había trabajado de ese modo. Sus investigaciones le habían valido el reconocimiento y la admiración de la comunidad científica internacional, y ahora estaba abocado a encontrar lo que un mafioso necesitaba. Para peor, el trigo se resistía a sus manipulaciones. Ya habían logrado que la célula no codificara una enzima letal a sí misma, pero ahora habían descubierto que este trigo sólo se daba en condiciones de laboratorio, en el campo no resistiría a las plagas. Si no conseguían solucionarlo, su madre sería asesinada.

—Quinientas sesenta y cuatro proteínas. Ni una más, ni una menos —masculló.

—Con menos es suficiente, profesor. Ese tipo no las va a contar una por una —dijo Rubén Succhi, su asistente argentino. ¿Y si en lugar de trigo ponemos otra cosa?

—No quiero pensar en lo que ocurriría —replicó Anastassi con amargura—. La vida de mi madre es lo único que importa ahora. ¡Debe resistir a las plagas!… digo, la planta.

Cuando el director del *News por Vous,* el diario donde trabajaba el fotógrafo que había sorprendido a las adolescentes saliendo del despacho presidencial, vio la foto, gritó entusiasmado. Faltaba poco tiempo para las elecciones, y esa novedad era un regalo inesperado. Al día siguiente la foto fue publicada en la primera plana del periódico, con un titular en tamaño catástrofe:

¡CORRUPCIÓN DE MENORES EN LA CASA DE GOBIERNO!

La edición se agotó en pocas horas. Falfaro, interceptado por un grupo de ansiosos periodistas, improvisó:

—¡Esto es una vil patraña! ¡Puedo asegurarles, sin lugar a dudas, que las chicas no eran menores! —se dio cuenta de que lo desmentirían—. ¡Sí, eran

menores, pero casi mayores! ¡Es que son bajitas! ¡Además no fue corrupción! ¡Bueno, tal vez lo fue, pero poco! ¡Sólo estupro! ¡Ellas consintieron! ¡Además, el que esté libre de culpa que arroje la primera piedra! ¿Quién no cometió alguna vez estupro?

Más tarde, el Presidente apareció ante los periodistas, sereno y relajado:

—Se trata de una desleal campaña de desprestigio digitada desde la oposición, con fines netamente electorales: intentan enlodar la impoluta investidura presidencial con acusaciones demenciales e infundadas. Pero el peso de la justicia caerá con todo rigor sobre los responsables de este acto irracional que avergüenza a nuestro pueblo, el que, contrariamente a lo que este grupúsculo perturbador supone, ¡jamás estará indefenso ante el accionar solapado de las fuerzas espurias!

Todo el mundo hablaba del tema. Las jóvenes aparecieron, llorosas, en diversos noticiarios televisivos.

—¿De qué color eran los calzoncillos del Presidente, chicas? —les preguntaron con picardía.

—Blancos a pintitas rojas —respondieron a coro.

—¡Es un sátiro, un pervertido! —dijo una.

—¡Se aprovechó de nosotras!

—¡Y pensar que lo admirábamos…! —y rompieron en llanto.

Indignados, los padres de las adolescentes presentaron en un juzgado una demanda contra el Presidente. Uno de ellos declaró al periodismo:

—No la sacará barata. Queremos la cabeza de este hombre.

Falfaro fue enviado con urgencia por el Presidente para intentar convencer a los padres de que para todos sería conveniente un arreglo privado. El dinero que ofrecía era mucho, pero ellos pertenecían a familias acomodadas, entre las que había furibundos opositores al régimen, y no aceptaron. Falfaro insistía:

—¿Y si agregamos viajes a Orlando para todas las chicas? Los padres lo miraron indignados.

—Incluso con un descuento para el familiar que las acompañe —agregó Falfaro, que no captaba la gravedad de la situación.

Los padres casi se abalanzan sobre él.

Doursey advirtió que si no intervenía de inmediato, la circunstancia se agravaría hasta hacerse incontrolable. Hizo una llamada a Estados Unidos.

24

Todavía agitado, Lucas decidió terminar de inmediato con su pesadilla, esa carga que soportaba desde el primer encuentro con Michelle. Acabaría el libro, aunque fuera «iconoclasta», como había dicho Fonseca. Encendió un cigarrillo y se sentó a escribir:

El coronel estaba contento. Lo había conseguido. Tantos años de carrera y por fin su sueño se haría realidad: el esperado ascenso. General Aureliano Buendía. El nuevo uniforme. El sueldo de General. Y la posibilidad de ser algún día Presidente.

Mientras tanto, Gregorio Samsa aceptaba plenamente su nueva condición de cucaracha. Pensó:

—Antes juzgaba a los insectos con una mentalidad humana, pero desde el punto de vista del invertebrado todo es diferente. Se vive bien, la vida es más natural, no hay alienación.

En ese momento, Aureliano Buendía acertó a pasar al lado de la cueva de Gregorio, que estaba meditando en la entrada. Aureliano lo vio y se quedó sorprendido: ese insecto le recordaba a Gregorio Samsa, a quien había conocido en una fiesta muchos años atrás. Lo saludó con cordialidad:

—¡Buenas tardes, Samsa!

—¡Buenas tardes, Buendía! —respondió Gregorio con un zumbido alegre.

Entre ambos comenzó un diálogo muy interesante que no vamos a reproducir aquí por razones de espacio.

Genial —pensó Lucas, y apagó el cigarrillo—. Muy original, hacer hablar a un general con un insecto. Y que Michelle se imagine lo que hablaron. Ahora, un final feliz:

Entonces Aureliano Buendía le propuso matrimonio al insecto Gregorio Samsa, y éste aceptó complacido.

Demasiado atrevido —pensó—, se trataría de zoofilia gay, Michelle podría escandalizarse. Encendió otro cigarrillo y continuó:

Y cuando Buendía se acercó al insecto para darle un besito, éste se convirtió en una hermosa vedette de teatro de revistas, con plumas y todo, llamada Michelle.

¡Sí, eso es!, se dijo, y apagó el cigarrillo.

Y cuando la vedette le dio un beso al viejo Aureliano, éste se convirtió en un bello príncipe de nombre Lucas. Y fueron felices y comieron perdices, y colorín colorado, esta novela se ha terminado.

Para reforzar la sensación de final, agregó «THE END», como hacían en las películas. Encendió un cigarrillo más. Estaba feliz. Había finalizado, y con altísimo vuelo creativo.

Ahora sólo faltaba el título. Su mirada se posó sobre los libros fotocopiados que había en su mesa. ¿*Obras completas?* Parecería un poco pretencioso. ¿*Antología del cuento sadomasoquista?* No, la suya era una novela. ¿*Volumen dos?* Sonaba demasiado frío. ¿Y si lo titulaba *El Biblio?* No, Michelle podría ofenderse. Hojeó libros para provocar a la inspiración, hasta que encontró la palabra que buscaba, la que acompañaba a tantas obras maestras. ¡Sí, ése era el título! Entusiasmado, tomó una hoja en blanco, la colocó sobre la primera página, y allí escribió en grandes caracteres *COPYRIGHT.* Abajo agregó *novela de Lucas Modím de Bastos.* Apagó el cigarrillo, y entonces descansó.

Exhausto tras el enorme esfuerzo creativo, se desplomó como el soldadito del cuento recopilado por los hermanos Andersen. Con sigilo, alguien entró en el apartamento, aprovechando que la puerta había quedado entreabierta. Era la inefable Amparo que, caminando de puntillas, traía un termo de café y un sándwich. Dejó el termo, y la curiosidad la llevó a tomar las hojas que Lucas acababa de escribir. El termo había quedado mal apoyado, lo levantó. No podía sostener todo con las manos, dejó el sándwich y pasó las hojas a la mano derecha. Apoyó el termo. Tomó el sándwich con la mano izquierda, hojeó lo que Lucas había escrito, levantó el termo, apoyó las hojas con la otra mano, revisó si había café. Apoyó el termo, levantó las hojas, el sándwich amagó caerse; apoyó las hojas y acomodó el sándwich. Esto hay que fotocopiarlo mientras no llegue la computadora —se dijo—, sería un pecado que se perdiera esta obra; levantó las hojas y apoyó el sándwich, pasó el termo a la mano derecha, fue a otra hoja, sostuvo el sándwich y acomodó el termo. Cuando salió al pasillo se dio cuenta de que lo que llevaba en las manos era el sándwich y el termo. Regresó, acomodó el termo, dejó el sándwich y, ahora sí, se llevó las hojas.

Al poco rato, en la editorial, abría la tapa de la fotocopiadora y posaba la primera página. La adrenalina la recorría por todo el cuerpo, como un río torrencial de chorros eléctricos y prohibidos. Por una parte había tomado los originales sin que Lucas lo advirtiera, por otra parte estaba utilizando la fotocopiadora de la empresa sin que nadie se percatara.

Amparo estaba en la fotocopiadora cuando, por la radio que había encendido

como siempre hacía cuando trabajaba, oyó la noticia. Walter Smárbekta, candidato del Fenadé, ofrecía su propio bufete de abogados para apoyar la demanda que los padres, agraviados en el honor de sus hijas, llevarían adelante. El analista político se preguntaba si esto no acabaría con quince años de sucesivas reelecciones presidenciales. *¿Es la hora del cambio?* fue la frase maliciosa con que cerró la nota. La emisora, también perteneciente al grupo financiero del cual dependían el diario opositor, tres canales de televisión y toda una red de pequeños canales de cable del interior del país, no dudaría en hincarle el diente a esta jugosa oportunidad.

Amparo apretó el botón y volvió a producirse el centelleo verde de la máquina. Faltaba poco. Tenía el inconveniente de que la tapa de la fotocopiadora no podía ser bajada, entonces ella colocaba las hojas sobre el vidrio, apretaba el botón, volteaba la cabeza y cerraba los ojos, porque el *flash* inevitablemente le daba en la cara. Después de horas y horas de fotocopias veía todo verde. Mientras cuidaba si la hoja estaba bien colocada, si la anterior había salido correcta, si todavía había papel, si el indicador de tóner no pasaba a «reserva», apretaba el botón, automáticamente, y el *flash* verde no siempre le daba tiempo a cerrar los ojos. Ya no sabía dónde posar la mirada. Cuando sacó la última hoja, respiró con alivio y se restregó los párpados, pero la presión en los globos oculares sólo consiguió que la luminosidad verde que permanecía encegueciéndola se convirtiera en una nube rojiza, para luego regresar paulatinamente al verde. No podía quedarse ahí sentada hasta recuperar la visión y arriesgarse a que llegara el personal de la mañana. Imposible, debía irse. Pero no veía nada. Sólo la mancha acuosa, verde, y unas pequeñas arañas que no cesaban de bajar.

Tanteando con las manos recogió la voluminosa pila de fotocopias, la sostuvo con un brazo mientras con la otra mano buscaba el montón de originales. Ya sobre la mitad de la tarea había dejado de verificar si el orden de las páginas era el correcto. No podía revisarlo ahora, no tenía tiempo ni visión. Ya lo haría en la casa. Ubicó el segundo montón, acomodó las copias al lado. Estiró las manos buscando su cartera. No estaba. Dio vueltas, sin dejar de apoyar una mano en las dos montañas de papeles. Sus dedos recorrían sillas, mesas, tumbaban ceniceros. Nada. Se alejó un poco, hasta que la textura del cuero le indicó que había dado con ella. Quiso regresar a la mesa de las copias pero no fue fácil. Después de tantos giros buscando su cartera, mareada, había perdido la orientación. ¿En cuál de todas las mesas estaban las dos pilas de hojas? Se

golpeó una pierna contra una silla, hizo caer una lámpara. El choque la desesperó. Ya quería irse, no soportaba un segundo más encerrada en esa nube verde. Aunque la nube la seguiría, fuera donde fuese. Por fin llegó a una mesa. Hizo un movimiento brusco, oyó el ruido de unos papeles que se desparramaban por el suelo, y al mismo tiempo una puerta se abría en el pasillo. Se le hizo un nudo en el estómago. ¡La descubrirían! ¡Iría presa! ¡Perdería el trabajo! ¡Confiscarían la novela de Lucas! Respiraba con agitación, sus manos encontraron sólo un montón de hojas. Seguramente el ruido había sido la otra pila que ella misma había hecho caer. ¿Serían los originales o las copias? Los pasos se acercaban, era algún empleado, se oía que silbaba despreocupado, y que cada tanto tarareaba «Eh, nena… eh, nena». Amparo, presa de la desesperación, rogó que la pila intacta fuera la de los originales. No había tiempo para quedarse a recoger la otra, arriesgándolo todo. La apretó contra su pecho y se lanzó hacia donde calculaba encontrar la puerta. Dio con su frente en el marco, no pudo evitar un ahogado grito de dolor.

—¿Quién anda ahí?

Preguntó el empleado que, puesto en guardia, había suspendido su canturreo. Estaba todo perdido.

—¿¡Quién hay!? —repitió, levantando la voz.

Exhausta, dolorida, sin recuperar la visión, Amparo se dejó vencer por el desánimo y entregó su nombre.

—Amparo.

—¡Mi diosa! ¡Preciosa! ¿Qué haces trabajando a estas horas?

No podía creer su suerte. Era el empleado que días atrás le había dicho que le dejaría llevar la computadora vieja.

—¡Amparo! ¿¡Qué te pasa!? ¡Tienes los ojos mirando en distintas direcciones!

—… Oh, no hagas caso, es que estuve terminando un trabajo… fueron muchas copias, pero ya está… ¿me podrías ayudar a recoger unas hojas que se me cayeron?

En ese momento se oyó que se abría otra puerta. Ya llegaban más empleados. Amparo quiso apurar la acción; pero cuando reconoció la voz de Telechea, el director, dio por perdida esa pila y, con ella, todo el trabajo de una noche. Tendría que regresar más tarde a hacerlo, pero ahora no podía arriesgarse a quedar encerrada con la novela de Lucas. Todavía ciega en su verdor, le pidió al empleado que la acompañara a un taxi. Éste, que había escuchado el pedido de

Amparo, entró en la oficina de copiado, vio dos montones, tomó uno. Ya está, calmó a Amparo, ya las tengo, ¿te estuviste haciendo una que otra copia, Amparito?, bromeó, y le dio un codazo cómplice. Amparo daba gracias por su buena estrella. Llegaron a la vereda; el empleado paró un taxi y le pidió que esperara un momento. Te tengo una sorpresa. Un minuto después, regresó y depositó un equipo en el asiento. Amparo palpó, era una computadora.

—¿Y esto? —preguntó sorprendida.

—¿No me la pediste el otro día? Te la tenía preparada… la di de baja en el inventario, puse que la tiramos.

—¡Por Dios! ¡Eres un ángel!

—No, Amparito, no te hagas tantas ilusiones, cuando la veas funcionar…

—¡Ni lo digas! ¡Muchas gracias! ¿Oíste? ¡Muchas, muchas gracias!

Se saludaron y el taxi se marchó por las calles de la madrugada. De los ojos de Amparo caían suaves y delicadas lágrimas de emoción. Y de irritación ocular. No sólo había salvado todo, sino que le llevaba una computadora a Lucas. El aire fresco y húmedo le daba en la cara. En medio de la mancha verde, que empezaba a ceder, buscaba de dónde venía la luz del sol. Ahí estaba. El taxista se puso un poco incómodo porque esa mujer lo miraba fijamente por el espejo.

Llegaron. El hombre la ayudó a bajar la máquina, a encontrar las llaves, le abrió la puerta de su departamento y se marchó. Amparo se recostó en un sillón; poco a poco desaparecía el verde, y comenzaba a reconocer sus objetos cotidianos. Una pared con un empapelado de hojas verdes.

Pared por medio, Lucas se desperezaba. Fue hasta su cocina, no encontró qué prepararse, se cruzó al departamento de Amparo para desayunar con ella, que le abrió radiante, había recuperado la visión. ¡Lucas! ¡Mira la sorpresa que te tengo!, dijo ella señalando la computadora, aún desarmada, y dos montones de hojas. Entonces, la sonrisa de Amparo se congeló. Una de las pilas era claramente menor que la otra. Se lanzó sobre ellas. La más grande eran los originales. Decía claramente *COPYRIGHT, novela de Lucas Modím de Bastos,* ¡Bendito cielo! Pero ¿y la otra? *DOLOROSA INTRANSPARENCIA.*

¿Dolorosa intransparencia? se repitió Amparo, mientras seguía leyendo, *novela de Jorge Filgis.* Con una etiqueta que indicaba: «para entregar al jurado». El empleado había equivocado el montón de hojas. Las copias hechas por Amparo habían quedado en la oficina de copiado de la editorial, y ella había traído los originales, por suerte, pero también la novela del prestigioso escritor Jorge Filgis, gloria de las letras nacionales. ¿Qué hacía eso en la oficina de

copiado? Amparo recordó el Premio Nacional de Novela que había lanzado la editorial. No era extraño que hubiera libros en la oficina de copiado. Toda la editorial estaba llena de originales. Los pasillos, las oficinas, desbordantes de originales a la espera de ser descubiertos, autores noveles esperando una oportunidad; pero ¿Jorge Filgis? ¿Qué necesidad podía tener un escritor ya laureado de presentarse a un concurso de novela? ¿Y por qué ésta en especial había que dársela al jurado? Si las leen todas, se dijo.

25

Se dispusieron a conectar la computadora. Encendieron la radio. Noticias de la mañana. *Nuevos detalles del caso de las jóvenes del Presidente;* en todas hablaban de lo mismo. Ya sonaba el café en la cocina.

—¿Qué pasó con la madre del doctor Anastassi?

Preguntó el conductor del noticiero a su compañera que, rápida, le contestó.

—No sé si apareció, las apariciones no son noticia, y hoy sin duda el tema caliente es el de estas adolescentes vejadas.

—¿O acaso nuestro presidente cayó en una trampa tendida por la oposición?

Cerró el conductor, con aire suspicaz.

Los diarios del día, los noticieros, dedicaban editoriales completos al escándalo de las jóvenes. No faltó el clásico documental del tipo *Conozcamos a nuestras niñas* —porque la oposición las adoptó y pasó a presentarlas como hijas del país, ahora eran: *nuestras niñas*—. Esta es una foto de Alcira recién nacida. Acá están los padres de Laura cargándola en brazos. Una película familiar en la que Ana camina llorando hacia su madre, que sostiene la cámara y retrocede para prolongar la toma pues la niña se había mojado en su primer día sin pañales. En los diarios, la radio y la televisión estas notas terminaban siempre con la misma frase irónica: [2] *«Ellas», culpables?*

El golpe propagandístico fue fatal; incluso en las encuestas oficiales, el porcentaje de adhesión al Presidente se desbarrancaba. Por la tarde las encuestas marcaban un pico histórico, sólo el 2 por ciento de la población en edad de votar —Falfaro y su extensa red familiar, y aquellos cuyos cargos estaban atornillados a esta administración— lo haría por el Presidente.

En aquella llamada oportuna, Doursey había convocado a un grupo de estadounidenses expertos en campañas políticas, incluida aquella en la que consiguieron un escaño de senador para un candidato cuyo lema era «Micrófonos off»: su récord era que no concedió una sola entrevista, ni apareció en debates de televisión, y de todos modos ganó con un 11 por ciento de ventaja

sobre su contrincante. Luego ellos mismos revelaron que esa persona jamás había existido: todo había sido una campaña para testear métodos.

La oficina del Presidente se transformó en un búnquer al que entraban *pizzas* y del que sólo salían órdenes. Diseñaron una estrategia.

Al día siguiente apareció en *La Única Verdad,* el diario oficialista, la contraofensiva. Bajo el título de «¡Infamia!» se publicó una entrevista al Presidente, en la que dejaba traslucir que eran las niñas las que lo habían acosado a él; que las había reprendido «como un padre severo pero cariñoso», les había aconsejado cordura y que se comportaran con el debido respeto hacia la investidura presidencial; que, a pesar de este mal ejemplo aislado, sabía que la juventud del país era sana y estudiosa y él tenía confianza en las nuevas generaciones. Ilustraban la nota varias fotos trucadas donde se veía a las chicas acosando al Presidente, que se escapaba de ellas con un gesto de asco. En otra página, una enérgica desmentida de la Casa de Gobierno, en la que se aseguraba: «El Presidente jamás usó ropa interior blanca a pintitas rojas».

En el Congreso, después de una reunión a puertas cerradas de la bancada oficialista, un desconocido senador del partido del Presidente anunció el inicio de una querella criminal contra las chicas, por la figura de injurias, falso testimonio, seducción adolescente y acoso sexual al Presidente de la Nación.

El revuelo fue enorme. Entrevistado; el Presidente manifestó:

—No estoy de acuerdo con ese tipo de procedimientos contra unas pobres jóvenes desviadas, pero no puedo entorpecer el curso de la justicia, siempre independiente del Poder Ejecutivo. Daré órdenes a los jueces de la causa para que obren como padres comprensivos y den la oportunidad de que estas niñas olviden todo esto.

—Son unas Júdases —agregó Falfaro.

La edición vespertina de *La Única Verdad* acentuó la maniobra: una foto antigua ocupaba la plana completa de la primera página. Casi fuera de foco, en sepia, se veía a un hombre sosteniendo en brazos a un bebé. El bebé era Hitler, y el epígrafe retrucaba, punzante: *¿(«Él», culpable? ¡Sí, por supuesto!* De ahí a considerar al grupo de niñas como una incipiente estructura nazi fascista, había un solo paso. *¡Fuera nazis del país!*

La población que, en un primer momento, se había conmovido por la inocencia de las niñas, experimentó un cambió paulatino en sus simpatías. En los mercados, en la calle, se percibía el rápido viraje conseguido por la campaña oficial, hasta que algunos grupos furiosos empezaron a marchar hacia el barrio

donde vivían las adolescentes.

En una rápida maniobra, opositores al gobierno lograron rescatarlas, junto a sus familias, y las pusieron a resguardo en su colegio secundario. En pocas horas una multitud airada rodeó el edificio, gritando consignas y exigiendo la entrega de las muchachas. O romperían todo. O quemarían todo.

Rodeado por sus colaboradores, el profesor Anastassi, al borde del agotamiento, miraba fijamente la pantalla de su computadora mientras murmuraba frases inconexas:

—Quinientas sesenta y cuatro proteínas a cada uno no le hacen mal a ninguno. Ama a tu proteína como a ti mismo. Proteína, ¡cuántas atrocidades se cometen en tu nombre!

Sus asistentes se miraron con preocupación. Rubén Succhi, el argentino, bromeaba:

—Temo que el profesor esté sufriendo un ataque de *surmenage* en grado tres: el terrible *surmenage à trois.*

Todos lo observaron con reprobación, menos el profesor, que continuaba con su delirio:

—La vaca nos da la leche y también la proteína. Proteína versus antiteína.

Los colaboradores meneaban la cabeza, abatidos. Nunca habían visto al sabio de ese modo.

De pronto, cuando ya nadie abrigaba esperanzas de éxito, surgió de los altavoces de la computadora una música triunfal de juego electrónico. Y un mensaje apareció en la pantalla: *564 PROTEINS! TILT' BONUS!* Un grito de felicidad brotó de las gargantas: el trigo resistiría prácticamente a cualquier plaga, ya podía ser sembrado. Anastassi se puso de pie, eufórico, y lo segundo que hizo fue desmayarse. Sus asistentes lo reanimaron, mientras destapaban una botella de *champagne* sintético que habían producido en el laboratorio; su sabor era desagradable, pero tenía el toque cariñoso de lo casero. Todos reían y se abrazaban, por la emoción y la mala bebida. El profesor, exultante, bailó una danza del pueblo de sus antepasados. Lo acompañaron formando una ronda y batiendo palmas a ritmo. En cierto momento la doctora Schmoller preguntó:

—Profesor, ahora podrá contestar a mi pregunta: ¿qué sentido tiene modificar esa molécula de trigo para que produzca…?

Anastassi interrumpió, muy alterado:

—Fue un encargo de alguien que no puedo nombrar. ¡Soy inocente, su señoría!

La doctora estaba sorprendida. Anastassi, de rodillas, prosiguió:

—Fui obligado; yo no sabía que esto podría traer graves consecuencias en el mundo entero; ¡lo juro por mi querida madre!

Todos lo escuchaban desconcertados. Creían que el profesor deliraba otra vez, posiblemente por sobredosis de *champagne*. En ese momento sonó el teléfono. El profesor atendió:

—Aló, señor Von Bohlen, ¡sí, lo hemos logrado! ¡Por favor, libere a mi madre!

—Comprendo su inquietud, doctor. Yo sé muy bien lo que es sufrir por una madre —dijo, recordando su trauma infantil. Envíeme todo y ella quedará libre. Adiós.

26

Günther, en su *suite* del Hotel Louis XIX, cortó, encendió un puro y le dijo a Michelle:

—Debemos viajar; tengo que visitar al Presidente y a ese pintoresco fantoche de Falfaro. Haré preparar el equipaje. ¡Fritz, *maleten!*

Mientras Fritz guardaba las ropas en sus baúles, Michelle fue al cuarto de baño, descolgó con sigilo el teléfono y marcó el número de Lucas, que en ese instante seguía intentando armar la computadora. El teléfono sonaba y él continuaba abstraído. Michelle estaba a punto de cortar cuando al fin atendió.

—Hola, Lucas… —susurró, felina, Michelle, logrando erizar a su interlocutor.

—Michelle, cuánto tiempo sin saber de ti, ¿dónde estás?

—En París.

—*Oh là là!* —respondió él, que había escuchado esas sílabas en un aviso televisivo—. ¿Es cierto que los bebés vienen de París? —dijo, intentando ser gracioso—. ¿Sigue estando la torre Eiffel? ¿Y la de Pisa? ¿No estabas en Italia? ¿Por qué desapareciste de ese modo?

Con ansiedad, ella preguntó:

—¿Cómo va tu novela?

—Oh, ya está terminada, empezaré a pasarla en limpio.

—Ya estoy partiendo hacia allí, quiero verla, sí, quiero tener esa novela, tu novela, Lucas, nuestra novela, llena de páginas, ay, Lucas, qué excitante.

Lucas abrió los oídos con sorpresa. Se la escuchaba alterada. ¿Era su libro lo que le generaba tanta pasión? Se sintió orgulloso, un macho semental latino capaz de seducir con unas páginas a la bellísima mujer de un magnate internacional.

—Adiós, Lucas, ya parto, espérame con tu novela terminada. ¡Seré tuya sin tapujos!

—Escucha…

Michelle había cortado la comunicación, pero él estaba feliz. Pasaría en limpio la novela y ella sería suya. ¿Qué serían los tapujos?

Ambos ignoraban que Fritz, con las mandíbulas apretadas, había escuchado la conversación desde otro teléfono.

Lucas trataba de enchufar los cables en sus lugares, pero como Amparo, que había ido a trabajar, no le había dejado instrucciones, la tarea no le resultaba fácil. Varias horas después terminó y presionó el botón que decía ON. Se escuchó un sonido de campanitas sintetizadas y la pantalla se iluminó. La cara de Lucas también. Primero apareció el logotipo de la editorial de Amparo y luego un menú de opciones que Lucas no comprendió; decidió apretar varias teclas al azar, y así llegó a encontrar una lista de proveedores de la editorial, juegos para niños, fotos de modelos en ropa interior y varios virus informáticos, mientras no paraba de sonar una música horrible que recomenzaba una y otra vez. Por fin pudo detenerla con un golpe, y encontrar lo que buscaba, un procesador de texto.

Trabajó como un enajenado. Escribía por segunda vez su libro, tecleaba, ponía puntos, comas, tildes, mayúsculas, minúsculas. Y la novela empeoraba notablemente, se llenaba de errores que se sumaban a los que ya había. Escribía febrilmente con un dedo de cada mano, en un teclado que no tenía eñes, y en el que los paréntesis, los acentos y los signos de admiración no coincidían con sus teclas. Fue una tarea de cíclopes. Horas después se dio cuenta de que tenía un calambre en el índice derecho, que se extendía por todo el brazo, llegaba al hombro, subía por el cuello, alcanzaba la coronilla, atravesaba su cabeza, bajaba por su frente, cruzando sobre la nariz continuaba por la mejilla, agarrotaba su boca, regresaba al cuello pero esta vez anquilosaba su hombro izquierdo, descendía por su espalda, giraba alrededor de su cintura, la contraía, subía unos centímetros hasta los riñones y los convertía en dura piedra. Además, a raíz del calambre, el dedo de Lucas se quedaba trabado en algunas teclas, y así en algunas partes quedó escrito:

qqqqqqqqfffffffffttttttttttzzzzzzzzzzzzzzz.

A pesar de esos detalles, a Lucas le gustaba cómo iba quedando su novela. Estaba a punto de imprimirla cuando recordó que Amparo le había aconsejado hacer una revisión de la ortografía. Se trataba de apretar unas teclas y la máquina haría todo el trabajo, no era que él tuviera que revisar todo, palabra por palabra.

Apretó el mando de «Revisar ortografía». La computadora no daba abasto. Empezó con un cartel: «Intente con otro idioma», y, pasando por «¡Ay ay ay!», terminó luego implorando «¡Niño, llama a tus padres!».

Le falta el prólogo, se dijo Lucas cuando la máquina, recalentada por tanto esfuerzo, terminaba agotada su revisión. Casi todos los libros que vi tenían prólogo. Hay que hacerlo. Pero los prólogos suelen ser de otra persona, recordó. Da lustre que lo escriba un autor conocido. Comenzó:

> He tenido un gran placer en la lectura de *COPYRIGHT.* Me ha parecido estupenda. *Es* una novela, cómo decirlo, ¡de novela! Todo en ella es tan maravilloso, que uno disfruta muchísimo leyéndola, y disfruta aún más cuando no la lee; quiero decir, después de que ya la ha leído, recordando tal o cual momento.
>
> Lo importante en esta novela es algo que está más allá de las palabras, porque las palabras siempre nos traicionan, son sólo palabras al viento, y ¿qué es el viento, sino aire en movimiento?
>
> Alcemos nuestras copas por esta novela ejemplar, y vaya nuestro deseo de que venda muchos ejemplares. Reserve ya el suyo. ¡Se agota!
>
> *Miguel de Cervantes Saavedra*

Lucas, satisfecho, quiso imprimir. Dio la orden de PRINT, y de la impresora brotaron zumbidos, crujidos, algún grito ahogado, y al fin la primera hoja de papel apareció, deslumbrante en su blancura de nieve láctea y alba. La impresora no tenía tinta. Llamó a Amparo, desesperado.

27

La multitud que rodeaba el edificio donde se habían refugiado las colegialas crecía. Habían comenzado una marcha que daba vueltas alrededor del colegio, todos con antorchas en las manos. Falfaro encabezaba la columna, junto a su secretario Fernández, aunque, como iban en círculos, no entendían dónde estaban.

—Oiga, ¿ésta es la cabecera de la marcha?

Preguntaban al de delante.

—No sé, yo voy último.

—… —Entonces, ¿vamos detrás del último o delante de todos?

Su preocupación no era pequeña. ¿Qué diría el Presidente si los veía ir a la retaguardia en defensa de su honor? ¿Y la prensa, si desde las filas del propio gobierno se mostraban vacilantes? La única solución, pensó Falfaro, era ser los primeros en dar media vuelta. Al encabezar el giro quedarían al frente. La primera vez que lo hicieron, la propia inercia de la multitud lo llevó unos pasos caminando de espaldas.

—¡Es hacia el otro lado, Fernández! ¡Hacia el otro lado!

Gritaba Falfaro a voz de cuello; pero Fernández se alejaba. Dos veces se dieron vuelta hasta que, poco a poco, torcieron el sentido de la procesión, que, volviendo sobre sus propios pasos, decidió obedecer a los gritos fanáticos del ministro. Pero, al rato, Falfaro nuevamente dudaba sobre su posición en la marcha, ya no era evidente que, en esa ronda, ellos estuvieran primeros o últimos o en la mitad, y utilizaba el mismo recurso. A la tercera vez, los manifestantes comenzaron a mirarlo con marcado fastidio y se detuvieron en seco. Ya no caminaban en una dirección ni en la otra. La presión iba en aumento; de repente, una de las colegialas asomó a la ventana y gritó:

—¡Soy pura!

Falfaro no demoró la respuesta:

—¡Da igual cómo te llames! ¡Sufrirán las consecuencias!

Fernández quiso apoyarlo y gritó a la multitud:

—¡Que le hagan análisis!

—¿¡Análisis!? ¿De qué? —preguntó Falfaro, sorprendido.

—De sida.

—¡Decida usted, Fernández, que fue el de la ocurrencia! La masa adoptó la idea y bramó:

—¡Eso! ¡Hay que analizarlas! ¡Que las analicen!

Falfaro no quiso quedar atrás:

—¡Que les hagan análisis de estupro!

Lucas recibió a Amparo:

—¿Trajiste el cartucho para la impresora?

—Por supuesto, acá está, ¿y la computadora?

—La apagué para que no se caliente.

Cambiaron el cartucho y encendieron la computadora. La pantalla parpadeaba y volvía a quedar negra. Era lenta, les dio tiempo de preparar una cena ligera. Cuando finalmente apareció el procesador, Lucas exclamó:

—¡Uy! ¿Y la novela?

—¿Ya la habías copiado?

—Entera… pero no está.

—¿Y dónde la cargaste?

—Acá —dijo Lucas señalando la pantalla, con un dedo todavía entumecido.

—No, ya sé; pero en qué archivo.

—¿Archivo?

—¿No creaste un archivo para ir grabándola?

—¿Grabándola?

—La novela, Lucas.

—¿Lucas?

Compenetrado con su nueva PC, Modím de Bastos se había tildado, se le había caído el sistema. Había que resetearlo.

Amparo lo recostó en un sillón, se sentó frente a la pantalla, y enfrentó la dura novedad. Lucas había trabajado horas sin crear un archivo; al apagar la computadora, todo ese trabajo se había borrado.

Comenzó a copiar nuevamente, grabando, ahora sí, en el disco duro. Cuando Lucas se repuso, ella continuó al teclado y él le dictaba.

Lolita, luz de mi vida, ¿Samsa encontraría a la Maga? Porque cuando despertó, el dinosaurio todavía seguía allí, en la esquina rosada. Y Aureliano Buendía también seguía ahí, y el pelotón de fusilamiento también. Será por eso que la quiere tanto, dijo Tristam Shandy. Sancho miró al Cid y murmuró: «Si te quiero es porque sos mi amor mi cómplice y todo». Al coronel Buendía su Señoría no le cayeron bien esas palabras que lo dejaban como un caballero inexistente. Ya no es mágico el mundo, te han dejado, Aureliano, lo consoló Gregorio Samsa. No nos queda más que esperar a Godot, para emprender nuestro viaje a Ítaca. ¡Me encantan los viajes!, exclamó entusiasmado el Barón de Münchhausen. ¡Partimos ni bien encuentre el zapatito de cristal que acabo de perder en un baile! Permítame que le pruebe éste, sugirió atento un bello Príncipe Valiente, mientras se inclinaba a sus pies. Y como el zapatito calzara como un guante, el Príncipe exclamó ¡Eres tú! Y se lanzó a besarlo, pero éste se convirtió en un sapo. ¡Que le corten la cabeza!, gritaba la Reina de Diamantes. Y la Cándida Eréndira trataba de disimular ese exabrupto: Discúlpenla, así es mi abuela.

Amparo se detuvo. Preguntó, entre tímida y cuidadosa.

—Lucas, ¿de dónde será que esto me produce un aire conocido?

—Si te da aire puedo cerrar —dijo él, yendo hacia la ventana—. ¿Así está mejor?

—El texto, me hace acordar a un libro que leí hace tiempo.

—¿A un libro? Imposible; debe ser que trabajé mucho la prosa, como los grandes poetas. Sigamos…

Y dictó:

Mi infancia son recuerdos de un patio deshebilla…

Lucas dudó, miró la pantalla, apartó a su colaboradora y corrigió:… «patio D.C. Villa».

La policía había alejado a los manifestantes que rodeaban la Escuela de Niñas del Divino Sacrificio. Un oficial llegó hasta la puerta y tocó el timbre. Cuando el oficial vociferó que tenía orden de detener a las niñas por estupro presidencial, una monja le respondió con orgullo: La justicia está de nuestro lado, y cerró la mirilla. Desde la terraza de la escuela, las niñas, entre risas, ahuyentaron al policía con una lluvia de tomates del huerto del colegio, con los que se preparaba la Mermelada del Divino Sacrificio.

La policía pidió refuerzos. La situación era tensa. Cuando el oficial regresó a la escuela y anunció:

—Tengo órdenes de atacar si no evacuan el edificio en treinta minutos.

La anciana Madre Superiora, preocupada, preguntó:

—¿Tenemos que evacuar durante treinta minutos?

Cayó otra lluvia de tomates, pero esta vez el policía se cubrió con su paraguas de combate y huyó hacia sus filas.

El país entero seguía el desarrollo del sitio. Cierta radio sensacionalista emitió una alarmante noticia: «Ante la injustificada agresión de las alumnas, aviones de la Fuerza Aérea sobrevolaron las posiciones de las monjas. Éstas replicaron con armas de fuego y averiaron un helicóptero. Más tarde, grupos especiales de marines penetraron en el edificio, pero fueron repelidos».

En realidad, nada de eso había ocurrido: niñas y monjas veían con temor cómo era rodeada la escuela. El oficial regresó por tercera vez para dialogar con la Madre Superiora, quien lo sermoneó con nobles ideas de amor universal. El oficial volvió a ser corrido a tomatazos.

Cumplido el plazo, los policías se prepararon. Las ocupantes de la escuela rezaban, el país se estremecía. Pero cuando el ataque estaba a punto de comenzar, se oyó un grito:

—¡Alto! ¡No hagan fuego! —era el Presidente, que llegaba en un *jeep* militar, rodeado de camarógrafos—. ¡Otorguemos cristiano perdón a quienes han seguido un camino equivocado!

Primero hubo desconcierto, luego comenzaron los aplausos. El Presidente arrebató un altavoz y habló hacia la escuela:

—Señoritas, reflexionen. Si se entregan, serán juzgadas con todas las garantías constitucionales. ¡O casi todas!

Sus seguidores se emocionaron. A la diestra del Presidente, Falfaro, orgulloso, se enardecía:

—¡Gran Estadista, Emperador, César, Faraón! ¡¡Supremo Hacedor!!

De una ventana de la escuela surgió una bandera blanca. Se hizo silencio. La puerta se abrió y fueron saliendo las niñas, en fila india. La multitud las abucheó. Cabizbajas y esquivando las piedras que les arrojaban, subieron a un camión celular.

—¡Estuprosas!

Gritaba Falfaro. El Presidente fue alzado en andas. Una gigantesca manifestación en su apoyo se organizó en la plaza central de la ciudad. La escuela fue incendiada.

28

Recién llegado al Grand Hotel and Towers, Günther pidió a Fritz la muestra de trigo transgénico que había enviado Anastassi. En un instante apareció un esbirro con la bolsa.

—Ábrala —dijo Günther secamente.

El hombre obedeció. Sus pocas neuronas estaban condicionadas para obedecer ciega, sorda y mudamente a su amo.

—¿Qué ve allí? —inquirió Günther.

—Cereal, señor.

—Muy bien —y ordenó, imperativo—. Ahora, ¡muélalo!

—¿Que lo mátelo?

Preguntó el esbirro. Fritz lo apartó. El valet decidió realizar la operación él mismo. Al rato, los granos se habían convertido en blanca harina. Günther tomó un puñado:

—Vamos a ver cuántas ganas de investigarme y buscar a Chelle les quedará después de esto…

Fritz lo miró con asombro.

—Dime, Fritz, qué es.

—Harina de trigo, señor.

—Acerca tu nariz.

Fritz se inclinó sobre el recipiente.

—Ahora aspira.

El valet inhaló una pequeña cantidad del polvo. Se quedó congelado un instante, y de repente su rostro se desencajó, abrió los ojos, el cuerpo se le sacudió en un escalofrío, gritó *Wunderwar!* y comenzó a desplazarse rápidamente por toda la habitación. Moviéndose de un lado a otro con sideral velocidad quitó pelusas de los almohadones, planchó arrugas de las cortinas, limpió las alfombras, y en pocos instantes dejó el cuarto perfectamente pulcro. Como remate caminó por las paredes de la *suite*, mientras cantaba marchas

alemanas y daba gritos de euforia.

Günther miró el puñado, sonrió, complacido, y saboreó su puro.

Lucas continuaba dictando a Amparo:

—To be or not to be —dijo Hamlet.

Desdémona fijó su mirada en un punto lejano, dudó y replicó:

—¿Me repite la pregunta?

En ese preciso instante sonó la voz de Sherlock Holmes.

—¡Alto ahí o disparo! ¡Está detenido! —ordenó, mientras apuntaba al doctor Frankenstein con su revólver— ¡Encontramos a la víctima, y tenemos pruebas de que fue usted quien le dio vida!

—¡No, señor! ¡Eso no es cierto! —respondió el doctor Frankenstein con vehemencia—. ¡Cuando yo llegué, la víctima ya estaba viva!

—¡Eso tendrá que demostrarlo ante la justicia!

—¡Genial, es como teatro leído! —dijo Lucas— Y ahora continúa un fragmento musical, Amparo, ¡música dentro de un libro! Escribe:

¡La-la-la Láaaaaa!
¡La-la-la Láaaaaa!

—¡Es la Quinta de Beethoven, Amparo! ¿No te parece un hallazgo?

Ella tecleaba, feliz de colaborar con un auténtico creador.

—Y así como la música es para el oído —aclaró Lucas—, se me ocurrió incluir también algo para el sentido de la vista.

Una señora antigua que sonríe a la cámara…

—¡Se trata de *La Gioconda,* pero descrita en la novela! ¿No es genial? —explicó a Amparo, que lo observaba arrobada—. Y luego agregué esto:

Olor a flores, olor a bosque… sabor a menta, sabor a chocolate.

—¡Todos los sentidos en unos pocos renglones, Amparo!

Sonó el teléfono. Modím atendió, nervioso.

—Lucas, soy Michelle.

—Hola, tu novela está terminada, digo mi novela, ¡quiero verte ahora, ya!

Amparo lo miró asustada, aún faltaba mucho por copiar. Y no le gustaba la idea de que Lucas se encontrara con ella.

—Iré por la tarde, Lucas… disculpa, hay ruidos en la línea, debo cortar.

En efecto, Fritz escuchaba la conversación, esta vez bajo los poderosos efectos del polvo blanco, y no podía parar de moverse y hacer ruido. Cuando

Michelle cortó, el valet se dijo:

—Por la tarde… ese hombre desaparecerá esta misma tarde. Esta vez no fallará.

Dando un eufórico salto, golpeó su cabeza contra una pared y perdió el conocimiento.

29

—Lucas, puedes aprovechar para descansar un poco. No me demoraré nada.

Amparo regresó a la editorial, quería devolver el original que se había llevado por error, y recuperar el de Lucas. Cuando llegó a las oficinas, dejó sobre un escritorio el libro de Jorge Filgis y buscó el manuscrito de Lucas. Le resultó imposible encontrarlo entre tantos originales que participaban en el concurso. Escuchó pasos. Asustada, se escondió tras una mampara. Escuchó que alguien entraba en la habitación. Reconoció la voz del director de la editorial:

—Aquí debería estar, señor Filgis.

Sintió una fuerte emoción: Jorge Filgis, de quien había leído tantos hermosos libros, estaba allí, a pocos pasos. No pudo contener su curiosidad y se asomó con cuidado. Allí estaba el venerable escritor, gloria de la literatura nacional.

Telechea levantó el manuscrito de Filgis, que Amparo había devuelto momentos antes.

—Mire, estaba aquí, a la vista; parecía perdido y ya estábamos a punto de solicitarle otra copia. Le pido disculpas. Como imaginará, para nosotros es un honor que un prócer de las letras haya aceptado nuestra invitación a participar en el concurso.

—Es usted muy amable, Telechea.

—Como es de esperar, su novela será un récord de ventas.

Amparo se sorprendió. ¿A qué ventas se refería? ¿Estaba ya decidido que Filgis ganara?

Telechea inquirió:

—Permítame una pregunta, ¿por qué el título de *Dolorosa Intransparencia?*

—Bien, mi novela habla de la condición dolorosa de todo ser humano, pero también de la no transparencia de los sentimientos; es decir, que trata de lo no transparente que resulta doloroso, como un vidrio opaco que deja pasar la luz pero impide ver a través de él y así genera dolor, dolor del hombre que quiere ver a través pero no puede, y le duele la visión, le duele, por así decirlo, el ojo…

Telechea lo interrumpió, impaciente.

—Si usted no lo toma a mal, nuestra oficina de marketing querría sugerirle, con todo el respeto, un pequeño retoque al título. Si usted no se molesta, claro está.

—Por favor, siempre estamos dispuestos a escuchar sugerencias —replicó el autor, condescendiente.

—Le proponemos *Pasiones prohibidas.* Nos parece más actual, más claro. En fin, piénselo. El jurado se expide la semana próxima; ya le avisaremos para que venga a recoger el premio. ¡O se lo llevamos a su casa!

Se retiraron, satisfechos. Amparo estaba roja de rabia. El famoso premio ya estaba otorgado. ¿Entonces para qué hacían un concurso? ¿Y los prestigiosos miembros del jurado? ¿Era posible que se prestaran para una trampa tan baja? ¿Por qué aceptaban enlodar su prestigio, su buen nombre, con un truco tan innoble? ¿Y los demás participantes? Sintió indignación creciendo en su pecho. Salió de la oficina dando un portazo.

Filgis. Filgis, no puedo creerlo, se repetía Amparo. Filgis, Filgis, no puedo creerlo. Se sintió mareada, un mundo de valores se desbarrancaba. Había encontrado a su amado Presidente, por quien había pasado noches en vela para apoyarlo en esa merecida cuarta reelección, en una situación por demás confusa, o por demás clara, besando a eunucos de piel bronceada. Aunque si su piel hubiera sido menos bronceada, o incluso blanca, la situación habría sido igual de comprometedora. Él era el Presidente del país, ¿qué hacía besando a un eunuco? ¿No eran sopranos los eunucos? *Castratis.* Suena a un apellido griego. Tal vez entre los griegos sea una costumbre normal que un Presidente bese en la boca a un bailarín semidesnudo. No lo sabía. Una vez había visto el documental de una tribu africana que construía sus chozas con estiércol, y un noticiero donde una familia norteamericana llevaba veinte años comiendo sólo hamburguesas. El mundo es muy raro y hay gente con costumbres muy diferentes; se decía Amparo, tratando de rescatar en su interior a su Presidente y a Filgis, su escritor, y a los del jurado, todos literatos muy prestigiosos. Su mundo tambaleaba si tantas cosas resultaban falsas. No podía ser, seguramente era que ella había viajado muy poco, y por eso se sobresaltaba ante hechos que en otras culturas eran de lo más normales. Tal vez en otros países primero se elige el ganador y después se organiza el concurso. Sí, debía ser eso. De alguna manera es lo más

lógico. De ese modo se incentiva la producción de literatura y al mismo tiempo se asegura que siga por buen camino, y no que de repente surja un escritor que nadie leyó nunca y no se sabe si es bueno. Debo viajar más, se decía tratando de convencerse, o por lo menos ver películas, porque si no el mundo avanza y yo me quedo en la edad de piedra… El mareo iba cediendo, a medida que Amparo recuperaba la fe en los contornos de su pequeño universo. Debo decirle a Lucas que se prepare para muchos cambios, tal vez un día lo invitan a ser jurado y él va sin preguntar quién tiene que ganar… qué vergüenza, pobre Lucas.

30

Günther encendió su televisor. Las imágenes mostraban a las colegialas entrando en un cuartel. Walter Smárbekta era entrevistado en su sede partidaria y opinaba indignado sobre una espantosa manipulación de los hechos, y se relajaba cuando afirmaba que el pueblo es sabio y no se dejaría engañar. Corte a palabras del Presidente.

—Para que no haya sospechas sobre la legalidad del proceso, hemos decidido hacerlo en la justicia militar; ellos están acostumbrados a juzgar a desertores, a hacer fusilamientos, ¿cómo no van a estar mejor capacitados para ponderar el caso de unas niñas inocentes?

—Señor Presidente, el hecho de que el principal candidato de la oposición esté denunciando estos acontecimientos como una burda maniobra, ¿no deja la campaña electoral en franco descrédito? —preguntó el periodista.

—¡Todo lo contrario!

—Pero es que cuesta entender la necesidad de sacar el proceso de las manos de la justicia civil; el bufete de abogados del doctor Smárbekta denuncia que usted lleva los hechos a un terreno que lo favorece.

—Al contrario, le abro la oportunidad de que comunique su mensaje proselitista a los militares.

—Pero si ellos no votan.

—Su comentario responde a una mentalidad muy antigua y sectaria, típica de grupúsculos facciosos que pretenden privar nada menos que a las Fuerzas Armadas, pilares de la nación, de un mensaje valioso como el del doctor Smárbekta.

Corte a Smárbekta entrando en un reducido calabozo para apoyar a las adolescentes. Corte a un analista político con unas gráficas de fondo en las que una línea azul, inicialmente casi pegada a la horizontal, daba un salto brusco hacia arriba. El analista señalaba ese punto de inflexión y decía:

—Aquí comenzó el escándalo de las adolescentes… la campaña del

Presidente era un fracaso hasta que fue víctima del intento de estupro.

Corte a un miembro de la Real Academia de la Lengua. Un periodista le pregunta:

—¿Me podría dar la definición exacta de *estupro?*

—Bueno, el término deriva del latín *stuprus,* deformación del náhuatl *xtúprotl,* derivado del griego στθπρο, que proviene del arameo arcaico ψϰλϖϑξ⊄ es un delito que consiste… Corte al analista político.

—Estas «consistentes delincuentes», como las define con precisión esta eminencia de la lengua, volcaron una opinión pública reacia a brindar su apoyo a otra reelección, y hoy nos encontramos con que las encuestas dan un 83 por ciento a favor del Presidente. Cabría que preguntarse si «consistentes delincuentes» no es igual a «conscientes delincuentes».

Corte a la opinión de la calle. Señora que sale del mercado. *Lo que pasa es que la juventud está hecha una porquería, mire… sin ir más lejos la hija de una vecina…* Corte a un joven saliendo de un banco. *Estaban buenas las chicas, ¿no?* Corte a una mujer joven. *A mí Smárbekta nunca me pareció sincero.* Corte al académico de la lengua… *es un delito… consiste.* Corte a la señora que salía del mercado. *Ahora, esta chica está mal lo que hizo, porque si el novio ya no le gustaba, por más que se estuvieran por casar.* Corte al académico de la lengua. *… delito… delito… delito.*

Günther apagó el televisor. Ese brusco cambio en los acontecimientos lo favorecía. Si las encuestas eran veraces, el Presidente no sólo sería re-reelegido, sino que tendría mayoría en ambas cámaras del Congreso. Obtener la aprobación de la ley de agricultura sería cuestión de minutos. Se le ocurrían algunas ideas. Las iba a dictar:

—Fritz… ven…

Pero no apareció.

—¡Fritz! ¡¿Dónde estás?!

Llegó un lacayo explicando que el señor Fritz se había ido a hacer un chequeo médico y no tardaría en regresar.

31

Fritz estaba con decenas de esbirros, rodeando el edificio de Lucas. Todos vestidos para combate. La vida de Modím de Bastos se contaba por segundos. Y peligraba por terceros.

—¡Uy! Un desfile militar —exclamó Amparo.

—Qué raro, ¿no? No es fecha patria.

—Nunca los había visto de tan cerca.

—¿Harán desfiles a domicilio? Porque los militares, con tal de ganarse el afecto de los civiles, son capaces de cualquier cosa.

—No nos distraigamos, Lucas, que falta esta sola página.

> Zeus venía por el jardín de los senderos que se bifurcan y casi pisa una cucaracha. El insecto, que traía una canastita colgando del brazo, iba en dirección de lo de su abuelita, que vivía en una casa de chocolate en medio del bosque, en la Mancha. «¿Qué le llevas?» preguntó Aureliano. «El anillo de los Nibelungos, a ella le gusta mucho la *bijouterie.* ¿Quieren jugar conmigo a la Rayuela?» «A mí me gusta el Juego de Abalorios», propuso Zeus, «Pero vamos afuera del bosque porque acá hay un lobo estepario». «¡Que lo pário!»

Ellos terminaban de copiar esa página y los esbirros terminaban de tomar posiciones. Armas infrarrojas. Fusiles, revólveres, lanzamisiles portátiles. Fritz se sentía exultante, siempre lo emocionaba esta clase de acción. Volver a los buenos viejos tiempos. Yo no tendría que alejarme de la guerra, me hace mal a la presión. Podrían haber disparado ya, y la eliminación estaría concluida; pero la operación no era sencilla, el poder de fuego era tan alto y concentrado que los cálculos debían evitar una masacre en sus propias filas. Llegaba un camión con un caballo, estas acciones le gustaba dirigirlas montado. Desde que había visto *Apocalypse Now* se había vuelto un enamorado de la tradición.

Amparo y Lucas teclearon las últimas palabras cuando observaron una extraña luz escarlata.

—¡Mira, llegó uno de *caballería!*

—¿Y esta luz rojiza?, ¿ya atardece? —observó Lucas.

En realidad era la concentración de miras infrarrojas y proyectiles guiados por láser, que también producía un aumento del calor. Todos los disparos ya estaban guiados al blanco. Fritz daría la orden de fuego; hizo levantar a su caballo sobre sus patas traseras, pulsó la tecla PLAY y en su *walkman* comenzó a rodar el casete con *La cabalgata de los Nibelungos*, de Sankt Pólten, en la famosa versión para tres orquestas sinfónicas, con arreglo para cañones solistas. Saboreaba cada instante previo a esa destrucción que no iba a dejar rastros, cada gota de adrenalina. El calor de tantos rayos infrarrojos descascaraba la pintura del edificio, el efecto de los disparos sería devastador. Esto habría que filmarlo para ponerlo en una página en Internet, es una lástima que se pierda, se decía Fritz, pero ya no quiso demorar ese punto de placer.

—¡Preparen!

Gritó, a punto de orgasmo bélico, y se escuchó un murmullo de seguros que se corrían, códigos de destrabe, cañones haciendo foco.

—Mira, Lucas, van a hacer una demostración de algo —comentó Amparo.

—¡Apunten!

Bramó Fritz, y cuando estaba por dar la orden, cuando las glándulas salivales de su instinto asesino estaban babeando a pleno, por una de las esquinas asomó la punta de una de las limusinas de Gunther.

—Alten!

Gritó Fritz a tiempo, aunque mezclando los idiomas. La limusina comenzaba a llegar y en este momento se interponía en la línea de tiro. Rodeando el vehículo, los guardias motociclistas miraban hacia los costados, como lobos en acecho. El detector de infrarrojos de uno de ellos captó la guía láser de las armas que apuntaban en dirección a la limusina y dio la voz de alerta:

—¡¡¡Aaaaaaaaahhhhhhhh!!! ¡Alerta! ¡Cuidado! ¡Atención! ¡Preparados! ¡Stop! ¡Ojo al piojo!

Los esbirros que acompañaban a Fritz abrieron fuego, por reflejo. El motociclista quedó convertido en una montañita de cenizas. Inmediatamente varios de sus compañeros rodearon la limusina, para defenderla, aun cuando ésta no había acabado de llegar. Otros abrieron fuego hacia el lugar de donde había provenido el ataque. Podría decirse que todo fue una conjura del entrenamiento y de los reflejos. No advirtieron que eran esbirros del mismo bando, y se desató una masacre. Afortunadamente, la parte de la limusina en la que iba Michelle no había llegado todavía a esa zona donde comenzaba una batalla con un poder de fuego pocas veces visto.

—¡Qué realismo! ¿Qué hermoso, no? —comentó Amparo.

—Ya no saben qué hacer para estimular a que la juventud se reclute.

—¿No estarán filmando una película?

—Supongo que sí… son buenísimos los efectos.

—Mira cómo vuela ese grupo de los de allá.

—Impresionante… mira el de la bazuca que corre.

—¡Ay! No llegó… pobre, lo mataron cuando faltaba tan poco.

—Es sólo una película, Amparo.

—¡Ay! Yo siempre me engancho igual, después me enojo. ¿Y eso que está pasando enfrente? ¿Es un tren?

—No, debe ser una limus… —y ahí cayó en la cuenta—. ¡Una limusina! ¡Michelle! ¡Amparo, debo imprimir la novela ahora mismo!

Se abalanzaron sobre la computadora y dieron la orden de PRINT. La máquina comenzó a procesar el comando como si para resolverse a ejecutarlo necesitara una asamblea, una reunión de copropietarios. Por fortuna su exasperante lentitud se veía compensada con que, en la calle, por momentos la lucha se resolvía a favor de un bando o del otro. Fritz ya se había dado cuenta del error y cabalgaba dando órdenes de alto el fuego en ambas direcciones; pero eso sólo hacía que los de un bando, para detener a los de su propio lado, dispararan contra ellos, con lo que aumentaba el caos. Las bajas eran altas.

Finalmente la limusina terminó de llegar, bajaron algunos lacayos y, ajenos a la batalla, extendieron la alfombra roja. Lucas observaba y sabía que en esta oportunidad Michelle venía decidida a todo.

La máquina empezó a imprimir. Lucas le pidió a Amparo que por favor se fuera, porque él quería ver el nacimiento de su obra en soledad. Amparo simuló creerle, pero bastó que cerrara la puerta de su apartamento para romper en un llanto amargo. Sabía perfectamente qué iba a ocurrir ahí al lado. En realidad lo sabía desde el momento en que empezó a ayudarlo a pasar en limpio la novela, y desde antes, y desde siempre; pero no podía evitarlo, quería estar cerca de él, a toda costa. Demasiado tarde le quedaba claro el precio de esta evidencia. El llanto fue creciendo con hipos y suaves lamentos. Olvidada de los ruidos de la batalla que seguía afuera del edificio, no quería que Lucas la oyera llorar. ¿Por orgullo? ¿Por no entorpecer su encuentro amoroso? ¿Hasta ese punto llegaba su sacrificio? Quién podía saberlo. Y a quién le importaba, en todo caso. A quién le

importaba nada. Encendió el televisor para tapar su llanto.

32

Las imágenes mostraban al Presidente en un acto político. Repartiendo promesas electorales.

—Yo les agradezco su confianza que nos permitirá arreglar el desquicio de gobiernos anteriores…

Falfaro se acercó veloz y le recordó que él mismo llevaba cuatro mandatos en el poder. El Presidente corrigió con rapidez:

—… el desquicio de gobiernos muy muy anteriores.

La multitud lo aclamaba.

—Vamos a invertir en obras públicas que darán fuentes de trabajo. El Nuevo Palacio Presidencial, sin ir más lejos, ocupará veinte mil obreros… Vamos a construir carreteras subterráneas y más aeropuertos. ¡Un aeropuerto para cada barrio! Para evitar los congestionamientos de tránsito que provoca la gente cuando va toda al mismo aeropuerto.

La gente aplaudía, y él, hábil, dejaba que todos oyeran sus propios aplausos y luego seguía:

—Vamos a dejar la corrupción en límites imperceptibles… ¡Vamos a acabar con quienes nos tachan de corruptos! ¡Vamos a tacharlos!

La masa, que también lo veía en unas pantallas gigantes instaladas a los costados del balcón, comenzó a ovacionarlo. Falfaro lloraba de orgullo, por trabajar junto a esa usina política, auténtica fuente de la historia. El Presidente, alentado por la ovación popular, no dudó en adelantar un elaborado plan de gobierno que iba improvisando y maduraba pi calor de los aplausos.

—¡Vamos a aumentar el presupuesto educativo en un mil por ciento!

La reacción inmediata le confirmó que su discurso se encaminaba correctamente.

—¡Y el de los gastos de defensa, también en un mil por ciento! ¡Y los de la justicia, también en un mil por ciento!

—… —Vivas y aplausos.

—¡Y vamos a incentivar a la pequeña y mediana empresa!

—… —Bravos, aplausos.

—¡Y a la empresa gigantesca, también! ¡Con un mil por ciento más en créditos de tasas blandas!

—… —La ovación se estaba gestando.

—¡Y vamos a aumentar el presupuesto de salud en un mil por ciento!

—… —Comenzaba la ovación.

—¡Y vamos a bajar los gastos del Estado también en un mil por ciento! ¡Y vamos a reformar la Constitución todo lo que haga falta para que haya pleno empleo!

—¡Vamos a privatizar todas las propiedades del elefante blanco que es el Estado, para que la iniciativa privada mejore los servicios!

—… —Gritos de aprobación.

—¡Y vamos a hacer que el Estado compre empresas nuevas! ¡Recién hechas! ¡Terrenos! ¡Red ferroviaria!

—… —Gritos *in crescendo.*

—¡Correos! ¡Empresas eléctricas, de telecomunicaciones! ¡Para que el Estado sea grande y pródigo!

—… —Ovación popular.

—¡Y vamos a aumentar los sueldos en un tres mil por ciento!

—… —Gran ovación especial.

—¡No! ¡Mejor en un cuatro mil por ciento!

—… —La multitud estalló enloquecida.

—¡¡¡Mejor en… en… en un diez mil por ciento!!!

Las cámaras de los noticieros temblaban por el bramido popular, algunas madres alzaban a sus bebés para que vieran al Presidente.

—¡¡¡Mejor, en un treinta mil por ciento!!!

Las madres comenzaron a tirar a sus bebés al balcón presidencial, para que él los besara. No todos llegaban, y algunas criaturas rebotaban contra el balcón, otras caían antes de llegar, o se pasaban de largo y daban sordos golpes contra el piso del salón rojo. Se estrellaban contra armarios y vitrinas. Falfaro rogaba, desesperado: «¡Señoras, no tiren a su hijos porque están rompiendo toda la cristalería!» Pero ellas no hacían caso y aquello era un ir y venir de bebés volando en un sentido y regresando, ya besados, a la multitud. A la multitud, y no siempre a sus madres originales, lo que llevaba el arrebato popular a límites enajenantes: «¡Con sólo besarlo me lo hizo rubio!»… «¡Al mío lo agrandó varios

años! ¡Es un santo! ¡Un santo!»

El Presidente, exaltado, continuaba:

—¡¡¡Vamos a aumentar los sueldos en un millón por ciento porque este pueblo maravilloso se lo merece!!!

Y la gente, que ya había superado el límite de su éxtasis, gritaba: «¡Basta! ¡Basta, por favor! ¡Así ya está bien!»

—¡¡¡VAMOS A DECRETAR ALCANZAR LA VIDA ETERNA POR MEDIOS CIENTÍFICOS!!!

33

En ese momento, Michelle atravesaba la roja alfombra con paso principesco, mientras sus lacayos empelucados y de librea iban apartando algunos cadáveres que entorpecían la llegada a la puerta. Ajena a todo, caminaba como una modelo por la pasarela. Acompañada por los lacayos, entró en el edificio. Los dos últimos esbirros de Gunther, que aún continuaban enfrentándose, terminaron por matarse. Fritz masculló un insulto en alemán, respiró hondo y se preparó para realizar él mismo la operación. Montado en su caballo, disimuló su figura al pasar al lado de Michelle, transpuso la entrada del edificio, y cabalgando se dirigió hasta el apartamento de Lucas, operación que descubrió muy complicada en las estrechas curvas del pasillo. Cuando el caballo quedó atrancado en un recodo y no pudo avanzar ni retroceder, Fritz se apeó y regresó, abatido, al Grand Hotel and Towers.

Un lacayo que acompañaba a Michelle golpeó la puerta de Lucas. Cuando éste iba a atender encontró en el piso una olvidada hoja manuscrita.

—Es la página 453… entonces va en la mitad del libro… Si no la agrego ahora no se va a entender la trama.

Fue a la computadora y copió:

> En el principio Dios creó los cielos y la tierra en un lugar de la Mancha. Un rato más tarde, una serpiente se acercó a Eva y le dijo «¿Sola, preciosa?». Eva respondió «A todas les dirá lo mismo». En realidad, la serpiente era Gregorio Samsa, que en su condición de cucaracha se había despertado transformado esta vez en un horrible ofidio. Viendo esto, Dios expulsó de ese lugar de la Mancha al coronel Aureliano Buendía.

El lacayo llamaba a la puerta con insistencia.

—¡¡¡VAMOS A DECRETAR LA VIDA ETERNA!!!

—¿Por cuánto tiempo? —preguntó Falfaro, confundido.

El pueblo, mientras tanto, agitaba banderas, hacía rugir bombos, matracas y bocinas, y repetía, hipnotizado:

—¡Ví-dae-térna! ¡Ví-dae-térna! El Presidente continuó:

—¡Los enfermos sanarán! ¡Los ancianos recuperarán su juventud y volverán a tener dieciocho años!

Una trémula ovación senil acogió sus palabras. De inmediato, centenares de inválidos, ancianos en sillas de ruedas, leprosos y cojos se encaminaron raudos hacia el balcón para agradecer el inesperado regalo.

—¡Y para todos los seres queridos que ya no están con nosotros, decretaremos la resurrección obligatoria!

Esta vez, todos se quedaron boquiabiertos. Falfaro miraba al Presidente con ojos desorbitados. En la plaza se escuchó la débil voz de una anciana:

—¡Sí, podré ver otra vez a mi madre!

—¡Y yo a mi esposa! —agregó un señor calvo—. ¡Dios lo bendiga, Presidente!

Superado el estupor, la gente saltaba de alegría, la plaza era una fiesta. Las cámaras enfocaron a Falfaro, que preguntaba en voz baja:

—Disculpe la intromisión, Presidente. ¿Y si resucita, por ejemplo, Hitler?

El mandatario lo miró extrañado, pensó un instante y luego dijo al micrófono:

—¡Inciso primero: resucitan todos, menos Hitler!

—¡Mé-nós Hitler! ¡Mé-nós Hitler! —respondió el pueblo, hipnotizado.

Entusiasmado, el Presidente concluyó:

—¡Los malos serán castigados; en cambio, los buenos estarán sentados a mi diestra! ¡Además, antes pasará un camello por el ojo de una cerradura que…!

No recordaba bien cómo continuaba la frase y se trabó. La multitud se acalló porque entendió que seguiría una máxima histórica.

—¡Antes pasará un camello por el ojo de una cerradura si…!

Volvió a intentarlo, *pero nuevamente su voz* quedó en un tono alto, al no hallar la continuación de la sentencia. La turba se sumió en un silencio expectante. Y el Presidente arremetió en tono de cierre:

—¡ANTES PASARÁ UN CAMELLO… POR EL OJO DE UNA CERRADURA!

Finalizó la oración, ahora sí, de manera conclusiva. Los espectadores cayeron en arrebato místico ante esa metáfora simple y hermética al mismo tiempo; se quedaron esperando que apareciera el camello que haría la proeza, mientras vivaban al Presidente, que bendecía desde lo alto. Un poderoso órgano atronaba con música triunfal, fuegos de artificio iluminaban el cielo con formas

y colores. En las pantallas gigantes se proyectaban distintos planos del Presidente.

Amparo, asqueada, cambió de canal. Otra vez volvía a su mente el recuerdo del mandatario besando a un eunuco.

34

El lacayo continuaba golpeando, impaciente, pero Lucas había encontrado sobre su mesa más papeles olvidados. Eran los trabajos de los alumnos del taller literario: la *Oda a la oda*, los cuentos del notario, *Sexo en el altar mayor*, recetas de cocina, el cuento con onomatopeyas. Pensó que sería prudente incluirlos también, Michelle debía quedar deslumbrada; los sumó a la pila de papeles y abrió la puerta, nervioso.

—Oh, Michelle, tú por aquí, qué sorpresa —fue lo único que se le ocurrió decir.

Ella le dio un rápido beso en la mejilla y pasó a su lado; iban a entrar también los lacayos, pero ella cerró la puerta con un gesto seco y los dejó afuera.

—¿Y la novela, Lucas? —preguntó Michelle con voz ansiosa.

—Aquí está, ¡por fin! —y levantó con esfuerzo el volumen de 800 páginas —. Esto es. Me llevó mucho trabajo, no sabes cuánto…

Michelle lo interrumpió:

—Dámelo, dame el libro, por favor.

Lucas, temeroso de que se desencantara, demoraba en entregárselo:

—Sabes, quiero explicarte mi experiencia: el escritor, en la búsqueda de sus personajes, se encuentra consigo mismo: Flaubert decía «Madame Bovary soy yo». Y ahora puedo decir orgulloso «El horrible insecto soy yo» o «El lugar de la Mancha soy yo».

Michelle lo miraba impaciente. Él prosiguió:

—La gente tiene una visión romántica del oficio de escribir, Michelle, pero esto sólo se trata de un 20 por ciento de inspiración y un 90 por ciento de transpiración. Ser escritor es riesgoso, sabes, muchos se han vueltos locos; mira a Poe, que era compañero mío en el colegio secundario…

—¡El libro, Lucas, el libro, no puedo esperar más! —dijo Michelle, mientras le arrebataba la pila de hojas y la abrazaba con deleite.

—No te fijes en la caligrafía, por favor, es una impresora vieja —le avisaba

Lucas, prudente.

Ella comenzó a deslizar con lentitud sus manos sobre el montón de hojas mientras se contoneaba, sensual. La recorrían escalofríos de placer. Con delectación separó en dos la pila de papeles, se meneó con lujuria y puso los ojos en blanco para repetir con voz ronca:

—Ma-nus-cri-to… Hojas… Páginas… Lomo… ¡Fascículos! ¡Ah!…

Lucas la observaba desorbitado. Sus hormonas empezaban a correr enloquecidas por las venas, pero a la vez la conducta de Michelle lo enfriaba.

Ensimismada, Michelle se mojaba los labios con la lengua, tomaba hojas sueltas y las frotaba contra el cuerpo. Sus músculos se tensaban, su pelvis se balanceaba en una lúbrica danza; gotas de transpiración aparecieron sobre su piel tersa; gemía, felina, mientras estrujaba las hojas y las arrojaba al piso.

Al ver eso, un pequeño rincón de la mente de Lucas que todavía era capaz de razonar, se dio cuenta de que todo ese pesado trabajo de escritura había sido inútil. Se sintió estafado. ¿Para qué había invertido tantas horas en seleccionar, copiar y teclear, si ahora Michelle no leía nada? Qué importa el trabajo, le respondió el resto de su cerebro, lo único que cuenta es, acostarme con Michelle y ella está aquí en casa, entregada, y estamos solos, y el momento llegó, y eso es todo lo que yo esperaba, y ¡allí vamos! Se desabrochó la camisa.

Incómoda por los ruidos que escuchaba desde su apartamento, Amparo subió el volumen del televisor.

El juez militar sentenciaba, grave:

—Señores, hemos venido aquí para condenar, digo, para juzgar a estas perversas.

Smárbekta, en la sede del partido, dio un salto. No podía creer que llevaran las cosas hasta ese punto. En el tribunal, el abogado defensor, de aspecto torvo, Cruz al Mérito por heridas de combate que le habían llevado ambos hombros y una ceja, tomó la palabra:

—Señor juez, ¡solicito la pena máxima para mis defendidas!

Un murmullo corrió por la sala. Las niñas se largaron a llorar. Rápidamente el juez sentenció:

—Las alumnas procesadas, en vista de su edad y condición irracional, son condenadas a sólo un año de trabajos forzados en la cárcel de Reading.

Las niñas lloraban desconsoladas. Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Amparo. Indignada, recordó al Presidente bebiendo *champagne* de la babucha y se levantó veloz de su asiento, salió a la calle, tomó un taxi y se dirigió al

tribunal.

Lucas le arrancó la blusa de seda, forcejeó con el cierre de la falda mientras ella le quitaba el cinturón y lo arrojaba lejos; la falda cayó, dejando a la vista sus bellísimas, interminables piernas; ahora descendía el pantalón de Lucas y él se sacaba los zapatos y lo mismo ella, que bajaba el calzoncillo de Lucas cuando él, descontrolado, quitaba la ropa interior de Michelle, dejándola desnuda, deslumbrante. Lucas quedó enceguecido ante tanta belleza. Nunca había visto nada igual. Se acercó, ella también, se tocaron, se besaron, se mordieron, cayeron sobre las hojas sueltas de la novela que formaban una alfombra blanca llena de signos pero Michelle, boca abajo, sorpresivamente leía en voz alta oraciones, párrafos. Lucas se desconcentraba por la inesperada compañía de Gregorio Samsa y el coronel Aureliano Buendía en ese momento de lujuria, pasión, voracidad, ímpetu, desenfreno y glotonería. Michelle recitaba y gritaba. En el pasillo, los lacayos se miraron, inquietos. Ella leía y aullaba con más convicción. Los sirvientes, preocupados, golpearon la puerta. Entre golpes y gritos el apartamento vibraba y los lacayos seguían golpeando la puerta desesperados.

35

El tribunal no estaba lejos, y Amparo llegó antes de que el juicio terminara. Caminando apurada por el pasillo, gritó:

—¡Señor juez, esto es una injusticia, se está condenando a inocentes, yo misma vi al Presidente de la nación en una orgía!

Se hizo silencio. Las cámaras de televisión y los presentes enfocaron a la intrusa mientras se acercaba al estrado del juez. Éste respondió:

—¡Sepa, señorita, que puede ser acusada de difamación y falso testimonio!

—¡Fue durante una fiesta en el Grand Hotel and Towers, *Suite* Real, piso 110!

Un murmullo recorrió el tribunal. En sus hogares, los televidentes se acercaron a sus aparatos. Gunther, que seguía la escena desde la *suite*, sonrió y dijo:

—Creo que llegó la hora. ¡Fritz!

Éste acababa de regresar, deprimido por su fracaso bélico. Pero antes de poder contar a Günther lo ocurrido, tenía ya una nueva tarea.

Instantes después, una locutora anunciaba por televisión:

—Hemos recibido el llamado de una persona anónima que dijo tener una película de la fiesta en cuestión, y acaba de enviarla al tribunal.

En ese momento apareció Fritz en el juzgado, llevando un vídeo. Un ohhhh recorrió la sala. El juez, desconcertado, y ante la insistencia de Amparo, ordenó proyectarlo. Se apagaron las luces. Otro murmullo, más intenso, se escuchó cuando apareció en la pantalla la imagen de una lujosa *suite*. El corazón de Amparo latía fuerte. Se vio a varias odaliscas que ejecutaban música oriental recostadas sobre blandos almohadones de seda y rodeadas por bailarinas árabes que danzaban al son de laúdes y tambores; esclavos nubios se paseaban con el torso desnudo, exhibiendo su piel aceitada; un grupo de obesos eunucos vestidos con túnicas de colores reían a carcajadas. Cuando en una toma se vio a Amparo observando todo con expresión atónita, otro Ohhhh cruzó la sala. Amparo miró

al juez, desafiante. En otra toma apareció Fritz. Se vio que hablaba con Amparo, y luego un forcejeo entre los dos. En otra toma, varias bailarinas danzaban semidesnudas dentro de una piscina; tres eunucos jugueteaban en el agua con una pelota; algunos efebos se perseguían arrojándose serpentinas y papel picado. De repente, a lo lejos, se vio a un hombre vestido con una *robe de chambre,* rodeado de odaliscas y eunucos que bailaban a su alrededor.

—¡Ahí está! ¡Es él! —gritó Amparo, nerviosa.

Todavía lejos, se veía al hombre bebiendo *champagne* en la babucha de una de las odaliscas. De repente, detrás de una lluvia de papel picado, se vio la imagen del hombre vestido tan sólo con una nariz de payaso y un ridículo bonete de cartón mientras abrazaba a una bailarina y dos eunucos. En la sala, las monjas obligaron a las niñas a taparse los ojos. La anciana madre superiora comentó: «Qué lindo, un cumpleaños, ¿no?»

La cámara se acercó lentamente a ese rostro y, cuando se lo pudo divisar, un grito de sorpresa brotó de las gargantas del público y de la misma Amparo.

Unos segundos antes, Falfaro, que se había distraído viendo en los monitores qué programas había en otros canales, se encontró con la transmisión en directo del juicio de Smárbekta y las adolescentes. Le avisó solícito al Presidente, que vio la oportunidad de no tener que seguir explayándose más sobre la frase de los camellos. Encargó proyectar la escena en las pantallas gigantes en el preciso momento en que el juez ordenaba ver el vídeo que había llevado Fritz. Cuando aparecieron las odaliscas, la muchedumbre vivó enardecida y comenzó a bailar también, creyendo que el Presidente les mostraba el futuro del país: ya había comenzado la transformación nacional.

El Presidente, en cambio, ni siquiera pudo ordenar que suspendieran la señal, se había quedado primero blanco, luego lívido. Paralizado ante lo que veía en la pantalla, a medida que la escena avanzaba cuadro a cuadro, y sabiendo lo poco que faltaba para su propia aparición, no conseguía articular palabra, hechizado por esas imágenes que significaban pura y llanamente el final de toda su carrera política, el inevitable exilio.

La multitud, ajena a su angustia presidencial, disfrutaba el frenesí del baile. El murmullo aumentó cuando apareció la imagen de la *robe de chambre y* el hombre tomaba *champagne* de la babucha de la odalisca. Esto provocó una silbatina burlona. El Presidente se sintió otra vez traicionado por Günther.

¿Cómo le hacía esto? ¿Por qué necesitaba destruirlo de esta manera? Al ver la nariz de payaso y el bonete, la muchedumbre rompió en risas y gritos cada vez más sarcásticos, hasta los francamente ofensivos: ¡Idiota! ¡Imbécil!

Pero cuando la cámara se acercó y fue posible identificar al sujeto de ese baile ridículo, una exclamación de estupor brotó en toda la plaza.

En los tribunales, nadie salía de su asombro. El hombre del vídeo, el sátiro pervertido no era el Presidente. Era Smárbekta, el cuerpo era igual al del Presidente, pero la cabeza era de su opositor. Ahora el vídeo mostraba a Smárbekta vacilando entre recobrar la compostura y esconderse atrás de los eunucos.

—¡Fotos no!

Decía, muerto de pánico mientras se cubría el rostro y otras partes que no eran el rostro. Smárbekta, que en ese momento había llegado al juzgado, apenas conseguía articular palabra para gritar su inocencia. Amparo, hirviendo de indignación, lo defendía:

—¡Es un truco! ¡No era Smárbekta! ¡Está modificado, era el Presidente, yo lo vi!

Ya nadie la escuchaba, la sala era un griterío, todos discutían de pie, el juez golpeaba con su martillo:

—¡¡Desalojen la sala o me veré obligado a hacer silencio!!

La gente se calló, desconcertada por las palabras del juez, que pudo continuar:

—El doctor Smárbekta, evidente autor intelectual del estupro cometido por estas jóvenes, y culpable del delito de danza procaz con bailarín emasculado, es condenado a cinco años de prisión en suspenso, e inhabilitación política de por vida.

La multitud que rebasaba la plaza y se extendía por calles aledañas contuvo la respiración cuando la cámara mostró que el sujeto del baile tan ridículo era Smárbekta; en toda la plaza se pr6dujo un instante no de silencio, sino como si a todos los sonidos se los hubiera tragado la impresión de ver a ese candidato, que siempre los había acribillado de consignas morales y fotos con su familia, en plena orgía. Esa impavidez masiva apenas fue como una rasgadura entre dos emociones: la primera entre erótica y burlona, y ésta que era un grito salvaje que

crecía en toda la plaza y alcanzaba los límites de la ciudad. Querían la cabeza de Smárbekta, querían lincharlo en esa misma plaza.

El Presidente, aliviado, captó inmediatamente lo que había sucedido, capitalizó el enojo popular y lo lideró:

—¡Ése no es el candidato de la oposición! ¡SINO EL DE LA DI-SO-LU-CIÓN!

—… —Vítores.

—¡Ya no hay moral en los políticos! ¡Ya no es como en mi época!

—… —Ovación.

—¡Pero vamos a volver a los buenos viejos tiempos! ¡Y no vamos a demoramos!

La gente lo vivaba entusiasmada. El Presidente les hizo un rápido gesto a Falfaro y a Doursey, que se asomaron al balcón extendiendo los brazos y pidiendo silencio para que el Presidente pudiera continuar. Los gritos se fueron acallando.

—¡Pueblo de mi país! ¡Quiero hacerles un anuncio!

—… —El silencio se hizo total.

—¡En este mismo momento disuelvo el Parlamento! ¡Presento mi renuncia!

La multitud se vio recorrida por un suspiro contenido. ¡¿Por qué va a hacer eso?! No es justo. ¿Qué culpa tiene él? ¡Ahora que empezábamos a estar mejor!

—… ¡Y adelanto la convocatoria a elecciones nacionales…

El suspiro se convirtió en un «ah…» de alivio.

—… para hoy a las cinco de la tarde!

Le respondió un rugido de entusiasmo, y él continuó:

—¡Vayan a sus hogares y prepárense para votar ahora mismo! Iremos dando las instrucciones por radio y televisión.

En pocos minutos se dispersaron los dos millones de manifestantes y comenzó la maquinaria electoral a un ritmo vertiginoso. Se convocó al ejército, a la marina, a la aviación, que comenzó a arrojar fajos de papeletas electorales por todo el país. Aprovecharon unas que ya estaban impresas, que habían sobrado de anteriores elecciones del mismo Presidente. La gente se abalanzaba sobre ellas ni bien tocaban tierra, arrebatándoselas de las manos, para votar más de una vez. El ejército y la policía repartían urnas para depositar los votos. En el apuro logístico no se detenían a dejarlas en escuelas o juzgados, ni siquiera a apoyarlas en el suelo. Los camiones seguían su marcha mientras los soldados las arrojaban. No importaba cómo caían: espontáneamente, hombres y mujeres se encargaban de

recogerlas y llevarlas corriendo hasta su propia casa. Querían que su hogar fuera el nacimiento de esta nueva patria. ¡Vamos a fundar la esperanza!, había dicho el Presidente. Y todos querían brindar su casa para fundarla. «Mira, mi amor —le decía un ciudadano a su esposa— vamos a poner una placa de bronce que diga: Aquí nació la patria». Pero ya un vecino se le había adelantado y estaba atornillando una placa recordatoria que decía: «¡Aquí también!»

36

El fervor patriótico llegó al lujoso hotel donde la editorial de Telechea iba a anunciar el fallo del jurado. La súbita convocatoria a elecciones los obligaba a acelerar el acto: más allá de la disposición oficial, no querían aparecer como una empresa que celebraba su premio al margen de los acontecimientos del país.

El salón Ambassador estaba lleno de gente del ambiente literario, autores premiados otros años, críticos, prensa, gente del mundo del espectáculo, artistas conocidos, artistas que querían darse a conocer, académicos e intelectuales que también querían darse a conocer, gente de teatro, actores de cine, modelos. Todos comentaban los acontecimientos políticos.

Perdida entre ese tumulto de personalidades, escapando a las cámaras y los *flashes,* estaba Amparo, que había logrado huir del juzgado aprovechando la confusión que se había creado en la sala. Varios compañeros la habían visto por televisión y la felicitaban por su valentía. Estaba a metros de Filgis que, deslumbrante en su saco blanco, con una modelo de cada brazo, y anticipándose al dictamen del jurado, vaticinaba ante los periodistas el futuro de la literatura nacional y el de las lenguas extranjeras también.

—Las vanguardias han muerto de vejez y falta de público… —declaraba—, debemos ir a buscar a nuestros lectores, debemos plantearnos… una retaguardia ilustrada.

Agregaba que él mismo se había atrevido a presentarse a concurso porque se sentía un principiante, «conservo el fuego del primer día» —en ese momento apretó a sus acompañantes— «y, además, siempre estamos empezando de nuevo, somos niños en pañales, en manos… del verbo». «¿Y del sustantivo no?», preguntó una de las modelos, candorosamente. Filgis hizo una mueca. Amparo logró vencer su disgusto por el arreglo del premio y el exagerado respeto que sentía por su autor favorito, y se aproximó humildemente en un momento en que la prensa le dio un respiro.

—Señor Filgis, yo leo sus libros.

—Sí, lo sé —dijo él fuera de cámara y se rio junto con las modelos y un grupo de amigos—… todos los críticos, todo el país lee mis libros —terminó de decir con una sonrisa autosuficiente y desafiante.

—No, pero yo no soy crítica…

—¿Ah… no? ¿Y entonces qué precisa? ¿Un autógrafo?

—Sólo quería saludarlo… gracias… y disculpe. Y felicitaciones por el premio —agregó, con sorna.

Amparo se retiró avergonzada. ¿Cómo se había atrevido a acercarse? ¿Sólo porque le gustaba como escribía? ¡Qué ilusa! Si fuera por eso, todo el país querría acercarse a Filgis. Regresó al lugar reservado para los empleados de la editorial, donde, por orden de Telechea, no pasaban los camareros. Se sentía una Cenicienta cuya carroza no estaba destinada a dejar de ser calabaza.

Qué día horrible: primero Lucas le había pedido que se retirara, para encontrarse a solas con esa mujer. Se acordó de la vez que la fue a entrevistar al Grand Hotel and Towers, ¿cómo pudo pensar que podía competir con ella? Michelle era una diosa encarnada, y ella… sólo Amparo, la de las fotocopias. Luego, el ridículo en el juzgado, ¿qué se había figurado? ¿Que ella podía acusar al Presidente del país? Por más que lo hubiera visto, por más que la prueba hubiera estado en sus manos. ¿Qué se pensó? Y ahora acercarse a Filgis. ¿Para qué? ¿Para que la repudiara como lo hizo? Bueno, eso ya lo había conseguido. ¿Por qué no se iba? Si Telechea se enojaba, que se enojara, que la echara. Mejor todavía. Miró a sus compañeros de trabajo, pensó en despedirse de ellos; pero no, estaban pendientes de que Telechea los viera interesados en el anuncio del premio. Descartó entonces comentarles que todo estaba arreglado. Se abría una puerta al fondo del estrado, por ahí saldría el jurado. Amparo dio media vuelta y se alejó con paso lento.

El jurado comenzó a aparecer, la mitad de las cámaras los enfocaban cuando entraban, la otra mitad, estaba sobre Filgis, que sonreía abrazado a las modelos. En el estrado aparecieron y se acomodaron frente a sus respectivos carteles un conocido novelista venido de España, una escritora radicada en Estados Unidos, una crítica francesa de primera línea, aunque muy anciana, y la joya de ese jurado: un autor a quien un director de Hollywood acababa de comprarle los derechos de su última novela. Lucía un bronceado de Los Ángeles. Telechea dio un suave golpe en un micrófono, para comprobar si el sonido ya estaba listo; luego alcanzó el micrófono al mimado de la editorial, el solicitado por Hollywood.

Amparo, que estaba a punto de abandonar el salón, se dio vuelta, por reflejo. Luego seguiría su rumbo hacia ninguna parte.

El de Hollywood, presidente del jurado, saludó a los presentes, mostró un sobre y pronunció:

—La novela ganadora, por voto unánime…

Los dedos de los fotógrafos se pusieron alertas sobre los disparadores, se encendieron las grabadoras. La mayoría de las cámaras apuntaba a Filgis.

—… es… —rompió el sobre.

Filgis sonreía pletórico mientras una de las modelos inclinaba su cabeza sobre su hombro. Telechea lo abrazó.

—*¡COPYRIGHT!*

—¡No! ¡La mía no se llama así!

Exclamó Filgis, sin advertir que se suponía que él no podía saber el resultado. Amparo se quedó helada, ¿había oído bien? Telechea se abalanzó sobre el presidente del jurado, que terminó de anunciar:

—… de Lucas Modím de Bastos.

Y levantó la vista para observar si éste se encontraba entre los asistentes al acto. Telechea arrebató la hoja de las manos del presidente del jurado y confirmó lo que acaba de escuchar; sólo atinó a decir:

—… Pero ¿cómo *Copyright?*

La prensa estaba grabando y sacando fotos, la televisión transmitía en vivo, o sea que todo esto Filgis lo hacía mordiéndose la lengua, entre dientes, con una apretada sonrisa. Eso le costaba mucho, porque se sentía estafado:

—¡Esto es un abuso! ¡Nunca más les voy a dar una novela para un premio! ¡Primero me van a tener que asegurar que gane, y después veré si se la escribo!

Pero ya quedaba poca prensa, y menos modelos, a su alrededor; todos llamaban a las redacciones de los periódicos, a las agencias de noticias. ¿Quién era ese desconocido Modím de Bastos? ¿Por qué no estaba ahí? Había que ubicarlo ya. Telechea seguía en la puja con los del jurado:

—Pero… ¡¿Quién es ese autor?!

—¿¡Cómo no lo sabe usted!? Nosotros votamos por la novela que nos enviaron de la editorial —dijo la autora radicada en Estados Unidos.

—Nos llegó una fotocopia en un sobre —dijo el autor español—, ayer apenas la hojeamos, ni alcanzamos a leerla…

—¿Había que leerla, también? —se quejó la veterana crítica francesa—. *Merde!*

Telechea se lanzó, furioso, sobre su secretaria privada:

—¿¡De dónde salió esa maldita fotocopia!? ¿¡Qué le dio al jurado!?

—Lo que usted me ordenó, señor, tomé la única pila de copias que estaba en la sala de copiado, la metí en un sobre y la llevé.

Amparo, ajena a lo que había provocado, estaba tan feliz por el éxito de Lucas que comenzó a buscar un teléfono para avisarle. El triunfo de su amado borró cualquier pensamiento egoísta. Hoy no había lugar para tristezas ni despedidas, era el momento de celebrar con Lucas. Si él quería a otra mujer, ella debía aceptarlo.

Filgis seguía gritando en medio del salón pero pocos atendían su berrinche. En el estrado, Telechea, impotente ante lo avanzado de la situación, dudaba entre golpear a los del jurado o posar para una foto junto a ellos. Amparo buscaba un teléfono con desesperación, quería ser la primera en darle la noticia; pero no encontraba ninguno. Hasta que se dio cuenta: ¿cómo *ninguno?* Si los periodistas estaban llamando por sus celulares, tratando de dar con ese autor esquivo y desconocido. Amparo gritó:

—¡Yo lo conozco! ¡Yo lo conozco!

Todas las miradas, incluso la de Telechea, se clavaron suspendiendo el silencio sobre ella.

—¿Alguien me puede prestar el teléfono? Es que quiero ser la primera en darle la noticia.

Los periodistas se peleaban ofreciéndole sus celulares para que la llamada del anuncio saliera al aire por su radio y no por un programa de la competencia. Amparo tomó uno al azar y marcó.

—Yo la vi por televisión. ¿Usted es su agente literaria? —preguntó un cronista.

Ella no tuvo tiempo de aclarar que no, porque en ese momento Lucas, que todavía estaba en medio de su extenuante compromiso sexual, atendió la llamada:

—¿Sí?

—Lucas, soy Amparo.

Pero los gritos de Michelle eran fuertes:

—Lucas, oh, ah, no te detengas…

—Michelle, espera un minuto, por favor, me está entrando una llamada… ¿sí?

Amparo insistía:

—Lucas, soy yo.

Michelle continuaba gritando, él no escuchaba bien:

—No, Lucas soy yo, ¿quién habla?

—¡Amparo!

—¡No, éste no es su número y ella no está en este momento! ¿Quiere dejarle algún mensaje? Los angustiados lacayos continuaban golpeando la puerta.

—¡No, Lucas! ¡Soy Amparo! ¡Óyeme! ¡Acabas de ganar el premio de novela!

—… ¿¡Cómo!?

Michelle seguía en su éxtasis inacabable y ensordecedor:

—¡No te detengas! ¡Así! ¡Más!

—¡Que tu libro ganó el premio de novela!

—¡Sigue así, Lucas! ¡Sigue!

—Grita en voz baja, Michelle —pidió, temeroso de distraerla y que se demorara más aún—, es que me avisan que parece que gané un premio con la novela.

Y esas palabras, tan breves, tan simples e inesperadas, fueron como una varita mágica que rozó el punto de mayor deseo de Michelle. Algo que ni en su mejor fantasía se había imaginado: estar amando a un autor en el momento exacto en el que le anuncian un premio literario. Era más de lo que jamás había pedido. Superaba a cualquier sueño, porque ni siquiera había sido soñado. Y como si eso fuera poco, premiado por un manuscrito que ella acababa de tener en sus manos. Tanta dicha la desbordó. Así, por primera vez en su vida, llegó. Sus ojos se pusieron tiernamente bizcos, exhaló sus tres últimos: oh, oh, oh… y pidió un cigarrillo.

—¿Es cierto lo que me dices, Amparo? —aliviado de que cesaran los gritos de Michelle, que yacía con los ojos en blanco y una sonrisa plácida.

—Te lo juro, Lucas mi am… —y se acordó— mi amigo, estoy en el salón Ambassador del hotel, el jurado lo acaba de anunciar. Prepárate que voy con todos los periodistas.

Amparo cortó la comunicación. Dichosa por haber podido darle la noticia. Sin advertir la cantidad de fotos que le habían tomado.

37

Amparo fue con toda la prensa al encuentro de Lucas. Camino al edificio, y para fastidio de Amparo, los periodistas se detuvieron a votar varias veces, porque el ardor popular había instalado urnas a casi cada media cuadra. La gente tomaba como un acto de alta traición a la Patria si no se votaba en la que estaba en su casa.

El Tribunal Nacional Electoral daba un solemne anuncio por televisión:

—En vista de que el fervor del pueblo no decrece, y prestando oídos sensibles a lo que la gente misma reclama, declaramos que esta votación se prolongará toda la noche, y si es necesario lo haremos un día más. Nadie puede quedarse sin ejercer su derecho inalienable a la democracia, todas las veces que quiera.

La gente salió a festejar a las calles. Se abrazaban. Y volvían a votar.

Mientras, el profesor Anastassi, ajeno a esta convulsión de dicha, gozaba la suya propia, se fundía en un emocionado abrazo con su madre.

—¡Madre! ¡Cuántas horas de angustia he pasado!

Decía llorando sobre su hombro, y ella le respondía emocionada:

—¡Ay, querido! ¡Todo lo que he pensado en este cautiverio! ¡Cuánto he reflexionado acerca de nuestra familia!

—¡Nunca más debemos separarnos por otro secuestro!

—Óyeme, he resuelto…

—¡No te imaginas lo que he hecho por recuperarte! ¡He traicionado mi juramento profesional! ¡He alterado las leyes de la vida con tal que esos sanguinarios te devolvieran sana y salva!

—… confesarte algo que nunca antes me atreví: eres adoptado.

En el momento en que la limusina que llevaba a la radiante Michelle se

aprestaba a partir, Amparo llegó a su casa, acompañada por los periodistas.

Los enviados de las radios narraban los acontecimientos:

—Ya estamos llegando a la casa del escritor… es un edificio modesto… vemos a una limusina abandonando el lugar… posiblemente sea Modím, que trata de huir de la prensa. ¡Allá vamos!

Varios periodistas corrieron tras el coche; Michelle los miraba sorprendida: por supuesto que había sido un momento único, pero al fin íntimo, ¿o esto será siempre parte de un orgasmo normal? —se preguntó—. Los periodistas, burlados por la velocidad de la limusina, regresaron justo a tiempo para acompañar a Amparo, que tocaba el timbre del apartamento de su amigo.

—¡Lucas, abre, soy Amparo!

Se escuchó el ruido del picaporte. Lentamente, la puerta se entreabrió y asomó la cara distendida y embelesada de Lucas, que se encontraba en ese estado no tanto por el éxtasis del amor, sino porque al fin todo había terminado. Amparo, desbordante de orgullo, lo abrazó y besó con efusión. Los *flashes* resplandecieron, enceguecióndola igual que su fotocopiadora. Un reportero felicitó a Lucas, quien, todavía confundido, supuso que se refería a su hazaña con Michelle:

—Bueno, no es para tanto, fue un momento apasionado, sí, pero eso no le importa a nadie más que a nosotros; creo que no es noticia…

Amparo lo interrumpió:

—¡Lucas, eres admirable! ¡Con lo primero que escribes logras ese premio!

Lucas asentía sonriente, pensando en el encuentro con Michelle:

—Sí, gracias, pero fue demasiado trabajoso…

Un reportero:

—Éste es el primero, pero ¿cuál será el próximo?

—No, la verdad no quedan ganas de repetir la experiencia.

La insistencia de los periodistas lo sacó de su ensueño:

—¿Qué siente al haberle ganado a Filgis?

Sorprendido, respondió:

—¿Filgis? No conozco a ningún Filgis. Y ella tampoco, creo.

Todos rieron, sin saber que Lucas respondía con auténtica ignorancia.

—¿Cuáles son sus autores favoritos?

Lucas no demoró en responder:

—Lennon y Mc Cartney.

Todos rieron otra vez.

—¿Qué piensa de la literatura actual?

—Nada —respondió, encogiéndose de hombros.

—¿Prefiere a los clásicos?

—No, la música clásica me aburre.

Los periodistas estaban encantados con las frescas y desenfadadas respuestas de Lucas. Amparo se sentía feliz. Había confiado plenamente en la capacidad creadora de su amigo, lo había ayudado con las fotocopias, lo había alimentado durante sus duras jornadas de creación, y sentía que el premio era también, en alguna medida, fruto de sus desvelos. Por otra parte, le resultaba una curiosa coincidencia que la misma editorial donde trabajaba hubiera galardonado a su amigo Lucas. Pensó que, a veces, la vida premiaba con esas sorprendentes casualidades.

38

Al otro día, las noticias en las tapas de todos los diarios anunciaban el aplastante triunfo del Presidente, con un contundente 114,5 por ciento. La noticia que la seguía en importancia era el sorprendente anuncio del Premio de Novela, ilustrado con una foto de Amparo hablando por un celular, y el epígrafe que aclaraba: *Su agente literaria dándole la noticia del premio.* En páginas interiores se informaba que el Presidente haría un importante anuncio en horas de la tarde, y que el vídeo con Smárbekta bailando en la fiesta se lanzaría a la venta comercial. En un recuadro pequeño se destacaba que su esposa notificaba la solicitud de divorcio y la negativa a compartir la custodia de sus hijos con ese depravado social, traidor a la Patria y a los valores familiares.

En las secciones culturales aparecían fragmentos del libro y entrevistas a Fonseca:

—El señor Modím de Bastos, en sus inicios, asistió a mi taller literario durante muchos años. Él es el verdadero autor de su propia gloria y uno no puede atribuirse más que la alegría, pero sería egoísta si no reconociera que yo lo ayudé a nacer. Cuando comenzó pude adivinar que tenía enormes condiciones. Me maravilló su actitud iconoclasta.

En otro diario, un indignado Filgis proclamaba:

—Retiro mis obras de la editorial que ha sido mi casa durante tanto tiempo, en señal de firme protesta ante manejos antiéticos que dañan profundamente a nuestra cultura. Los creadores no podemos depender de espurias razones comerciales…

En la misma página había un aviso que Telechea se había apresurado a colocar:

«Del escritor que le ganó a Filgis: *COPYRIGHT*, ¡la novela del escándalo! ¡Sexo, pasiones, recetas de cocina y consejos espirituales, en un texto que lo atrapará!»

El libro se imprimió enseguida, y se distribuyó por todas las librerías del país. Lucas fue invitado a firmar ejemplares en una de ellas.

Cuando llegó, vio con sorpresa que era la misma en la que, tiempo atrás, había conocido a Michelle. Mientras la gente que hacía cola frente a su mesa lo aplaudía con entusiasmo, el recuerdo lo estremeció. Le costó recuperarse de esa ola de imágenes. En esa mesa de libros había comenzado todo, ahí estaba la sección infantil, y la empleada con el disfraz de jirafa, que lo ayudó entonces, que ahora lo saludaba con una sonrisa al final de su largo cuello.

La solicitud de los lectores lo sentó a la mesa, que ya estaba dispuesta, con pilas de sus libros. Firmó y dedicó, laboriosamente, muchos ejemplares:

—Perdone: Esteban, ¿con hache? ¿García o Garzía?

Dedicó una frase especial para cada uno:

> Para la familia Juárez, con afecto.
> Con afecto para Susana.
> Eduardo para afecto con.
> Con Erchudeguy afecto para.
> Afecto con para Pepe.

Enfrascado en las tremendas dificultades de las dedicatorias, se estremeció al percibir un perfume familiar en el momento en que una delicada mano le alcanzaba un ejemplar abierto:

—Michelle —la reconoció, mientras se incorporaba. Un vals de ensueño los envolvió. Era la música funcional de la librería, que Telechea había ordenado poner.

—¿Recuerdas, Lucas? Fue en este mismo salón… Lucas dio vuelta a la mesa para saludarla, y al hacerlo volcó una pila de sus novelas. Se agachó para recogerlas y recorrió el maravilloso cuerpo de Michelle al levantarse. Igual que la primera vez. Se oyeron truenos. Comenzaba a llover. Afuera, algunos transeúntes se acercaban a guarecerse bajo el toldo de la librería. Uno entró.

—Mira, un futuro novelista —bromeó Michelle.

Se dieron un beso, casto, a causa del público que los observaba. Pero la gente, que es muy intuitiva, y más aún que las novelas adora las telenovelas, aplaudió emocionada.

—Michelle, si no hubiera sido por nuestro anterior encuentro aquí mismo, ahora no te estaría firmando un ejemplar aquí mismo —balbuceó Lucas, todavía confundido, y con cierto temor de que ella propusiera otra cita.

Sin embargo Michelle se disculpó:

—Debo partir, Günther me espera… no te enfades.

—Por favor… en fin…

—No es que no te desee…

—No, pero igual yo entiendo, ustedes tienen tantos compromisos…

—Fírmame, que la gente se está impacientando.

Lucas se sentó y pensó cuidadosamente la dedicatoria. No era fácil sintetizar en pocas palabras todo lo que sentía por ella. Por fin escribió:

> A Michelle, sin cuya importante colaboración este libro jamás habría sido realizado.

Michelle llegó al Grand Hotel and Towers con el libro escondido en su cartera. Günther le dijo:

—En estos últimos días te noto rara, como distraída; ¿te ocurre algo?

—Nada, nada…

—Así que Modím ganó un premio.

Al escuchar esa última palabra, que tanto la había elevado en su cita con Lucas, ella se estremeció.

—¿Ah, sí? —dijo, queriendo fingir indiferencia, y agregó, como si recordara —… ah, sí, algo leí.

Günther la miró, inquisitivo, y acotó con ironía:

—Deberías informarte mejor.

Mientras Gunther fue a tomar su habitual baño de sales, Michelle se acomodó sobre el lecho y extrajo con sigilo el libro. Comenzó a acariciar sus tapas, a recorrer el lomo con los dedos; jugueteó con las páginas y leyó algunos renglones al azar, pero no consiguió avanzar mucho: comenzó a sentir la cosquilla del deseo, primero leve, luego como una ola imperiosa. Movida por la poderosa fuerza de la excitación, que aumentaba a medida que leía letras, palabras, frases sueltas, se incorporó, fue hasta el baño donde estaba Günther, se metió vestida en la bañera mientras sostenía el libro en una mano, y besó a su marido con pasión. Gratamente sorprendido, Günther la fue desvistiendo mientras ella leía en voz alta fragmentos, párrafos enteros que acrecentaban cada vez más su fogosidad. El libro se empapaba.

—Oh, sigue así, Günther, sí, el coronel Aureliano Buendía… ah, sí, sí…

Günther estaba asombrado. Michelle parecía transformada.

—Sí, por favor, Gregorio Samsa, oh, sí, la Mancha, ¡Depósito Legal!, ¡Fe de Erratas!

Michelle, fuera de sí, no pudo sostener más el libro, que cayó al piso mostrando la faja promocional que lo rodeaba. Eso fue el empujón final, el intenso estímulo que otra vez llegaba en el momento preciso:

—¡P… pre… mio… de… No… ve… la…! ¡¡Sí, sí!!

Günther no podía creer que estaba por fin ocurriendo lo que había anhelado durante años con todas sus fuerzas. Ahí la tenía frente a sí, con sus ojos, tiernamente bizcos de placer, y en blanco.

—¡Michelle, amor, lo conseguiste! ¡Lo lograste, qué maravilla! ¡Soy feliz!

La abrazó emocionado y, con viriles lágrimas que caían por sus mejillas, dijo:

—No sé cómo ocurrió, pero ese libro te ha inspirado, nos ayudó. ¡Y yo que detestaba a los escritores! ¡Lo que la literatura me había robado, me lo ha devuelto con creces! Llamaré al doctor Blumenthal para contarle. ¡Oh, soy feliz! ¡Quiero agradecer a ese joven, se merece un premio!

Se secó y fue corriendo hasta su caja fuerte, de la que sacó varios vídeos.

—Fritz —llamó—, hay una tarea para ti: viajas ahora mismo y entregas estas cintas.

La novela era un éxito editorial. Cuando Filgis, deprimido, se dio cuenta de que sus declaraciones contra Lucas ayudaban a éste a vender más ejemplares, pasó a hablar maravillas de la novela. Eso logró aumentar aún más las ventas. Y la depresión de Filgis.

Salieron comentarios en diarios y revistas. Un crítico, que siempre recibía buenas atenciones de Telechea, decía:

> *Modím de Bastos conoce en profundidad la literatura. Cita con soltura a una pléyade de escritores y los combina sabiamente con cuentos infantiles, canciones populares, versículos bíblicos, composiciones escolares, actas notariales, recetas de cocina. En esta original creación, el arte imita al arte.*

Otro, calificaba a Lucas como «El émulo de Pierre Menard»:

> *Podríamos afirmar que cuando Borges concibió a Pierre Menard como autor de El Quijote, estaba cometiendo un plagio de Modím de Bastos. Copyright es el verdadero aleph que tan infructuosamente anhelara el vate ciego.*

Uno hablaba de:

… un eclecticismo meritorio, un uso deliberado del anacronismo como incongruencia. Modím de Bastos fagocita toda nuestra cultura y nos la devuelve intacta, en concentrada asimilación.

Otro, que intentaba ser algo más sincero, señalaba:

… un lenguaje tosco, primitivo, rudo, torpe, más bien feo. Pero al fin vigoroso, y unido a una notable erudición. Un soplo de renovación para nuestras letras.

Otro, más académico:

Copyright es una crítica abierta, fundamental. Casi una invitación a quemar nuestras ahítas bibliotecas. Una denuncia que contrapone el saber de/en lo literario en tanto premisa, paradigma y proyecto sistemático de vaciamiento que se propone recuperar nuestra capacidad de recepción ya harta, agotada por un campo verbal saturado de marcos interpretativos. Y lo logra con esta obra fundacional.

Y otro:

Novela desconcertante, de lectura de engañosa transparencia. Más inabordable que el Ulises de Joyce. Pero toda obra revolucionaria suele ser incomprendida en su época. Antes de enfrentarla, el lector debe decidir si él mismo pertenece al pasado o al futuro.

Otro desafiaba:

¡A ver qué dice Umberto Eco, ahora!

El único que se atrevió a ser veraz fue el temido crítico Daniel Tafur, conocido por su cruda imparcialidad:

Plagio, robo descarado. Todo el libro está copiado, y de la manera más burda. El libro es una mera yuxtaposición de fragmentos inconexos, desprovistos de sentido. La historia misma no tiene sentido, no hay historia. Es un collage, un absurdo rompecabezas. Su nivel es el de un pésimo trabajo escolar. Sólo se lo puede calificar, y con generosidad, de mamarracho.

Aunque luego agregaba:

Mamarracho, sí, pero esas mismas carencias y fallas graves son las que le otorgan a esta novela su carácter innovador, de profunda renovación conceptual. Aquí, el autor no existe más como tal. Esta novela confirma la definitiva muerte del autor.

En el aeropuerto, a punto de embarcar para cumplir la orden que Günther le había dado, Fritz encontró en el diario la foto de Lucas. Sintió rabia al recordar la fracasada misión que concluyó en el exterminio de los esbirros. Bajo la foto encontró la crítica de Tafur. La ojeó sin comprenderla, pero al llegar a la parte que anunciaba «la muerte del autor» profirió un grito de entusiasmo. ¡La misión

estaba cumplida, posiblemente a causa de una bala perdida!

En esos días las revistas literarias publicaron varios estudios sobre la novela de Lucas: «Modím: la nueva literatura»; «El mosaico cultural de *Copyright*»; «El uso de los artículos en Modím de Bastos»

Inclusive apareció una novela que lo plagiaba, en la que aparecían copiados y entremezclados varios fragmentos de su libro.

EPÍLOGO

En el discurso de toma de posesión, flanqueado por un Doursey con aire triunfador, el Presidente anunció sus primeros decretos: comenzó con la Indulgencia Presidencial para el grupo de adolescentes, que oportunamente habían sido liberadas para que alcanzaran a presenciar el final del discurso, abrazadas en el reencuentro con sus familias. Todo bajo el minucioso seguimiento de las cámaras, como en ese momento en que él extendió la mano y las niñas y sus padres le besaron el anillo, llorando, agradecidos por otorgarles el final de esta pesadilla. Por razones humanitarias se mostró indulgente con Smárbekta, a quien le conmutó la pena de inhabilitación política. Continuó con una serie de medidas tales como el restablecimiento del secreto bancario, que incluiría la liberación del límite del monto de transacciones que debían ser informadas. Se podría girar o recibir cualquier suma de dinero, sin límite de cantidad, sin que el banco tuviera derecho a investigar o permitir ningún seguimiento de esas operaciones. A ésa le sumó la libertad de asociación para formar compañías, con resguardo de la identidad de sus integrantes y exención fiscal completa. Estas medidas, explicó, eran las que estaban haciendo falta para fomentar la creación de empresas que tanto podrían operar en el país como en el extranjero y de esa manera reactivar la economía nacional, augurando una prosperidad como nunca antes se había conocido.

Jules Flammarie y un Gunther relajado y feliz, invitados de honor a la ceremonia, seguían las palabras del Presidente, que ahora anunciaba una medida de promoción a la agricultura. Se decretaba Trigo Nacional a una variedad a la que se denominaría Reichenbach. El trigo Reichenbach, una prodigiosa variante transgénica, producía tres veces más harina que el trigo normal y sería destinado casi íntegramente a la exportación. Günther sonrió, y Flammarie, al intuir que ése era el cumplimiento del pedido secreto de Günther al Presidente, se puso tenso y salió a hacer una llamada urgente a las oficinas del Fondo Mundial de Regulación de Movimientos Financieros.

Su angustia tardó meses en confirmarse, pero estaba en lo cierto. La manipulación genética practicada sobre el cereal hacía que el célebre trigo Reichenbach no sólo rindiera tres veces más: al molerlo lo que se producía no era harina común y corriente, sino cocaína de alta pureza.

Cuando descubrieron esto, cientos de cargamentos transportados en superpetroleros, que por su naturaleza lograron burlar todos los controles fitosanitarios, ya habían inundado el mercado. El efecto fue inmediato: las panaderías se hicieron muy populares. La cocaína obtenida con los procedimientos tradicionales bajó vertiginosamente de precio en cuanto comenzaron a circular los primeros rumores. Cuando se verificaron, ya nadie la compraba: era una porquería comparada con la calidad de esta nueva, que además se podía probar en forma de *croissant.* En las iglesias se producían aglomeraciones frente a los confesionarios, porque nuevos y viejos feligreses querían probar las hostias producidas con la nueva harina.

Al enterarse de esto, el doctor Anastassi, fuertemente deprimido, se internó para siempre en un orfanato.

Hubo convocatorias urgentes a reuniones de Concejos de Ministros de los principales países; el temor no era infundado: del circuito financiero internacional desaparecerían los quinientos mil millones de dólares anuales provenientes del narcotráfico. El famoso *Crack* del 29 iba a quedar como una gripe ligera al lado de la volatilización de esa gigantesca masa fluctuante. Decidieron pactar.

Günther fue citado a una reunión con la excusa de que lo invitaban a una ronda de consultas sobre Recursos Naturales. De ese misterioso encuentro no se supo nada, salvo que Günther salió sonriendo y poco tiempo después dio una conferencia magistral en la ONU. Allí habló sobre la necesidad de establecer mecanismos internacionales de control del flujo financiero, y cosas de ese tenor. Los representantes de los países, en su obsecuencia, y con tal de apaciguar a quien era capaz de jugadas tan temibles, llegaron a tomar apuntes del discurso y luego pedir la palabra para ofrecer condecoraciones; pero Günther ya se había retirado y no oyó nada de eso.

Cesaba la búsqueda y el bloqueo financiero a la isla de Chelle, y se haría un discreto borrado de archivos de inteligencia de quien ahora se podía llamar, con todas las letras, Ciudadano del Mundo. La revista *Timeless* lo eligió «Hombre del Año».

Pero él ya estaba concentrado en nuevas ideas; basta de pesados

cargamentos, quería trabajar con lo intangible: la información. Una red que fuera capaz de monitorear miles de millones de faxes, llamadas telefónicas, correos electrónicos al mismo tiempo. Quinientas mil palabras clave, en cien idiomas diferentes. Hora a hora, todo lo que se hablara o escribiera en el mundo.

Lucas y Amparo, ya oficialmente su agente literaria, se mudaron a otro barrio, para evitar el agobiante acoso de la prensa. Compraron casas contiguas, y nuevamente fue ella la que, por casualidad, estaba oyendo la radio cuando se informaba acerca de los galardonados con el Premio Nobel de ese año: Lucas Modím de Bastos era el nuevo Nobel de Literatura, pese a no haber figurado entre los candidatos, como sentenciaba el secretario de la Academia sueca con tono grave, y todavía con unas imágenes frescas en su memoria; más precisamente, las de unos vídeos que Fritz les había hecho llegar a todos los integrantes del prestigioso organismo. Visiblemente incómodo, el secretario improvisaba una explicación:

—Por primera vez, la Academia entrega el premio Nobel a un autor novel que escribió una sola novela. Es que en esta obra está condensada la literatura toda —y recordó avergonzado que Kafka, Proust, Joyce, Tolstoi, Ibsen, Pessoa y Borges, que nunca habían recibido el premio, regresaban usufructuados por Lucas—; es la quintaesencia de la novela, obra maestra insuperable, total, culminante; cúspide y *summum* de la literatura. Merece ser calificada de perfecta. Habrá un antes y un después de esta novela; jamás un «durante».

Y se retiró, ruborizado.

Gran revuelo internacional, era la primera vez que sucedía algo así. La prensa de todo el mundo se lanzó a buscar quién era este prodigio que, de la noche a la mañana, pasaba del más oscuro anonimato a la cúspide de las letras, y con una sola obra. *Copyright* se tradujo a más de doscientos idiomas y dialectos, y siempre las ediciones se agotaban en horas. Amparo era asediada por los enviados de las editoriales más importantes, que le pedían nuevos libros de Lucas. Éste sólo conservaba sus cuadernos de la escuela primaria, con abundantes tachaduras en rojo de la señorita Castro, que se publicaron de inmediato bajo el título de *Los cuadernos de Modím de Bastos y* también fueron *bestsellers.* Un programa cultural de la televisión llegó a proponer un emotivo reencuentro entre la anciana señorita Castro y Lucas, pero éste se negó.

En la ceremonia de entrega de los premios, en la Konserthuset de Estocolmo,

estaba Telechea, ahora dueño de la editorial a la que, gracias a las ganancias de *Copyright*, había sumado cadenas de televisión, radios y periódicos. En primera fila, al lado de Sus Majestades, se sentaba Amparo, de elegante sencillez, enamorada como siempre.

Lucas, de elegante frac, recibió el premio de manos del Rey.

Subió al podio, levantó la vista antes de comenzar su discurso y, al verla ahí sentada, sintió una emoción que tal vez no fuera una pasión abrasadora, pero que tenía algo de un fuego eterno. De pronto, miraba bien, o por primera vez, y descubría que Amparo era más hermosa de lo que jamás había advertido. Sintió deseos de bajar y besarla. Los presentes se inquietaron ante la ligera perturbación del galardonado, pero él carraspeó ligeramente y comenzó con sus palabras. La escena era captada por la televisión. Günther y Michelle, en uno de sus barcos, veían la transmisión y llegaban a su propio cenit, otra vez gracias a Lucas.

—¡Pre… mio… No… bel…! ¡Sí!

En Estocolmo, Lucas leía:

—Sus Altezas Reales, honorables miembros de la Academia, señores, señoras, señoritas, niños… Amparo: Como decíamos ayer, desde estas pirámides treinta siglos nos contemplan sangre, sudor y lágrimas. Dadme un punto de apoyo y sin embargo se mueve. Porque venceréis y no convenceréis. Si la suerte está echada doy mi reino por un caballo; después de mí el diluvio…



JORGE MARONNA nació en Bahía Blanca (Argentina) en 1948. En 1967 fundó, junto con otros estudiantes, el conjunto de instrumentos informales Les Luthiers, que con el tiempo se ha convertido en un fenómeno internacional del humor. En el grupo es compositor, escritor de letras, actor e intérprete, especialmente de cuerdas. Maronna también ha hecho carrera en la música seria. Guitarrista y autor de música de cámara, piezas para coro o instrumentos solistas, éste es su primer libro de humor.



LUIS MARÍA PESCETTI (1958 San Jorge, Santa Fe, Argentina). Es escritor, actor y músico. Conduce programas radiales y actúa en espectáculos para niños. Ha realizado discos con canciones infantiles humorísticas: *El vampiro negro*, *Cassette pirata* y *Antología de Luis Pescetti*.

Entre los premios internacionales que ha recibido por sus obras, mencionamos *The White Ravens*, que lo obtuvo en dos oportunidades, los destacados de ALIJA, el premio Casa de las Américas y el premio Fantasía.

Su amplia producción de libros para niños es reconocida en Latinoamérica y España. Sus títulos más exitosos son: *Caperucita Roja (tal como se lo contaron a Jorge)*, *Natacha*, *El pulpo está crudo*, *Frin* y *¡Buenísimo Natacha!*